

# alfa

carlos martínez moreno

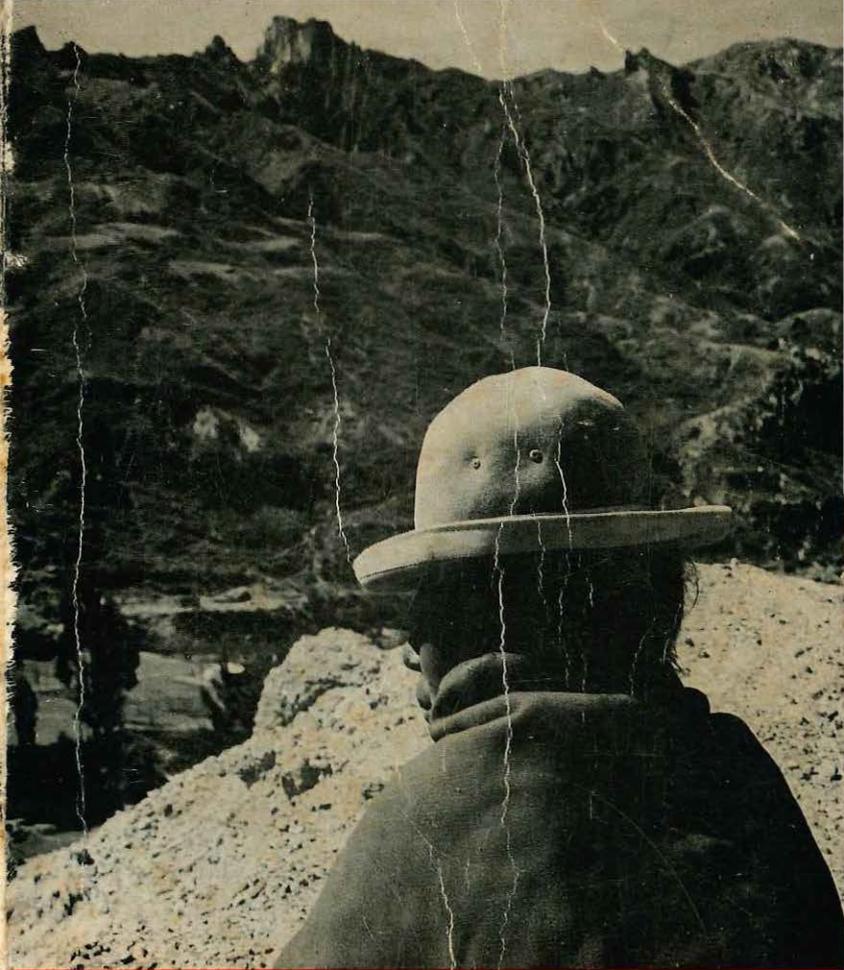
## los aborígenes

CARLOS MARTINEZ MORENO nació en Colonia (Uruguay) en 1917. Es abogado y ejerce el cargo de Defensor de Oficio en lo Civil y en lo Criminal en Montevideo. Es, también, un periodista ágil e informado. En los últimos tiempos ha dedicado un interés mayor a su vocación literaria reuniendo en un volumen sus primeros cuentos publicados, **Los Días por Vivir** (1960). Ese mismo año obtuvo el segundo premio en el concurso de cuentos organizado por la revista **Life** y al año siguiente apareció un nuevo volumen de cuentos, **Cordelia** (Alfa, 1961). Por entonces fue finalista del Premio Biblioteca Breve por su novela **El Paredón** (Seix Barral, 1963) y actualmente tiene terminada otra novela que probablemente se publicará en 1965. **Los aborígenes** reúne el cuento premiado por **Life** y la más reciente producción del autor en ese género para el que ha demostrado una singular maestría.

Fotografía de la cubierta de Alfredo Testoni

los aborígenes

carlos martínez moreno



carlos martínez moreno

# los aborígenes

cuentos



*Prn n 30.2*

*Pg. 22*  
*19570*  
*MARTÍNEZ*

**carlos  
martínez  
moreno**

# los aborígenes

**cuentos**

Queda hecho el depósito que marca la ley.  
Copyright by Editorial Alfa. Ciudadela 1389, Montevideo  
Printed in Uruguay      Impreso en el Uruguay

**editorial alfa**  
**montevideo**

## los aborígenes\*

— I —

Sentado sobre una de aquellas piedras ilustres, veía correr los autos que flanqueaban el Coliseo y doblaban luego para entrar en Vía Cavour o seguían rectamente hacia Piazza Venezia, donde se iban agolpando poco a poco. Hacia un confín la columna de Trajano, hacia el otro las suaves alturas del Palatino. Muchas veces llegaba hasta allí, a ver caer la tarde desde los Orti Farnesiani o en lo alto de la escalinata de Antonino y Faustina, entre el paréntesis milenario de los dos arcos: Septimio Severo a su derecha, Tito a la izquierda.

Los obsequiosos funcionarios de la Direzione Generale delle Antichità e Belle Arti

---

(\*) Este relato obtuvo, entre 3.149 que se presentaron, el Segundo Premio en el Concurso Literario Latino-Americano convocado en 1960 por la Revista *Life en Español* y se publica ahora con el consentimiento de los editores estadounidenses, quienes, de acuerdo a las condiciones del certamen, son los titulares de los derechos de stampa de los originales premiados.

— En Conferencia de Prensa celebrada en la Casa Blanca el 13 de setiembre de 1962 el Presidente Kennedy, refiriéndose a la Alianza para el Progreso, dijo: "No podemos rehacer el rostro de América Latina de la noche a la mañana".

ya lo conocían. "Eccellenza" o "Signor Ambasciatore, prego", decían curvándose, tras negarse a cobrarle el *biglietto d'ingresso* o adelantarse a recibirle una propina. Habitualmente Massimo lo traía hasta allí, y de antemano sabía que entonces tendría la tarde libre, a menos que debiera llevar a la Signora Ambasciatrice a un té o a un coctel. Si ocurría lo primero, Massimo conducía el enorme Cadillac con un humor resplandeciente, con una agilidad y un brioso humor *cantabile* que lo hacían ganar sinuosamente cada espacio posible, en medio del desaforado tránsito romano. La perspectiva del té o del coctel, en cambio, lo deprimía a ojos vistas. Porque Massimo era "un temperamental" y la conversación ociosa y rutinaria de los demás choferes de embajada lo fastidiaba y aburría; de alguna manera se sentía superior a ellos, proveedor de una escala de servicios diplomáticos que no se agotaba en el volante.

Ahora el sol enardecía más aún el rojo ladrillo de la basílica de Constantino, y era fácil imaginarse que en unos minutos más caería sobre el Tirreno, allá frente a Ostia, en tanto aquí los guardias empezaban a recorrer la Via Sacra, la ruina de las Vestales y la semienterrada y casi intacta casa de Livia, en busca de los últimos rezagados, de los tibios amantes vagabundos a quienes inspiraban el paganismo y las cortesanas.

Los funcionarios uniformados pasaban a su lado y lo miraban con un respeto que ya no tenía, como en los primeros tiempos, nada de inquisitivo. ¿Qué hacía —deberían ha-

berse preguntado un año atrás— ese rechoncho y cobrizo extranjero, que parecía contemplar todas aquellas columnas, todos estos templos y termas y jardines con un ánimo abstraído, distante? ¿Podían haberse imaginado que reposaba allí su nostalgia de otros templos, de otros arcos, de otras piedras igualmente milenarias y mucho más remotas a la curiosidad del hombre?

Su conocimiento del sitio habría tornado superflua la consulta de cualquier guía, de cualquier manualito de antigüedades clásicas. Solamente un pequeño libro aparecía a veces abierto sobre sus rodillas y mirado de tanto en tanto, fugazmente, como para recordar una sola palabra dudosa en el contexto de una letanía ya sabida. Era Leopardi y él volvía siempre, como para tironearse un placer ya exhausto, a los mismos versos que —de algún modo misterioso— formaban parte de su emoción de aquellas tardes:

*Roma, antica ruina*

*Tu sì placida sei?*

Los versos de Leopardi eran alusivos y actuales, comentaban también el rauda y silencioso discurrir de los automóviles en el crepúsculo, el garabato sonoro con que el artístico *polizzotto* distribuía el tránsito de la *piazza*, haciéndolo fluir hacia Caracalla o desviarse hacia el Trastevere; ilustraban esa condición de afelpada fruta de oro dulce que Roma tenía en este otoño límpido, de cielos altos, férvidos, enjutos. Leopardi cantaba al golpe de sol matutino en la Porta Pinciana,

visible desde el balcón durante los primeros meses del Excelsior; prestaba su cadencia al amortiguado círculo de hojas secas rondando junto al portal de hierro en el Viale de Villa Grazioli, sobre la huella de los coches que acudían al rosáceo edificio de la Embajada.

*Tu si placida sei?*

Y lo cierto es que a él parecían haberlo enviado, con portentosa comprensión, a que encontrara sosiego entre la calma de las cosas, a que se aposentara allí para su propio otoño, para expresar la sazón de ese otro fruto ligeramente magullado que parecía ser su corazón, o el tiempo de sus viejos pesares o el alma americana; el alma americana que solía aquejarlo inesperadamente, que lo conminaba o acometía a embestidas cada vez más suaves y humilladas, cada vez más sensiblemente ateridas, aun cuando estuviera —como ahora— mirando el destello frontal que incendiaba los muros de Santa Maria in Aracœli, de nuca al sol de Europa, las espaldas nimbadas por aquella luz eterna que había glosado antes el andar del romano por mercados y ritos y lánguidos abrazos hechos polvo.

Tenía ya sesenta y dos años y sobre las abreviaturas y larguezas de su nombre se habían cebado las humoradas de los caricaturistas políticos, que lo dibujaban compacto y lóbrego, como si fuera un plumerillo de carro fúnebre: *ese primitivo cortés* había quedado como la cifra de sus contradicciones: su achaparrada figura de indio, su al-

quitarada deferencia doctoral. Hijo de Primitivo Cortés —médico, profesor, diputado y ministro—, nieto de Serapio Morillo, con estatua en una de las plazas de su ciudad natal (como mártir, protomártir o lo que fuera), habían querido bautizarlo compendiosamente Serapio Primitivo.

El horror estético que siempre le había causado su primer nombre de pila superaba en mucho al sentimiento de extrañeza, de no correspondencia que equívocamente le suscitaba el segundo. Pero el sentido de las herencias llevaderas lo había obligado a transigir, y sus primeros pasos como abogado de las compañías —y ya antes como caudillo universitario, negro jopo y rebeldías de guante— lo habían hecho conocer como S. Primitivo Cortés M. Abreviada a dos letras, la prosapia heroica le servía de muletas, y así lo había ayudado a triunfar.

S. Primitivo Cortés. Era de un desapacible encanto, ligeramente perturbador, pensar en la polvorienta ciudad de llanura donde había hecho sus cursos secundarios, ahora que Roma lo tenía como huésped moroso, como invitado al Quirinale, como lector de insondables bibliotecas vaticanas.

Massimo —con una de esas caras abiertas, benignamente crapulosas, despejadas y vulgares, disolutas y simpáticas que suelen tener los italianos— estaba por aparecer, descendiendo del auto, en la Via dei Fori. Se quitaría su quepis azul, con el delgado filete áureo, y lo tremolaría en un saludo risueñamente humorístico y aparatoso, ampuloso sin mengua de la gracia y gracioso sin

menoscabo del respeto, para anunciarle que ya estaba allí.

A veces, en su ensimismamiento, él no lo veía llegar. Pero Massimo era también familiar a los funcionarios, y entraba al foro. Como el ave del atardecer hacia un mismo árbol, el Embajador derivaba siempre —en la última vislumbre del día— hasta concluir su caminata junto al panel de los sacrificios públicos, en el interior de la Curia, donde la noche se espesaba precozmente. Massimo aparecía entonces en el portal de acceso al friso de los vacunos, sin acercarse a ellos y con el ademán servil, a un tiempo admirativo e indulgente, de quien respeta una obstinación que no comprende.

Hoy, sin embargo, no lo hallaría en ese sitio. El aire romano refrescaba deliciosamente lo que él sentía latir —sin retórica— como sus sienas fatigadas. Disfrutaba de ese tenue oreo que pasaba de su frente a la cabellera poblada, a la melena oscura y enhiesta que confinaba a las patillas los pocos hilos blancos que querían invadirla.

Tanteó en el bolsillo el pequeño recorte de diario que había guardado al salir. Tenía pereza de volver a mirarlo. En un rincón perdido de *Il Messaggero* sus ojos habían dado de pronto, en la remolona fruición del desayuno, con la información escueta del hecho y su previsible desenlace: el General Lafuente había reprimido otro complot. Sedición de estudiantes, conjura de señoritos, algarada de mineros, tórridas marchas de campesinos por las llanuras. En la cárcel sí ocurría en las ciudades, con ametrallamien-

tos en el socavón o en la planicie, el invocado alzamiento fracasaba siempre. Y el último destino de aquellas rebeliones, la humedad de aquellas mazmorras, el acre hedor de aquellas descomposiciones al sol y a las moscas, el puñado de tierra en la boca, una mano crispada sobre el pedregal, todo eso se filtraba hacia el mundo por el estrecho cuello de aquel cuentagotas; y así le llegaba, perdido entre frívolas y cotidianas informaciones locales, oprimido bajo un anuncio comercial, en alguna esquina de *Il Corriere* o *Le Figaro* o *Le Monde*. A las embajadas circundantes, radicadas en países donde los desterrados levantaban su polvareda de escándalos, vociferando sus denuncias de crímenes, la Cancillería enviaba una información suplementaria, y a veces polémica, que desvirtuaba, corregía o ampliaba lo que habían dicho las agencias noticiosas. Pero a Roma, a trasmano de aquel cuajarón humano de pampa y montaña, no llegaba nunca nada, ni fuera de ellos dos —él y Leonor— nadie parecía dar allí con la ínfima noticia, rescatarla de aquellos raudales de letra impresa que la apretujaban y perdían. El General Lafuente reprimió otro complot, diez líneas de texto con sus muertes elípticas: eso era la patria lejana.

Había conocido al General Cándido Lafuente cuando era apenas un oficialito, en el destacamento de Obrajes, el mismo día en que ocurrió la desgracia. Y la amistad hecha aquella tarde, entre golpes de desesperación y retributivas crueldades, había sobrevivido al tiempo.

La patria lejana. Pensaba en él y en su mujer, en lo que aquel pedazo de mundo les había costado en felicidad, les había exigido en frustraciones. Banderas, viento cordillero, una banda lisa desgañándose para que el aire revolviere sus harapos sonoros y se los llevara hacia las nieves distantes; una tijera para cortar una cinta y una cinta para librar un camino. ¡Camino, escuela y luz!, había pedido meses antes el maestro mestizo, gritándolo ronca y deprecatoriamente a las autoridades desde una posición inverosímil, aferrado con un brazo a la verja de la iglesia, gesticulando con el otro, mientras los pies trataban de hacer estribo en las salientes del viejo y desconchado muro colonial. Camino, escuela y luz; una tijera para una cinta, la cinta para un camino y una bomba para llevarla sobre una cara y la memoria. Polvo en las hojas, un recuerdo irreal: tedio, mutilación, tiempo sobrante, vida que irreparablemente gastaron.

Se imaginaba ante un psicoanalista, refiriéndole su propia historia, para que el otro lo ayudara a encontrarse, a revelarse por entero en alguna soterrada clave de infancia. Pero creía saber lo suficiente de Psicoanálisis como para estudiarse a sí mismo, en sueños, en conatos, en actos fallidos. Y si el psicoanalista imaginario no conocía el alma de América, acaso tampoco pudiera llegar a conocer la suya. Era fácil que acertara a descubrir la extrañeza creciente que había ido alejándolo de Leonor, ese receloso y dispersivo crecimiento interior de la madurez que había ido separándolos, que los había hecho despertar cada mañana más ajenos el

uno al otro sobre la misma almohada. Habría podido indagar las secretas fuentes de resentimiento y responsabilidad que generaban esa distancia, a partir del día en que la cara de la mujer se arruinó, por el escrúpulo de acompañarlo siempre, de compartir sus días y sus actividades. ("Ese celo arábigo-español de nuestras mujeres, tanto tiempo relegadas y oprimidas" —pensó, trasponiendo a cifra sociológica la historia de unos celos comunes.)

Desde aquella tarde la hermosa cara se había convertido en la irremisible mueca, y era esa mueca más que el rostro la que había envejecido. Ella, la antigua Leonor, la hembra anterior a la bomba, habría tenido una vejez menos tensa, menos crispada, más noble. La habría tenido, si aquella tarde no hubiera muerto.

Pero también América, extensión de crudas intemperies, tenía algo que ver en el proceso de esa maduración dispar, de esa desinteligencia incurable que se había aposentado entre sus dos vidas. América era el teatro ideal para las incomunicaciones, para el remotismo, para la hosca soledad del hombre. Con cierta irreversible melancolía, consideraba que esa adultez divergente no habría podido ser tan aguda en Europa, un continente que rodeaba al sér humano de otros estímulos, sin obligarlo a afirmarse sombríamente en los propios estribos, en ese último elemento hostil que hay en el reducto de toda personalidad. Recordaba ahora la escena en el escritorio de su padre, el día en que le anunció que iba a casarse. El viejo profesor se atusaba el bigotito afrancesado, dejaba que la mano se perdiera distraídamente

entre los hilos de la barba que encanecía. No parecía disgustado, sino abismado en quién sabe cuál momento de su íntimo pasado, ése que nunca llegan a conocer los hijos. Luego, uno de sus dedos empezó a dar golpecitos en el globo terráqueo, haciéndolo andar en pequeñas ráfagas, como si el mundo —con el hombre y su carga de felicidad; lo único en que podía pensar un novio— girara a impulsos espasmódicos.

El azar, el temor y el misterio de dos personas que, acollaradas en su juventud, deben crecer juntas: eso es el matrimonio. No podría asegurar que ésas fueron las palabras; pero tal fue el pensamiento del padre, la cauta y retraída advertencia. No prometía un porvenir arrebatado o doloroso, el suplicio carnal de Paolo y Francesca. Hablaba desde la calma de sus años, sin desconuelo ni rastro de pasión.

Al menos, su padre había muerto en América, con las ventanas abiertas a la dura y congelada paz de la montaña, firme y silencioso como si la tierra estuviera cobrándole las horas vividas. El gran médico, el sabio profesor, el político desdeñoso de los honores había pensado siempre en la muerte con una tiesura arrogante y metáforas de cuño masónico: "hasta que la tierra recoja nuestros huesos", "hasta que sólo seamos polvo y sombra". Dios, el dios de la vida cotidiana y de las invocaciones, se retiraba en esos momentos de escena, como si el doctor sintiera una necesidad visceral de estar solo y medirse con su soledad.

A él, primitivo y cortés, quizá ese estilo de muerte terrígena le fuera negado. Algún

día había comenzado a trazar las líneas de un poema en que se lamentaba de su desasimiento, de su hurafío desprendimiento de las cosas. Pero lo había dejado a medio escribir, sobre una imagen poco insigne: la planta con las raíces al sol. ¿A qué terminar una endecha de esa índole, si su mismo destierro espiritual vivía enajenándole posibles lectores? Había vuelto entonces a sus investigaciones escrupulosas, entre las que solía deslizar —como dispartes vitales, como botellas al mar— líneas y visiones criptológicas, con un desesperado sabor a profecía. El libro en pausado curso de elaboración se llamaba *Los aborígenes* y estudiaba el surgimiento, la condición y el destino de esos indios y mestizos cuyos rostros lo habían cercado desde los días de la niñez, ésos que a veces sentía latir apagadamente en su misma sangre. Algún crítico del futuro tal vez descubriera que había querido escribir una encarnizada tentativa de autobiografía étnica, una forma de disolución del propio sér en el sér de la raza.

En todo caso, ésa era una intención rescatable más allá de la muerte. Lo demás eran frivolidades, como ese artículo desenfadado, impune y ocurrente, que el pequeño círculo había festejado en las ruedas de la Embajada. Había sido publicado en el suplemento dominical de "La Nación" de Buenos Aires y se llamaba —con ligera parodia de un título de Moravia— "Massimo o la eficiencia". El amo retrataba allí a su criado, describía las oficiosidades en que era ducho, la taimada sapiencia que había adquirido de tanto rodar entre diplomáticos sudame-

ricanos, entre patronos cuyo turbio origen desestimaba pero a cuya perdurable facundia en dólares serviría hasta su último aliento. En pocos trazos esplendía esa relación de picaresca moderna, entre el ubicuo sirviente que lo desconceptuaba y el indígena embajador, que nunca dejaría de sentirse o de saberse forastero. Desde el punto de vista de quien lo escribía, era un imperceptible, un tenue ejercicio de confesión sobre las propias y púdicas inseguridades. Desde el punto de vista del lector, quien surgía en opulento primer plano era Massimo, en cuya caricatura se enjuiciaba la venal idoneidad de un mundo viejo e indigente, egregio e indecente. Es claro que Massimo no leía en español ni posiblemente en ningún otro idioma, fuera de la mirada que echaba todos los lunes a los resultados del toto-calcio, ese cuadrito que era para él plexo de los periódicos.

*Oh vieja Europa*, era la frase interna previsible. Pero Massimo o la eficiencia ya había dado con él, y estaba acercándose en medio de las ruinas y sobre los últimos lampos del día.

— II —

Apenas había salido de la Universidad, con su rimbombante título de Doctor en Derecho y Jurisprudencia, cuando una noche, en la cena de gala que daba en su casa el presi-

dente de la Compañía Industrial Gredales, conoció a Leonor. La Compañía estaba siempre atenta a “los valores promisorios”, a los jóvenes bien dotados, a los primeros grumos que delatarían en alguien, al batir de los años, la crema intelectual o pensante del país.

Primitivo, además, formaba parte de eso que algunos *snoobs* de la Universidad empe- zaban a bautizar como la oligarquía, sin saber demasiado a qué clase de poder aludían. El presidente de la Compañía, Don Lucho Otero, se jactaba de ser más claro y de adivinar dónde estaban “los talentos de este país”. Mordía un enorme habano —al que había dejado el anillito de papel que ostentaba la buena marca— y descargaba sus golpes sobre los hombros entonces angulosos de Primitivo, mientras lo presentaba como la última y más brillante de sus adquisiciones.

—No lo haga engreirse —dijo de pronto Leonor, y él adoró instantáneamente esa franqueza, que en el país y en aquel tiempo *no se llevaban*. Debió haberla mirado con ojos entre agresivos, agradecidos y perplejos, porque ella alzó la cabeza con más osadía aún, sabiendo que la fórmula de “más coraje” era la única que podía salvarla de una invasora y tardía turbación, la que le acometía siempre tras la frase arriesgada.

Fue entonces cuando él le pidió que bailaran, y sintió que la mano de Don Lucho se aflojaba; como una compensación celestial, allí mismo se posó un segundo después la mano de Leonor.

Había sido, en realidad, un comienzo engañoso e insolvente, porque ella —mejor estudiada, apalabrada de ideas y sentimientos con una parsimonia que la acosaba insidiosamente, poniendo tácitas notas de un desconocido interés viril en su persona— acababa por mostrarse como la mujer que fiaba su envoltura a una niña, en un punto de indecisión agridulce, subyugante.

—Sus padres deben destinarla a casarse con un gringo, decía él para provocarla. Y seguidamente le pintaba a uno de los desabridos ingenieros sajones de las minas, a quienes el páramo, el trabajo, el whisky y la nostalgia hacían envejecer precozmente, plantándole delante ese horrible proyecto de marido colonial.

—Me casaré con quien se me ocurra, digan lo que digan mis padres —respondía Leonor, y él sólo era sensible a la parte grata del cumplido, al aire propicio de su libertad. “Quien se me ocurra” podía ser también ese doctor nativo y atezado, en cuya escasez de talla y en cuya flacura acangurada, rematada en un vientre absurdo, caído y redondito, se presentía seguramente al abogado maduro y rechoncho, con “bufete, barriga y pasante” —como él había escrito en una sátira estudiantil dirigida a uno de sus maestros, lanzando el *boomerang* que vuelve un día para afrentarnos con la fatuidad insensata de nuestra juventud.

Pero aquella noche todo había corrido con un humor y un brío alígeros, con una condición ingrátida de lucidez y de ensueño. El futuro no tenía espejos para mirarse en aquella sala, no era un testigo de la conversación.

... *Aux vagues senteurs de l'ambre.* El verso de Baudelaire, negado por el vaho subtropical que entraba por los balcones abiertos de par en par (porque Don Lucho vivía en el llano, feraz y caliginoso, no en la vecindad de la cordillera), sobrenadaba en el recuerdo de aquel instante, ondulaba con una cauda de seducción perversa en aquella inocente improvisación de encanto personal que él había tenido que infligirle, y que Leonor había absorbido —ya semirrendida— con sus húmedos ojos negros tan abiertos como los balcones, pero menos abotagados y tranquilos que todo lo que cuajaba en la calma de la noche.

Cuando Don Lucho lo recomendó al Presidente, y éste lo nombró prefecto del distrito que incluía, entre otras zonas, a la mina de Obrajes, una de las más importantes de la Compañía Industrial Gredales, Primitivo y Leonor pudieron casarse. Tal vez hubiera que decirlo de una manera más romántica, pero ésa fue la pura cadena de los hechos.

Y así fue como galopó hacia ellos, con la polvareda que había de ensuciarles la tersa felicidad, aquella huelga; así llegaron los primeros disturbios y la orden del despliegue policial.

El socavón abrió sus bocas en la altura y hasta allí, por un serpeante camino de mulas, treparon los carabineros. Las piedras fueron contestadas con disparos y tras un guijarro en la frente o una bala en las entrañas los indistintos mestizos de la sedición y de la autoridad rodaron por los barrancos, quedaron enganchados —con un mismo vítreo gesto boquiabierto— en zarzas de las que nin-

guna mano de hombre vendría a arrancarlos.

Con una intransigencia caprichosa y perentoria de recién casada, Leonor insistió en acompañarlo a la inspección final del sometimiento de las turbas, en Obrajes. Insistió hasta el escándalo; y fue.

Del viejo automóvil hubo que pasar, en el último trecho, a las apabulladas acémilas, más humilladas por su misión que esos otros seres cansados, desharrapados y sucios que los rodeaban en un cerco de fusiles, con una impasibilidad sin pensamientos que no se sabía si protegía o amenazaba.

Leonor, bajo el quitasol de seda punzó que era una errata entre aquellas caras patibularias y barbudas, contra aquel paisaje óseo y ocre, calcinado, seguía —en otro de sus puntos indefinibles, entre la diversión y la alarma, entre la historia para contar y la premonición de sucumbir en ella a mitad de argumento— los lentos y estúpidos movimientos de la tropa al sol, sobre el fondo de un cielo tirante y limpio, apuntalado por los arbotantes de la montaña. Era esa fugitiva hora sin neblina, el quebradizo comienzo de la tarde.

Entraban ya al poblado, por el caminito que torcía entre las casas, cuando se oyó de pronto, no demasiado intensa, más conmoción que ruido, la explosión de la bomba. Primitivo tenía vívidamente impresa en su mente la escena, sus ojos la habían fijado con la nitidez de una cámara fotográfica, sus oídos parecían todavía sensibles al chasquido cercano, al grito de Leonor, a los relinchos, al sordo pisoteo, a los tiros que en seguida sonaron. El hombre que la había arrojado

(¿un judío, un anarquista, un mestizo?, se había preguntado después la gente, como si el anarquismo fuera una raza y excluyera toda otra posible filiación) desapareció con el brazo en alto, en medio de una nube de polvo. Fue muerto ahí mismo a balazos por la guardia, y nadie se animó a levantarlo, a acercársele siquiera. Seguía allí, a la tardecita, tocado por el reflejo duro y blanco, quebrado, del sol en la montaña, por la resentida luz que viene de chocar con las nieves. Pero la imagen que Primitivo registró fue otra: como en una película del Oeste, su mujer tomándose con las dos manos la cara ensangrentada, en primer plano, y un desgreñado perro blanco cruzando la calle soleada, aquella rampa de tierra rojiza entre muros de adobe, al fondo. Las mulas habían sido sujetadas, a lo lejos, y la sombrilla caída con la empuñadura hacia arriba era un gran hongo de la misma floración sangrienta que invadía la cara de Leonor.

Como en tantos otros momentos críticos de su vida, algo dentro de él se detuvo, una erizada parálisis le impidió acercarse. Estaba —no sabría decir cómo había llegado hasta allí— de pie en uno de los taludes que bordeaban el camino, y su traje blanquecino de polvo atestiguaba que la explosión lo había arrojado lejos, lanzándolo de espaldas. Desde allí, fijo, estupefacto, cuajado en el cuadro, vio cómo el teniente se aproximaba corriendo y tomaba a Leonor en sus brazos. Alguien gritó “¡A la enfermería!” y fue cuando él sintió, como en una lenta ondulación burlesca, desentendida y desalentada de todo, que su propio cuerpo se rendía a tierra, que

su aguda tensión paralítica y vertical se desentrosaba, que morirse y demayarse eran —de momento— la misma cosa.

Señor Prefecto, señor Prefecto —fue oyendo progresivamente con más claridad junto a su oreja izquierda—. La señora está siendo atendida ahora mismito. No creo que sea grave, señor doctor. Pero no vayamos todavía, porque le disgustaría a usted ver tanta sangre. Ella, la pobrecita, es muy valerosa y sólo se preocupa por usted. ¡Un poco de fuercita y ya estamos!

Se sentó en el suelo, sintiendo la espalda listada y dolorida.

—Quiero verla ahora mismo, teniente...

—Cándido Lafuente, para servirlo —se presentó el otro, creyendo que la pausa buscaba su identidad, cuando sólo era desconcierto, irresolución, extrañeza de oírse diciéndolo una cosa y deseando la contraria. Porque no quería verla ya, sino una vez que la hubieran curado.

—¿Pero no está mal, teniente Lafuente? Si usted me lo asegura, puedo esperar a que la atiendan. Eso sí, quiero que vaya a tranquilizarla, por favor.

Lafuente no se movió, como si le hablaran en otro idioma. Se volvió y alguien le alcanzó un vaso.

—Señor doctor, hágame caso. Tómese este trago antes que nada.

El largo trago de alcohol catiguado no le supo mal aquella vez; por el contrario, fue devolviéndole poco a poco las fuerzas, como si le tironeara hacia arriba, desde el centro del pecho. Se alzó entonces y se puso a ca-

minar, con una calma y una compostura frágiles, del brazo del teniente.

Muchas veces habría de recordarle después que en aquella corta caminata se había dejado penetrar por un desmesurado y confuso agradecimiento, como si el apoyo que Lafuente le ofrecía borrara momentáneamente, hiciera retroceder al pasado la desgracia ocurrida.

Había tornado a verlo un par de años después; y al reanudar la amistad, había vuelto a sentir aquella impresión de confianza que el rostro moreno, el lacio bigote indio y las lentas maneras de Cándido le infundían. Había sido en casa de Rogelio Murano, en una de aquellas tertulias literarias pobladas de poetas tropicales, en donde se discutía, hasta la saciedad del ripio mental y del aguardiente, la tesis del “pueblo enfermo” de Arguedas o cualquier otra doctrina a la moda, de esas que parecen a veces más visibles que la propia faz de América.

Los años habían inflado aquel rostro de ojos tirantes y oblicuos, habían clavado un rictus ligeramente despectivo en las comisuras de la boca. Como tantos otros mestizos —tristes por dentro— Cándido Lafuente perseguía la borrachera como un fin en sí, como la forma de quebrar un límite y traspasar no sólo esa noche sino la taciturna vivencia india que parecía haber tenido, antes que ése, otros avatares.

Con la guerrera desabrochada y el gesto ceremonioso y a punto de averiarse —esa irritada obsequiosidad que luego se resolvía en violencia, y hacía estallar las copas contra

la pared— Cándido impedía que nadie se fuese de la reunión.

—La noche es aún joven, decía.

Y cuando el interlocutor era alguien a quien sabía que podría llegar a querer esa noche, como si también la amistad tuviera ancestros que se reencontraran, la frase era otra. Primitivo la asociaba al gesto con que aquella misma madrugada, en casa de Murano, Cándido lo había detenido, poniéndole una mano en cada hombro:

—Pero hermanito, si recién estamos llegando a la hora del yo te estimo.

Media hora más adelante lo conminaba a tomar junto a él. Se levantaba abruptamente, mojaba un pequeño hisopo en el adobo, picante hasta las lágrimas, y lo pasaba por los labios de Primitivo.

—El picante quiere trago, hermanito. ¡Venga trago!

No siempre sus embriagueces eran tan emprendedoras. Primitivo evocaba aquel amanecer en que, sin que lo mencionaran después, había podido pagarle su deuda irracional de agradecimiento.

Había sido en la misma habitación en que él tenía su estudio de abogado, por donde desfilaba durante el día una teoría de banqueros inquietos y maridos infelices, pidiéndole consejo, y entre cuyas paredes bullía por las noches, para restablecer el equilibrio, un eterno y desorbitado coloquio sobre El Destino de la Patria o cualquiera de las otras excusas solemnes que quiere la propia abulia para encharcarse en alcohol.

Cándido había llegado a ese punto de extrema depresión, de abismal caída alcohólica

en que no podía alumbrar más idea congruente que la del suicidio.

—Hermanos, dijo. Este país no tiene salida, estamos todos perdidos. Yo lo resuelvo aquí mismo y me mato.

Empujó, hendiendo la tertulia con un último resto de fuerza animal y llegó a asirse, voleando una pierna para saltarle por encima, al barandal labrado del balcón. Mientras forcejeaba con otros dos borrachos, en quienes —por contraste— la ocasión exaltaba un empecinado instinto de vivir, Cándido Lafuente repetía sus denuestos contra la existencia, proclamaba brutalmente el sinsentido de toda otra solución que la de eliminarse.

Primitivo llegó hasta él y le tomó la cara descompuesta, mirándolo ansiosamente. De pronto, sin saber cómo, se le ocurrió el argumento que podía rascar en la última zona recuperable del borracho, suscitar el único tic salvador: el argumento de la caballerosidad.

—Pero Cándido, Usté no puede hacerle eso a su amigo. Usté no puede hacer eso aquí.

Estaban al borde del balcón de hierro forjado, sobre el abismo apenas visible de la callejuela estrecha, y tenían casi junto a los ojos la fachada de aquella casa española de enfrente, a través de cuyas ventanas siempre abiertas veían leer, escribir, circular, tocar aires indios al piano —invariablemente vestido de hilo blanco, reflexiva, ópima, abrumada la poderosa cabeza indígena y la hirsuta cabellera cana— al grande y único filósofo y pensador a quien respetaban, el que muy pocos veces alzaba hacia ellos, sin verlos

en su ensimismamiento, aquella mascarilla de un Beethoven mestizo.

—Pero Cándido, usted no puede hacerle eso a su amigo. En ese triunfo de la amistad y de la hidalguía sobre las presiones del alcohol y la muerte, estaba el alma de Cándido Lafuente y también el alma del país.

Tal imagen sobrevivía al paso del tiempo. “De pie ante esas ventanas, que abrían *en face de la montagne*” —como escribió un día en francés, negando la carnalidad desnuda y criolla de aquel paisaje de cordillera— de pie ante esas ventanas que nunca se cerraban.

Los años, fundiendo los planos del recuerdo, devolvían una sola escena: en primer término, Cándido curvado sobre el barandal y él tomándole la cara mortal y cenicienta con las dos manos; al fondo el filósofo indio, discurriendo con su melena blanca y su rostro oscuro, de Buda americano, vagamente cubierto todo el cuerpo por flotantes vestiduras claras, que hacían más el efecto de un sarape que el de un traje a la europea, aunque —bastamente cortadas— en definitiva lo eran. Esa golpeteante figura de fondo estaba sola en la memoria y tenía un gesto inescrutable. Su enigma no se entregaba fácilmente al hecho de que lo hubieran visto leer, escribir y a horas siempre iguales, rodeado de sus hijas, comer. Por esa dignidad esquiva de ser pensante en un medio que negaba al pensamiento, por esa profundidad que estaba más allá de los ojos, antes que por revisar lo que de él habían leído (recién ahora, maduro y solo, perdidamente admirativo, estaba haciéndolo en los silencios de la Embajada), les

parecía a todos alusivamente entrañable y viviente, único y venerable sobre la ola de descreimiento que no dejaba nada en pie. Como Cándido Lafuente al borde del balcón, aquel fantasma filosofal era también *el país*, perdido dentro del país.

*Con la Revolución Nacional, un mendigo dormido en lecho de oro despierta y echa a andar.* La frase era hermosa y bautizaba una realidad de sangre y cuerpos anónimos, el alzamiento, un tumulto de pueblo entero. Primitivo pensaba a veces si ese mismo mendigo dormido en lecho de oro no sería el que había arrojado años antes la bomba, si ese mismo mendigo no habría sido anestesiado durante décadas y décadas por los paladines del conformismo nacional.

*Un mendigo dormido en lecho de oro...* Cándido Lafuente había enfrentado la muerte a pecho descubierto y una vez más la muerte lo había perdonado.

El detalle inconexo que en secreto nos niega, un azar sardónico pueden dictar nuestra suerte. Lafuente era el triunfador y Cortés, indeciso en la primera hora del estallido, había salido a abrazarlo en las calles de la ciudad, a confundirse con la turba terrosa que lo rodeaba. Aquel rostro surcado de arrugas y sembrado de islotes de barba rala, aquella cara deflagrada de polvo y de cansancio lo había recibido con una sonrisa ancha y blanquísima. La embajada era la reflexión que había seguido a la sorpresa, el retraimiento tras la emoción, la componenda honorable. Bien pensadas las cosas, la Revolución lo había aceptado y, retomada la calma, lo había despedido suavemente, lo

había destinado a un destierro muelle y de oro, como el lecho del que estaba alzándose el mendigo secular de la frase.

El había sentido desteñirse esa primera aquiescencia, había puesto todas sus fuerzas en asirse a una realidad bravía que lo la-deaba. Encarnación, su antigua amiga, contaba ahora en las primeras filas de la guerrilla revolucionaria, era un personaje providencial.

Ella, la Goti, Primitivo y el Coronel Gaudencio, cuñado del General Lafuente, estaban sentados en torno a la pobre mesa de pino, rodeando un bosque de botellas de cerveza vacías. El sentía que lo miraban como al Doctor, como al hombre de otra extracción y otro rango, que se allanaba a durar en medio a un nuevo orden, que depone —quién sabe con cuánta repulsión— sus lecturas y sus refinamientos, para comulgar en aquella orgía de fraternidad con la plebe que no se bañaba.

—Goti, hijita, traim'un trago, po —decía Gaudencio, sin pedir nada para Cortés, como una forma de ominosa exclusión.

Sentado casi al borde de la silla, él olía el hedor a lana mojada, sentía sobre sí los ojos ladinos del mestizo, como si una lenta gelatina lo recorriese hasta la náusea. Y Goti, que no era su hijita, traía el vaso lleno. Gaudencio lo tomaba sin avidez diciendo, a modo de supremo elogio:

—Mi Gotita liliinda.

... *despierta y echa a andar.*

Se pasaba el revés de la mano por los bigotes húmedos y cazorramente se dirigía a Primitivo:

—Así, mi doctor, que usted había sido amigo de Cándido...

—III—

Ella se había tomado la cara con las dos manos porque había sentido el latigazo caliente de las heridas. Las esquiras se le habían hincado en el rostro, seccionando músculos, tajeando la carne. Durante algunos días aquel horror había desaparecido bajo los vendajes, que dejaban apenas una angosta mirilla para los ojos. Cuando el médico supuso que la cura había terminado, que los costurones rosáceos cicatrizarían mejor al contacto del aire, desnudó su obra.

Leonor corrió hacia el espejo oval de su cómoda y encontró allí una cara irreconocible, cuya palidez contrastaba con los surcos casi morados, con las tensiones faciales que dibujaban una mueca provocativa, insoportable.

Espantada, se echó con violencia en la cama y se puso a llorar convulsivamente.

—Mi Dios, ¿por qué no me habré muerto, por qué no me habré muerto?

—Puede hacerle mal, los tejidos están aún muy débiles —decía el médico, contrito al pie del lecho, con la oprobiosa certidumbre de que era su propia ineptitud y no la cara de alguien lo que causaba asco.

Primitivo se había mantenido en la habitación contigua, donde el doctor había sacado el vendaje y soltado los últimos puntos. La sensación de que la mano del médico iba des-

cubriendo rasgo a rasgo una momia viva, trémula y gesticulante, era ya bastante para asomarse ahora a confortar a todo aquel rostro, para allegarse a él y abarcarlo en una mirada que quisiera ser de amor y compañía y sólo trasuntara una energía conmisericordiosa, una piedad puesta de pie sobre la íntima desolación. *Este es el gesto que va a seguirte desde hoy para siempre.*

Había ido a la biblioteca, se había servido un largo trago de coñac y se había quedado mirando fijamente, a través de los cristales, el friolento paisaje soleado de las alturas. "Habrá que hallar un pretexto para descolgar la mitad de los espejos" —pensó, porque en la casa los había al fondo de los corredores, en el envés de las puertas, en los trinchantes del comedor, en los botiquines del baño.

Un par de días antes lo habían nombrado ministro de Trabajos Públicos y Comunicaciones; la vida pagaba de este modo inconciliable.

No había pasado tanto tiempo desde los días de la Invitación al Viaje, y todo había cambiado. Asistía a uno de esos trances en que el pasado avanza sobre el presente, en una confusión arrebatada de imágenes, en busca de un sentido último. Hacer una carrera desde el poder, señorear aquel hato de indios y mestizos del que había salido la mano que había convertido en algo peor que la muerte, que había transformado en una compañía crispada y desagradable, la antigua, plácida presencia de la mujer hermosa y joven, ¿tenía algún significado, podía ser el objeto de una vida? Vivir para aquéllos hacia quienes lo animaba tan sólo un difuso

sentimiento de miedo, rencor y venganza, ¿no era un contrasentido?

En ese mismo rincón de la biblioteca, una semana después, tuvieron su conversación aclaratoria. Parecían distendidos y resueltos, tranquilos y decididos a hablar hasta el fin. Pero un extraño desasosiego, un hosco encogimiento, el resto de algo que ya no podría comunicarse flotaba entre los dos.

—Quiero que tomes de una buena vez en cuenta mi pedido de separarnos, dijo Leonor.

Tenía el aire honesto y torpe de quien desliza en el trato una superchería contra sí mismo, con el propósito de liberar al oyente de cualquier compromiso.

—Ya te he dicho que no es posible, y que no veo ninguna causa —dijo él (*noblesse oblige*) volviéndose hacia la ventana, para no mirar aquella mascarilla contraída y dolorosa, que podía ser la causa—. Nos hemos querido siempre y nuestros sentimientos tienen que sufrir la prueba, tienen que aclimatarse a otras condiciones de vida. Ese es todo el asunto.

¿Qué otras condiciones estaba mencionando? Tal vez aquéllas que los aproximaban aún más, en el inevitable confinamiento, echando a cada uno en los brazos del otro. Lo que podía llamarse, en el fondo de sus urgencias, el amor sin facciones era más fuerte que antes, o estaba por lo menos más necesitado y solo. El aislamiento equivalía a renunciar a aquella perezosa y discursiva vida social, todavía con tinte a coloniaje, que estaban forzados a hacer los ministros. En buena parte, Primitivo sabía que la desgracia de su mujer lo estaba descargando de muchas ma-

jaderías, y en definitiva acaso lo ayudara a encontrarse, si es que había algo que tuviera que inclinarse a buscar en sí mismo.

—No te hablo de divorcio, porque ya sé que no existe entre nosotros y porque los católicos tenemos que repudiarlo —y se advertía, por el tono de la afirmación, que ese repudio no era, en ella, una categoría sentida. Te hablo de otra cosa. De una separación pacífica y a la espera de que el tiempo madure en cada uno de nosotros una determinación. Sólo podría creer que hay razones para que estemos juntos, si volviéramos a estarlo después de una separación. Ahora, seguir así es inercia conyugal, como dijiste una vez, hablando de tus padres.

—Estás muy perturbada aunque se te vea calmosa —repuso él con estupor, casi indefenso ante el recuerdo de su irreverencia filial—. Con todo, voy a decirte algo: esa separación va a venir, pero por otros motivos. He tomado ya todas las providencias para enviarte a Nueva York, a una clínica de cirugía plástica. Yo no podré acompañarte, porque el ministerio es fundamental en todo este rompecabezas.

—¿Mandarme a Nueva York? —dijo ella, realmente alarmada—. Primitivo, bien sabes que no tenemos dinero.

El enfrentó, ahora sí, al rostro indócil en que se trazaba la caricatura de la sorpresa.

—La semana próxima se firmará el contrato para los durmientes del ferrocarril del Norte, dijo. Tendré ese dinero.

Leonor no podía pasar rápidamente de un sentimiento a otro, sobre su faz endurecida, casi tumefacta. Pero sus ojos cobraron un

brillo húmedo y equívoco: ¡agradecimiento, caída desde el paraíso de la semi-inocencia, la semi-inocencia de no preguntar para no saber, en que hasta entonces había vivido?

No lo dijo. Pero él sintió a su vez que aquellos ojos descubrían, recorrían por primera vez en él un rostro diferente, una cara resuelta y concupiscente, que presumía de impávida. El también tenía su rostro Después-de-la-bomba, ¡qué diablos! Cara a cara, ahora era posible gozar una forma de lúgubre alivio: el de que se sintieran instalados en el corazón de lo cierto, el de que pudieran mirarse sin necesidad de mentirse, conscientes de la cruda fealdad de la vida.

No fue una sola operación pero tampoco fue un solo contrato. Los cirujanos tallaron despaciosamente la cara de Leonor y los concesionarios tallaron despaciosamente la faz de la llanura, hacia el subtropical norteño. Y una cosa valió por la otra.

Llegaban las cartas, las aceradas fotos científicas que documentaban el proceso facial, con la misma tajante precisión que si se aplicaran a puentes o cordajes, como si refirieran un himno a la ingeniería, un canto fluvial. Lejos pero confiada, asistida por el séquito adulator de los diplomáticos y sus mujeres, Leonor se sentía volver a la vida y lo decía con una tenaz perseverancia, con un convencimiento proselitista. Otras fotos la mostraban con sus nuevos amigos, enfundados en abrigos de pieles sobre la nieve del Central Park, visitando Lugares Famosos, viendo Momentos Inolvidables.

Él sentía ahora el aflojamiento, la desalentada y remisiva voluntad de abandono que

ella había querido insuflarle antes del viaje. Leonor corría —al fin— deslumbrada (y él diría, por una extraña transferencia de lo anímico a lo visual, que con la cabellera suelta) por una larga galería de artesonado y espejos —*Les riches plafonds / Les miroirs profonds*— mientras él, urgido por los compromisos envolventes que financiaban aquel viaje de cura (y no de descanso) se internaba en la miseria del país, trabajaba sobre la comezón de sus nervios desnudos, acuciado por la sensación deudora de su venalidad.

... *Aux vagues senteurs de l'ambre*. Ahora podría traducirlo por la simple semejanza fonética, como lo hacían de novios disparatadamente, para no sentirse extranjeros, con *Las Flores del Mal* entre las manos, en aquel país de irredimible pobreza: *En los vagos senderos del hambre*. Por los vagos senderos del hambre ajena andaba él, infatigable y pesaroso, con su morral de cavilaciones nocturnas, con el azareo de su conciencia intranquila. "Ellos me lo hicieron y tienen que pagármelo" —solía pensar con artificioso conformismo, para exculparse momentáneamente, como era más fácil hacerlo al mediodía que a la caída de la tarde. "Ellos la arruinaron, que carguen con el precio de devolvermela". Pero era difícil reconocer la culpa en aquellos rostros mansos, casi pétreos, en aquellos ojos de esclerótica turbia, en aquellos labios en que se secaba el hilo verde de la hoja que masticaban, en aquellas comisuras que bailoteaban dos gotitas de esmeralda húmeda. Y era todavía más difícil imaginarse que Leonor —la de las cartas entusiastas y descaradas, llenas de garrulería

sociológica sobre *the american way of life* y tantos otros tópicos de carnet de viaje, la del cuaderno diario con anotaciones sobre gente, sitios y remansos de introspección ofrecidos a la admiración del semejante y a la desazón del marido— pudiera serle "devuelta" algún día, tornara a ser la misma de antes.

"Primitivo, ¿qué habría sido de mí sin las perspectivas vitales (subrayaba el vocablo) que me ha abierto este viaje? Algún día será Europa para los dos, pienso. Entre tanto, me felicito de haber sacado la cabeza fuera del agujero natal, fuera de ese ombligueto de terracota en que hemos vivido por tanto tiempo como si fuera El Mundo".

Sentía, al leerla, una sensación de saqueo entrañable, de escamoteo, de tramoya vital (como diría ella); también él habría podido anotar en su Diario, si alguna vez se le hubiera ocurrido llevarlo, una curiosa experiencia psíquica: la del marido forzado a aceptar, en apariencia y por debajo de las apariencias, la suplantación de su mujer, fingiendo considerarla una y la misma. "Un tema de Pirandello", como decía Rogelio Murano ante cualquier circunstancia de la vida. Pero esta vez sí lo era. La cara de estereotipia sonriente que los cirujanos de Nueva York estaban esculpiéndole era, en definitiva, un cambio menor. Lo profundo era ese sentimiento de enajenación, ese delirio de identidad a que las cartas de ella lo arrojaban.

Debería haberla llamado, haberle pedido que abreviara el viaje, limitándolo a las necesidades del tratamiento. Pero no lo hizo. En aquellos mismos días, desde las oquedades del país atravesado de punta a punta, desde

el fondo del ombligito de terracota había aparecido Encarnación. Y en tanto Leonor declamaba en postales de Navidad donde ya estaban impresos en inglés los Mejores Deseos, él sintió que su deseo por aquella otra mujer a quien había conocido en una remota estación, como telegrafista de los ferrocarriles, y a quien había hecho poco después su secretaria, lo hacía desandar un neblinoso camino que parecía haberse cerrado sobre los últimos años, el camino que lo conducía a una empañada ciudad de llanura y a los días de su juventud. La imagen de Ilse en su casa de patio de damero había vuelto con una lozanía casi agresiva, había refrescado y aliviado su vida, lo había devuelto a aquel tiempo de inocencia en que creyera depravarse mordisqueando un racimo de uvas.

Encarnación era cobriza y robusta, sin poesía posible, con ancas poderosas. No había ningún resquicio de la imaginación en que admitiera ser sublimada o idealizada. Pero era el amor, la lumbre y el abrazo del país, devolvía un fondo perdido de sequedad a la garganta, un sabor oscuro de tierra a la boca.

—Usted no me haga cumplimientos, decía. Yo no puedo esperar que esto dure.

No duró, claro está, pero había llegado a ser algo, en su fugacidad sin promesas trampeadas. Fue la misma Encarnación quien le trajo un día el cable, al despacho de la Comandancia, desde donde seguían el trabajo de los zapadores.

—Papito —dijo tranquilamente, con una calma resignada que parecía casi alegre—.

Esto se acaba. Aquí dice que su mujer vuelve el sábado.

Volvió, sí, con un rostro terso y tirante, de sonrisa perenne. Volvió con una piel lisa y unos ojos ávidos, con un hermoso traje de *tweed* inglés y zapatos y cartera de cuero de cocodrilo, como nunca había usado antes. Volvió poniéndole la mejilla recién cosmetizada, el rostro recién perfumado que había parecido flamear en la escalerilla del avión. Volvió hablando con una deliberada versatilidad, que era el módulo internacional de la elegancia. Todo le asombraba ficticiamente, todo le resultaba divertido, la vida misma le parecía *funny*.

Con los días, sin embargo, la novelería fue cediendo, la rutina propuso sus transacciones insensibles. Leonor, con su cara desplegada y su refulgente mueca dental, había regresado a la tertulias que la bomba le había hecho desertar, había dejado que los demás consumieran en ella la cuota de estridente novedad que había en su rostro, en su experiencia, en sus maneras.

Pero al cabo de unos meses acabó replegándose en la intimidad, sintiendo acaso que no podía comunicar las posibilidades de vida que había entrevisto, que carecía de persuasión para que aquello fuera otra cosa que el rastacuerismo de una fascinación prestigiosa, dicho a quienes no podían acercarse a sus fuentes. Primitivo pensaba a veces que la misma experiencia de que ella alardeaba había sido un fraude, que la felicidad que librara a la distancia había sido tan sólo una forma novelera de sublimación epistolar, de sal-

vación por la escritura, un suntuoso disimulo de la soledad que había empezado a calarla.

Orgullo, miseria y pena. Eso era lo que había traído el tiempo para aquel rostro que, aquietadas las aguas, envejecía sin la defensa de un gesto cordial.

Una noche, leyendo a Víctor Hugo, ella había encontrado los dos versos que habrían de seguirla por el resto de sus días:

*Car je n'ai vu qu'orgueil, que misère et  
que peine*

*Sur ce miroir divin qu'on nomme face  
humaine.*

Orgullo, miseria y pena. ¿Podría haber sido escrito mirando un rostro distinto del suyo? Orgullo, miseria y pena: toda su vida empezaba a caber en estas tres palabras y ellas eran prolijadas, en indiscernible amalgama, por la tirantez de los rasgos, por la amarga liberación expresiva de los ojos —hechos a decir algo por encima del gesto esclavo y acorralado, sobre la violencia implícita de una nariz, unos pómulos y una boca desavenidos.

Era lo que no mudaría ya al paso del tiempo, lo que envejecería en un orden propio, sin mitigar su turbadora extrañeza.

Orgullo, miseria y pena. Lentamente, los años empezaban a decir una verdad soslayada entre ellos dos, una palabra no balbucida, empezaban a mostrar las cartas que no podrían haber estado eternamente boca abajo. La conciencia guardiana de que llevaba aquel gesto duro y dibujado hacia los otros le

había cercenado toda posibilidad de ser infiel, de buscar en otros hombres lo que ya no hallaba en el suyo, lo que comenzaba a morir irremisiblemente, lo que podía tocarse con la yema de los dedos.

¿Lo habría querido realmente alguna vez? Pensaba que sí, y no quería preguntarse por cuánto tiempo. Pero luego él había puesto la demostrativa piedad y ella había replicado con su catolicismo compulsivo. Y ambos habían sido más ostensibles que el amor. La falta de hijos era en cierto modo el comentario, el vaciado de aquella aridez que había acabado por instalarse definitivamente entre los dos. La inercia conyugal, como él había dicho.

Orgullo, miseria y pena.

— I V —

En el atardecer, el salón gris de la Embajada —en que Primitivo leía o despachaba correspondencia— tomaba un ligero tinte purpurino, que se contagiaba a las paredes, a las ringleras de libros ajenos que contenía aquella mansión que se alquilaba con sus muebles y su biblioteca, a los cuadros que —en cambio— el inquilino había querido que, en aquel espacio íntimo, fueran los suyos. Los suyos y no los del duque propietario, que había entregado su *palazzo* atiborrado de medallones académicos, de ambarinos rostros de abolengo, acompañando su recorrida final con la exaltación enfática de aquellos gran-

des artistas, "hoy deplorablemente olvidados".

Eran los suyos, sí, pero no podía decirse que enteramente los hubiera elegido él. Porque a su lado estaba, ahora mismo, Carlos Ventura, llegado a Roma varios años atrás, con una beca de Bellas Artes, e incorporado a la Embajada en forma extraoficial, como consejero privado de los embajadores, como asesor artístico, como secretario para clandestinidades varias, desde el capítulo de "las liberaciones" (whisky, caviar, porcelana de Sèvres, automóviles) hasta el de las amantes que sus antecesores habían tenido y Primitivo no. Ventura conocía a todas esas duquesas, condesas y marquesas que inevitablemente acaban por aparecérselo a los embajadores americanos, cuyo exotismo abotagado crea en ellas la superstición del mucho dinero que a veces no manejan; duquesas, condesas y marquesas más o menos apócrifas, abatidas a un nivel miserable de subsistencia —incapaz, sin embargo, de doblegar su arrogancia o averiar sus finas maneras, que las hacen circular como aves de paraíso entre los criollos quietos, macizos, torvos y ligeramente intimidados por las displicentes y sabias tradiciones de esa corte internacional de los milagros con que ellas sustituyen su improbable corte europea, hoy desaparecida. Hasta que el alcohol o el deseo hacen saltar en aquellos *stranieri* un resorte oculto de violencia y las aves de paraíso sucumben del modo menos pomposo, subastando hasta el recuerdo de su nobleza.

Cuando se había tomado unas copas —y en vez de Embajador llamaba al Dr. Cortés je-

fecito o, mejor aun, "hefecito", porque como todos sus compatriotas aspiraba la jota hasta convertirla en una hache o en el vacío sorbido de una letra indefinible— Ventura solía narrar su oficio de celestinaje en la Embajada, las intermediaciones poco gloriosas en que había desplegado su tacto innato de mestizo, ahora pulido con los recursos autodidácticos del vividor.

—Durar en Roma, hefe, me ha obligado a ingeniarme. ¡Qu'hemos d'hacerle!

Tal vez se ingeniaba asimismo cuando corría hacia su Embajador con la versión de una primicia absoluta, de un descubrimiento reciente:

—Excelencia, declamaba esas veces. ¡No se le ocurre a usted lo qu'es ese chico! Ahora parece uno de tantos fracasados, en su tenducho de la vía Marguta. El año que viene venderá todo lo que haga, más caro que Bernard Buffet. ¡Se lo arrancarán de las manos!

Ventura mismo era un pintor mediocre, y su talento para vivir era muy superior a su inspiración artística. En tal situación, ¿podía creérsele? El juraba que sí, que alternaba noche a noche con gente que sabía —críticos, pintores, *connoisseurs*— y que estaba así al tanto de quién sería famoso mañana; gracias a eso, podía poner en manos de su embajador negocios excelentes.

La pequeña galería que iba desde el salón gris al salón de los espejos estaba poblándose de esas notabilidades inasibles, tomadas justamente en el minuto anterior a la eclosión del genio, al despertar seguro, a la valorización fabulosa. Los gustos o las corazonadas de Ventura iban de la pintura de de-

nuncia social hasta el arte no figurativo, con una credulidad ecléctica que Primitivo nunca sabría si se agotaba en la compra en sí o alentaba honestamente hacia el futuro que prometía. Allí estaban los cuadros, en todo caso, con la iluminación —difusa o directa— que Ventura disponía para realzar sus calidades. Rara vez se exhibía a los visitantes esta otra corte de milagros; porque era sabido que los huéspedes la elogiarían, un poco por filisteísmo y otro poco por sentido de agradecimiento a la hospitalidad recibida.

—Yo podía haber tenido un Chirico o un Pougny en lugar de todos estos jóvenes ignotos —decía entonces el Embajador, disculpándose—. Pero Carlos cree que hay que ayudar a los que empiezan.

Y Carlos recogía del visitante una aprobación tenue o indecisa, más hacia su acto de caridad con cheques ajenos que a la certeza de que estuviera haciendo una cosecha temprana de celebridades.

Y entre otros, estaba también representado “el poderoso y sugestivo Carlo Ventura, ojo dramático y mano cruel de una América desnuda”, como había dicho algún crítico complaciente, a quien Ventura fingía no tomar en cuenta.

Por supuesto, el no retribuía la adquisición de sus óleos en la tela misma, sino en otros menesteres: era el artifice de las empanadas caldosas con picante y de las mejores paellas que podían comerse en Roma; y aquí sí recogía panegíricos calurosos, de americanos y europeos que se habían quemado la boca y lo alababan rascándose el cuero cabelludo, entre buches de vino tinto.

—Yo vine con la ilusión de todos —decía cínicamente—. “Exponer en las grandes capitales del mundo”. Y parece que tendré que triunfar un día, no en el arte de Picasso sino en el de Brillat-Savarin.

—En ése y en el de comprar porcelanas, corregía afectuosamente Leonor.

—En ése y en el de tocar la guitarra —agregaba el invitado más asiduo, para dar pie al petitorio de los demás.

Cuando ya la bebida había hecho aflorar en él la tristeza nativa, ese pudoroso artículo de exportación ocasional, Ventura hacía a Massimo una seña casi imperceptible y la guitarra se acostaba un segundo después en sus brazos, como si —tiesa y turgente— hubiera estado esperándolo tras la puerta del comedor.

Templaba para dejar crecer la expectativa favorable de las sobremesas y arrancaba a cantar, siempre sobre el canevás de la misma melodía, monótona, nostálgica, empecinada.

*He mandao que me entierren*

*sentao cuando me muera,*

*así la hente dirá*

*se murió pero te espera.*

La vocecita débil, cascada sobre un fondo de ronquera alcohólica, tenía —en ese trance de juicio inverificable, café, habanos, licores— una condición evocativa, una nota dulzarrona de melancolía o un repentino estallido de jactancia fanfarrona, y —como la característica más insidiosamente durable— una proclamada afición de pobreza, que in-

sinuaba y amonestaba, casi hasta el arrepentimiento digestivo.

—Si algún día el Hefe se vuelve y me echan de aquí, pongo en Termini un puestito de empanadas y de folklore andino —decía Ventura, estirando de oreja a oreja su ancha jeta de mulato, tras la que surgían los dientes cortos y parejitos—. Hay que vivir, ¡qu'hemos d'hacerle!

Pero aun en esos momentos, Primitivo se sentía —como alguna vez había escrito, con pedantería juvenil— *au carrefour des deux chemins*. Sus mismos recuerdos americanos, por telúricos que pareciesen, de algún modo aludían a Europa, de algún modo la habían preanunciado, en el mero instante en que habían sido realidad, apetito y vida de su cuerpo.

Mientras Ventura cantaba aquellas coplas viriles y polvorientas, estribillos del páramo, refranes de la fatalidad y el trago fuerte, él se sentía volver a los diecisiete años y a la ciudad de llanura donde había nacido, donde se había criado, donde aún sobrevivía —ya octogenaria— su madre.

Era pequeño y delgado —un doncel insignificante, pero demagógicamente puro— cuando conoció a Ilse. Fue en una tertulia de sábado en el Club Alemán, y él leyó —laudatoriamente presentado a la concurrencia— un poema en el que el sol era servido en tajadas y la luna degollada sobre la calcinación azul de las rocas. Ilse se acercó y sin rodeos lo invitó a que fuera a su casa, la noche siguiente. Ella tenía veinticuatro años y parecía un ser maduro, de envidiables seguridades, de impia desenvoltura, girando al-

rededor de aquel adolescente cauto y retraído, cuya timidez zoológica era acaso lo único que obraba en ella algún efecto de pasiva seducción. Pudo pensar entonces que la conquistaba; hoy sabía, con un gozo crepuscular, tierno y distante, que había sido tan sólo su cautivo.

Ilse lo hizo pasar a un saloncito lleno de fotografías, con una mesita circular de bronce cargada de pipas, con recuerdos de París —*mein geliebtes Paris*— mirándola desde todos los ángulos de la pequeña habitación. Heydel, el marido de Ilse, era un ingeniero de las minas, notoriamente mayor que ella, notoriamente aburrido, notoriamente dispuesto a irse a dormir en cuanto hubiera acabado su tabaco.

Quedaron solos y ella lo abrumó con una coquetería peligrosa y audaz, que consistía en suponerlo un niño y ofrecerle bombones en la boca. El gramófono siseaba una canción francesa mientras ella le hacía sentir sobre sus labios la punta de sus dedos juntos, que se demoraban provocativamente en el acto de alimentarlo.

Cuando Heydel regresó a la mina e Ilse dio en sentirse sola en la casa y en la ciudad provinciana —chatas, extensas, coloniales— Primitivo empezó a verla allí casi todas las noches.

Ella convocó entonces a algunos extranjeros melancólicos, forzosamente lacónicos, que llegaban a la reunión con sus zapatos bastos y enlodados y se sentaban en el suelo del saloncito, apuntalándose con los *poufs*, de guarniciones y borlas doradas, que Ilse sembraba artísticamente por todos los rincones.

Hacia el fin de aquel verano Ilse impuso, casi sin consultarlos, el ritual del racimo de uvas. La rueda era ya más grande, y la habían trasladado al patio de baldosas blancas y negras, circuido por una recoba de arcos romanos, calmosamente decorado por plantas tropicales que endurecían un gesto de dedos abiertos en la cuajada pesadez de la noche. Allí también los cavilosos desterrados se reclinaban sobre cojines y fumaban mirando el remoto cielo nocturno de aquel estío seco, inmisericorde.

A la vista de todos, Ilse llenaba una bandeja de plata con enormes, hermosas uvas moscateles, ligeramente empañadas a la luz de los farolones que alumbraban las esquinas del patio.

Hacía traer entonces la mesita de fumar y colocaba allí la bandeja. Inclínándose sobre ella, con una jeringa en la mano, inyectaba a cada una un poquito —la dosis justa— de éter. Aquello suponía un mundo de refinamientos desconocidos para un joven paisano que sólo conocía los de la literatura.

Una vez inyectadas, Ilse cubría las uvas con un granizado de hielo que Lutz —el más constante de los alemanes errabundos— había estado machacando al tiempo de la operación del éter, golpeando concienzudamente con una maza los trozos mayores de hielo, envueltos en un paño de cocina.

Desnudos y sin sensualidad, Ilse, Primitivo y los extranjeros se abstraían lentamente en las uvas. Les pasaban un dedo para dejar caer la menuda escarcha que las espolvoreaba; al hincarles el diente la pizca de éter se difundía por la boca y siete, ocho, diez uvas

carnosas bastaban para que Primitivo comenzara a sentirse lúcidamente desprendido de la envoltura que lo fijaba a tierra y del contorno de triscadores lánguidos y silenciosos, desesperados, aun en el colmo despacioso del placer, perdidamente desesperados por una causa otoñal y sajona que él nunca podría descifrar.

Junto a su flanco solía sentir entonces, como un garabato de descaro y cariño, no como un llamado lascivo, el brazo de Ilse, su presencia frugalmente paradisíaca.

Ilse y las uvas siguieron hasta aquella noche, de fines de marzo, en que Primitivo introdujo en la rueda a René Oteyza, su compañero de Humanidades. René era un par de años mayor que Primitivo, y eso le daba un derecho insolente a no asombrarse de nada, a mentir que, en esos dos años de diferencia, lo había experimentado todo. Decía ser deportista, blasonaba de fuerte, rebosaba de las futilidades de un adolescente tardío y extrovertido.

Simuló repetir lo conocido, bisar lo ya probado: tomó un racimo de uvas y lo desgajó glotonamente dentro de la boca, dejándose invadir de éter, con una risotada que violaba el convenio.

Pero al momento, triturado el racimo, comenzó a ponerse pálido, manoteó hacia los almohadones, vaciló desde la posición en que estaba, reclinado en un equilibrio inestable que quería ser vistoso, y acabó acostándose sobre las baldosas desnudas.

—Es un colapso cardíaco —sentenció Lutz, con desganada hostilidad.— Puede morir.

—Sí —dijo Ilse, ligeramente exaltada—. Es un chico estúpido, un sábelotodo. ¿Cómo se te ocurrió traernos este monstruo?

Primitivo se asustó al ver a René, desgozando a inánime más allá del rencor que suscitaba. Se vistió entonces a las apuradas —el pantalón, la chaqueta, los zapatos sin medias— y corrió en busca del médico.

Cuando volvió con él y atravesó a todo correr la casa en penumbra, dando involuntarios puntapiés a los almohadones —la fauna de almohadones que parecía animarse en las habitaciones desiertas, danzando en una descompuesta y abigarrada profusión, como un caos de enormes ratas verdes— René tenía ya un rictus en la boca y un color de ceniciento a cianótico alrededor de los labios.

El doctor debió haber visto con escándalo a aquella mujer y a aquellos hombres que se habían olvidado de vestirse para esperarlo. Y debió haberlo contado en casa de los Cortés.

Un par de noches después, cuando Primitivo volvió, ella lo recibió sola, con una faz pálida, ojerosa, los ojos húmedos y enrojecidos en el semblante árido, arrasado.

Sacó del bolso un puñado de billetes —eran dólares— y se los mostró sin exhibirlos.

—Si estás dispuesto —le dijo— nos vamos de aquí.

—¿Adónde?, dijo él, y realmente quería preguntar: ¿Por qué?

— A París, donde sea. Pero ahora mismo, mañana temprano. ¿Sí o no?

Sabía por qué no se había animado: su madre seguía viviendo, con más de ochenta años, en la ciudad provinciana, en la vieja casa, en el corazón de la desolada llanura. No habría seguido viviendo allí —y acaso en ningún lado de la tierra— si él se hubiera marchado.

Se sintió fútil, cobarde, inmaduro delante de aquella mujer resuelta, friamente encarnizada, que quería dejarlo todo: al señor Heydel, a la casa de patio tropical, al mundo de relaciones que brotaba, para ella, de la boca de alguna oscura mina, que no era la que regía su marido. Se sintió vacuo, inconsistente, trivial; y evitó verla el resto del tiempo (unos pocos meses) en que ella siguió estando allí. Ilse, que recibió su silencio como una respuesta a no retocar, tampoco hizo nada, el menor gesto para ir a buscarlo, para insistirle, para decirle que lo esperaba todavía. Esa omisión estudiada era propia de su sentido de la dignidad.

¿Dónde estaría ahora, qué habría sido de ella? ¿No pasaría alguna vez a su lado, sin que él la reconociera, por la Via Veneto a mediódía, por la Via del Corso a la tardecita, no la punzaría aún aquel amor meridional y difuso, a la vez ardiente y brumoso, que le había dicho que sentía por él y que —lo había comprobado con el tiempo— es el que sienten los nórdicos por Italia, ese sentimiento adulterino en que entran el clima, el sol, el Chianti, un brillo de naranjas?

El tenía entonces el resplandor de la juventud, ese zumo de belleza animal que acorre la adolescencia de los feos. Algo estaba ya a punto de secarse en su interior, pe-

ro Ilse no podía haberlo notado. Recordaba el rostro curtido de los veinticuatro años, los ojos claros, el brazo que oficiaba de iniciativa en el amor. Una erosión de desaliento parecía —el día en que le propuso que huyeran— ganar sombríamente sus facciones, irlas royendo, anegando, consumiendo. Los años transcurridos desde entonces, ¿no habrían completado la obra de aquel minuto de súbito envejecimiento?

Tales recuerdos acababan por conducirlo siempre a la infancia. Quizá fuera porque de ese modo podía volver al muchacho que había sido antes de conocer a Leonor, a esa zona de la que podía extraer imágenes, evocaciones, memorias que sólo a él le pertenecían.

Pero eran siempre las mismas: la única hermana muerta a los ocho años en Buenos Aires, de la que nunca podría imaginar el último y doloroso día que no había visto y que le habían contado mucho después, enlazado a la palabra "nefritis", que le sonaba a historia del Egipto; la madre, que había seguido viviendo en la casa solariega cuando el padre ya se había marchado a la capital, para cumplir su primera diputación; la tía abuela, que había leído cuanto libro podía agenciarse en aquel olvidado desierto y mencionaba a los héroes de Balzac como si fueran sus vecinos de puerta. De casi ochenta años, la tía había muerto un día con todos los velámenes desplegados. Durante toda la mañana él estuvo leyéndole páginas del Antiguo Testamento y de San Juan de la Cruz. Y por la tardecita, cuando ya se sintió morir, llamó a Madre —que era su sobri-

na predilecta— y le pidió que tocara al piano los Funerales de Liszt. Y así, rodeada de almohadones, de música y de sobrinos se murió, sentada, embelesada y sonriente.

Hoy, a los sesenta y dos años, Primitivo sabía muy bien que jamás escribiría aquella suerte de saga familiar, aquella novela que había proyectado algún día, sobre la materia que le ofrecían los Cortés y los Morillo. Había pensado hacerla arrancar en los mismos tiempos de la Colonia, pasar por la Independencia y llegar a los días actuales, de abulia, de dilapidación de haciendas, de expropiaciones por causa del petróleo. En algún cajón yacían los rollos de los tres primeros capítulos y el título definitivo de aquella larga historia, que bajaba de epopeya a letanía: *Y luego descansaron*. Era él mismo, en su pequeño despacho de la Embajada, quien descansaba ahora por ellos.

El mundo de los afectos había ido despo-blándose a su alrededor; el tiempo le había traído muertes y no vidas. La desmemoria tornaba cada vez más borrosos aquellos daguerrotipos que le cercaban, y a los cuales alzaba los ojos cada vez con menos frecuencia. Y los libros en que investigaba —arqueología americana, historias militares de la Conquista y de la Revolución Emancipadora— ¿qué tenían que ver con el país en que vivía, con esa Italia a la que acaso elegiría el día en que supiera que le tocaba cerrar los ojos?

Por eso *Los Aborígenes* era su penitencia asumida hasta el fin. Había que volver a sus enmarañadas páginas.

Y él mismo, ¿qué era, cuando ya la obra de Dios en él podía considerarse concluída? Aquella imagen mestiza que acentuaba sus rasgos al paso de los años, aquel cuerpo que seguramente llevaba, como otros habían dicho de Darío, "algunas gotas de chorotega o negrandano", ¿era un recesivo, respondía a algún misterio de cruzamiento celosamente sepultado desde los días de la servidumbre colonial, a un azar biológico que nadie conocía o del que nadie había querido hablarle ni él preguntar?

Leonor también había ido desnutriéndose de vidas ajenas, en un estilo distinto, que le había hecho perder de vista la escala de lo humano, la proporción de los sentimientos naturales. Y así era como había llegado a narrar las enfermedades de Louison con una prolijidad que rara vez pone un padre en referir las dolencias pasajeras y alarmantes de su hijo único.

El visitante estaba sentado frente a Primitivo, y ambos quedaban a derecha e izquierda de Leonor, que ocupaba la cabecera. Dos criados danzaban incesantemente detrás de ellos, tan tenues que no hostigaban con su presencia, haciendo que tan sólo asomaran al diálogo los largos cuellos de las botellas de *rheinwein* o las oscuras gargantas del borgoña, en el escrúpulo de no tolerar que una copa estuviera nunca a medio tomar.

—Cuando Louison enfermó de la meningitis que lo ha dejado con ese tic, creí enloquecerme —explicaba Leonor.

Louison no era un niño, sino un ovejero baldado, adormecido junto al fuego, que sacudía de pronto su piel flácida en relampa-

güeos de sobresalto, como para espantarse unas moscas inexistentes.

—¿Sabe usted lo que hizo esta mujer? —decía entonces Primitivo, amonestando su visible simpatía por el acto con un ademán burlesco de las manos y un ligero arqueado de cejas—. Pues llamó a un amigo nuestro, médico de niños, y le pidió que curara al perro.

—Y él no se enojó, en absoluto. Fíjese que eran los días en que debíamos partir para Nueva York, porque a Primitivo lo mandaban a las Naciones Unidas. Tuvimos que postergar el viaje por una semana y al final lo hicimos en tren y en barco, porque Louison no habría podido ir en avión, convalesciente y débil como estaba.

El visitante, a esa altura, se consideraba culpable de haber promovido aquella clase de complicidad que lo desbordaba, sólo por haber dicho —de una manera incidental, que no preveía ni prometía compartir devociones aberrantes— que él también adoraba a los perros.

—Mientras anduvimos por los Estados Unidos en el *ranch-wagon* que nos prestó el embajador en Washington, no tuvimos problemas. Porque hacíamos noche en los moteles y allí entrábamos con el automóvil, haciendo saltar fuera a Louison una vez que estábamos en el garaje.

—Pero en Nueva York fue otra cosa —aclaraba Primitivo, siempre con la contrasena de un gesto que deslindaba su parte de la cordura en una historia en que también participaba—. Allí tuvimos que tomar una *suite* en el Waldorf-Astoria, porque fue el único lugar en que aceptaron que Louison se

alojara junto a nosotros y tuviera sus comidas a las horas.

—Y cuando desde allí debimos seguir hacia Italia, según lo convenido, fue la gran tragedia —añadía Leonor, descalificando el tamaño de las palabras como antes lo había hecho con los sentimientos—. En ningún barco querían llevar a Louison en un camarote como todos, porque decían tener perreña en la bodega. Louison, postrado como estaba, se habría muerto de tristeza en la sentina o en promiscuidad con los otros perros. ¡Imagínese!

El verbo no tenía ningún sentido imperativo. El visitante podía no imaginarse nada, porque se lo estaban contando como la cosa más natural del mundo.

—Al final —abreviaba Primitivo— dimos con un capitán griego, que llevaba un buque de clase única, de Nueva York al sur de Italia. Aceptó arrendarnos dos camarotes, por un sobreprecio. Pero, para no perder el viaje, tuvimos que hacerlo antes de que yo dispusiera de mis cartas credenciales; y tuvimos que bajar en Nápoles, cuando es casi tradicional que los embajadores desembarquen en Génova. ¡Lo que nos deben haber odiado por esos cambios, que salían de la Sagrada Rutina!

Y Louison, desde su sitio junto al fuego, estiraba una de sus manos, entregaba en ella el hocico y elevaba afectuosamente hacia sus amos —¿no habría que decir “hacia sus padres”?— una mirada de amor, para demostrarles que no era insensible a las molestias que había provocado, para asegurarles que la conciencia de esos contratiempos refor-

zaba, en su cuerpo claudicante, la pasión perreña del agradecimiento.

“Para eso se hacen las revoluciones en América” —decía Ventura cuando estaba entre sus amigos los pintores italianos, y el vino excitaba cuanto había en él de libre y descastado—. “Para que un par de maniáticos financie el viaje de un perro idiota en un camarote de lujo”.

La Revolución no se había hecho para eso, claro estaba. Pero la Revolución no había sabido qué hacer con Primitivo Cortés, ese crustáceo pegado a su quilla. Como de los hombres hacia los perros, él había ido transmigrando —desde hacía años— de su país al extranjero, un extranjero que lo rodeaba y acosaba —en lecturas, en pensamientos, hasta en sueños— aun mientras trataba de decir, apelando a todo lo que sabía de oratoria, arengas revolucionarias, en el interregno que había mediado entre el abrazo a Cándido Lafuente y el viaje hacia Nueva York y luego a Italia. Había estado muchas veces tentado de escribir, en sus ensayos, frases como “el drama de las clases cultas, el aislamiento y la incomunicación de las élites en esta nuestra América Española”; pero le había parecido antipatriótico afirmarlo sólo porque se lo dijeran sus sentimientos. Era el revés de aquella frase generacional de juventud —“la Cultura que nos legara Francia”— que también había debido archivar-se, por la befa que hacía de ella la generación siguiente, la de los estetas del nativismo.

Había querido engañarse proponiéndose el espejismo de que era su culpabilidad de

descreimiento la que lo había llevado a servir al nuevo orden. Pero no. Era su voluntad de expatriarse, de ceder a que otros lo expatriaran, a que otros le dieran —sobre la miseria del país esquilmado— la sinecura de una embajada sin cometidos de clase alguna y lo echaran a navegar sobre los mares, con el rostro de Leonor y la meningitis de Louison. Era eso.

Y “eso” tenía que acabarse un día; acabarse o desfondarse una mañana como cualquier otra, a la hora del desayuno y los periódicos.

El secretario entró sin emoción visible (era un diplomático de carrera), trayendo en la mano el cable que acababa de descifrar:

—Excelencia —dijo con el tono más neutro—. Noticias graves.

Sin quitarse los anteojos con que estaba repasando *Il Messagero*, Primitivo leyó: “Presidente Lafuente asesinado por turbas azuzadas en escalinata de Palacio. Coronel Gaudencio domina situación y asume poder. Guarde instrucciones”.

Las cuatro horas de diferencia indicaban que acaso había sido ayer y que en la escalinata de Palacio estaría ya seca, al sol de la mañana, la sangre de Cándido.

Llamó a Leonor y le extendió la hoja, sin anticiparle el contenido. Ella tuvo un corto espasmo de llanto y luego se repuso. Primitivo pensó que tendría que poner el cable en conocimiento de los jefes de Protocolo, telefonando al Quirinale. Pero una forma curiosa de enervamiento —la misma de

Obrajes— lo retenía, crispado e inmóvil, en el sillón en que lo había clavado la noticia.

“Lafuente asesinado por turbas azuzadas”. No era muy difícil imaginarse quién había estado azuzándolas. No era muy difícil tampoco pensar que aquél era un mensaje de despedida del canciller, su acusación de entrelíneas antes de resignar el cargo. “Aguarda instrucciones”. Seguramente sería algún nuevo ministro de Relaciones, amigo de Gaudencio, quien habría de dárselas.

Pero la piedad sobrepujaba ahora al instinto del propio interés. Y él pensaba en Cándido, en su risa violenta y espasmódica, en su amistosa crueldad de muchos dientes, en sus brutales palmoteos de afecto, en los silencios repentinos en que caía a veces, en su burda sinceridad para insultar a los doctores, a los industriales, a los emperifollados bachilleres que servían a esos industriales; en la valerosa volubilidad de insultarlos y estar, a la media hora, comiendo y bebiendo despreocupadamente con ellos, sin el menor cuidado de las apariencias ni de la vida.

—Ah chico —recordaba que le había dicho cuando fue a despedirse. Usted se va y yo sigo en este baile, que está poniéndose cada vez más feo. ¡Usted sí que tiene suerte!

Esa diferencia de suertes se medía por la distancia que existía entre este sillón y el ventanal sobre el mediodía romano y la sangre pisoteada en la escalinata de Palacio, frente a la Plaza de Armas. Se medía por la diferencia entre una vida y una muerte igualmente inútiles.

Pensaba en los ríos del país por los que Cándido había navegado de niño, viviendo

a bordo de chozas precariamente erguidas sobre el maderamen de troncos lanzado aguas abajo. Pensaba en la selva, en la que Cándido había desdeñado tantas veces el acecho de la muerte, y lo había vencido por ignorarlo. Pensaba en las batallas de los arenales, que habían tatuado el torso de su juventud, en las borracheras que llenaban los ocios del batallón, en los juegos suicidas de revólver y caballo en que desembocaban esas borracheras, en el balcón de su estudio por donde había querido salir al encuentro de la muerte. Todo eso para que ahora, cuando ya casi llegaba a los sesenta, lo asesinaran—el cable no decía cómo— en la escalinata de Palacio, seguramente (de acuerdo a la fecha) mientras salía para el *te deum*, para la misa patriótica en la Catedral, que distaba solamente veinticinco metros de Palacio, veinticinco metros de portal a portal, porque la escalinata y el atrio casi se tocaban por uno de sus extremos.

En esa ferocidad de cuchillos, de tiros, de muertes campales, en esas algaradas de la muerte como fastos del civismo estaba el país, más que en la incomunicación de las élites. En esa fácil posibilidad de fanatizar a la gente con un trago y lanzarla a hacerse justicia en nombre del último discurso que se le espetara, en esa fluidez para que el crimen entrara en el juego, apenas llamado, estaba también “esta nuestra América Española”, más que en la soledad estudiantil de quienes le pedían una Sorbonne alumbrada de golpe en el tajo de dos montañas.

Vio entonces que Leonor se acercaba a la chimenea apagada, trayendo en la mano

aquel candelabro de palo santo que Cándido le había regalado al despedirse, “como prenda de estima”; un candelabro igual a otros dos que conservaba en Palacio y que acaso estuvieran ahora temblorosamente activos a los dos lados de la oscura cabeza.

Lo colocó sobre la repisa y, bajo el mismo fulgor solar que lo anulaba y desvanecía, lo encendió.

Primitivo la vio y dejó; aunque lo entendió claramente, no comentó el sentido pío de aquel homenaje, el absurdo de aquel cirio deslumbrado e incoherente bajo las glorias del mediodía romano.

Leonor se quedó mirando con fijeza lo que acababa de hacer, como si hubiera puesto una corona al pie de un prócer y desconociera el resto del ritual, el embarazoso y nunca codificado epílogo de esas ceremonias que culminan en cuanto empiezan.

Torpemente se dio vuelta, como desentendiéndose de lo que había hecho, y sin transición, encarándose con Primitivo, dijo:

—Ahora tendrá que elegir entre sus dos papeles.

Muchas veces, desde que se había instalado entre ellos un silencio que no suponía ninguna comunicación tácita, Leonor solía terminar sus reflexiones interiores con frases sueltas, dichas en voz alta e ininteligibles para su marido. El nunca había podido convencerla de que no debía emerger de un silencio propio, insolidario, con frases de ese tipo, que quedaban flotando en una zona de misterio pueril. Esta vez, sin embargo, creía haberla entendido. Pero, para mantener los principios, preguntó:

—¿Quién?

—Clarita, dijo ella, con inocencia poco explicativa.

—¿Entre qué dos papeles?, insistió él, ahora obviamente.

—Entre el de viuda de un mártir y el de hermana influyente.

—Pero —inquirió Primitivo, para tantear el terreno siempre escabroso de las suposiciones de una mujer, y en especial de las de su mujer—, ¿te parece que haya razones para pensar que Gaudencio haya inspirado de algún modo el asesinato de Cándido?

Esta vez fue ella quien no quiso entender.

—Los dos papeles se le ofrecerán de todos modos —dijo—. O se recluye a llorar o trata de mandar.

—Gaudencio no debe ser muy manejable —aventuró Primitivo.

—Es inculto, y su mujer muy bruta. Clarita es otra cosa, y es su hermana mayor.

Mientras imaginaba los dos candelabros de guayaco alumbrando las sienes aceitosas de Cándido, su frente sucia y rota, Primitivo tornó a pensar en la muerte de aquel hombre, en el exceso de vida no desfogada que había venido a desembocar en ella. Recordó con qué candor silencioso —sin tomarla a broma— escuchaba Cándido la teoría de los *sobremurientes*, que le gustaba repetir —y retocar cada vez que la reiteraba— a Rogelio Murano.

—Cuando hay un cataclismo, un accidente, una catástrofe, todos hablan de los sobrevivientes —decía Rogelio—. Como si fueran ellos quienes usurparan por la violencia un

destino diverso del verdadero. Y pasa lo contrario. Los sobrevivientes sólo han seguido en lo que estaban. ¿Por qué no pensar entonces en los *sobremurientes*, en los que estaban llenos de una vida que debería haber seguido circulando por ellos y que se quebró de pronto? Esos son los verdaderos violentos, los violentos sin culpa y sin infierno.

Cándido —pensaba Primitivo— era un típico *sobremuriente*. Era posible imaginar el vaso mediado de vino que había dejado sobre la mesa, el habano a medio fumar; era forzoso pensar en el goce interrumpido y a proseguir, porque todo él estaba lleno de una capacidad de placer que el trabajo y las responsabilidades sólo venían a perturbar y a aplazar, nunca a extinguir. Pensaba con envidioso cariño en aquella fuerza de la naturaleza que había sido segada, en aquel mestizo a quien el mundo de las posibilidades físicas de disfrute parecía quedarle chico, en aquel borracho comatoso y profético que una noche había querido arrojarle por un balcón, porque el país y sus hijos estaban encerrados y no tenían salida.

Leonor había corrido los visillos de la habitación y ofrecía ahora a Primitivo su perfil apenas orlado por la lumbre del cirio, el contraluz del brazo extendido hasta tocar el borde de la repisa de la chimenea.

La vio, tuvo la sensación de su propia inmovilidad, sintió yacer los huesos de su cuerpo sobre el sillón. "Otros mueren a menudo por nosotros. Pero ésa es también a veces la forma más engañosa de nuestra propia muerte", pensó.

Para desbaratar aquel silencio, y como en algún otro día de su pasado en que había sufrido un desmantelamiento insuperable, trató de ser acre y desprejuiciado.

—Querida —dijo—. Me temo que nosotros, como la patria, vamos a vernos arrasados *dans un gros déménagement*.

Pero halló frente a sí la mueca de tantos años, más cansina, humilde y humana de cuanto podía haber esperado. Ya no era la hermosa cara de grandes ojos abiertos que bebía versos de Baudelaire contra la balconada del horrible palacio *art-nouveau* de Don Lucho Otero. Era, más gris, más terrosa, desalentada y casi amortajada, la cara que lo había seguido durante estos últimos años, la que ahora lo llamaba a no evadirse por la vía del ingenio.

Entonces, sin que lo sintiera subir a sus labios, afloró a su voz el español gutural, ligeramente cantarino que había oído hablar desde su infancia y estaba enterrado bajo pesadas capas de peregrinaje y cultura:

—Pues sí, linda, ¿qué va a ser de nosotros hoy día?

## paloma

Y la paloma volvió a él  
a la hora de la tarde

(Génesis 8, 11)

A la cruda luz de la tarde de domingo, techos y azoteas trazaban sus líneas sobre el cielo azul; sobre un cielo casi añil. Brígido veía, como escalas horizontales, las antenas de T-V y, más acá, las chimeneas y los tendedores, los reveses curtidos y abominables de las paredes con sus lampos de hollín, los ventanillos, los mechinales, las cañerías de desagüe.

Era el paisaje de siempre, el rincón de distancia y cerramiento que columbraba desde su patio, con los perfiles familiares en que irrumpía de tiempo en tiempo la providencia de algún rascacielos. Pocitos crecía, pero el patio era el mismo: la ley Serrato, el limonero (blanco de guano) que se secó, el palomar que había mandado construir cuando cobró el Beneficio de Retiro.

Se alzó de la silla enana, brilló la paja amarilla y resplandeciente como una placa solar sobre las rayas en fuga del baldosado rojo; dejó el termo y el mate a un costado de la silla y se puso a enderezar un pasador en la puerta de los nidales; pero

sólo lo hacía para ir llenando de pequeñas ocupaciones, que se consumían sin dejar rastro ni memoria, el hueco de una larga expectación. Eran más de las tres de la tarde y, estudiado el viento, las palomas tendrían que ir llegando alrededor de las cuatro, si es que realmente las habían largado a las diez de la mañana en Paso de los Toros.

La tarde antes había prendido, en el ajetreo de la víspera, el hervor de la temporada nueva: empezaba a dorarse el otoño y se disputaba la primera carrera. El club era una vieja casa del Sur, con el cuadrilátero de un gran patio de damero y claraboya. Allí iban amontonándose, rumorosos en la penumbra, los jaulones henchidos de palomas. Era increíble que tras el entumecimiento de esa espera y del largo viaje, un animal se saltara luego a volar con tal ímpetu y cruzara el país en unas pocas horas. Estaban allí, cloqueantes y con su olor tibio y aún tenue, aguardando que vinieran los soldados.

Las cargarían en camiones y las llevarían a la estación, para que viajaran a través de la noche, con más frío, con hedor progresivamente más denso, hacia el andén de destino.

El club tenía en esos días, desde la caída de la tarde, la animación de una tarea obstinada, emprendedora, ritual. [Oficinistas de profesión, los socios parecían espolvorear gozosamente de sus hombros la fatiga de toda una rutina escritural, para ir llenando minuciosamente —con la delectación de una prolijidad responsable— las planillas de vuelo. Lo hacían por gusto, y aquél era el ejercicio de su libertad, por más que se asemejara

en todo a la monotonía de su trabajo, a la subordinación del empleo, a la cara del resto de la semana. Era el sábado de tarde y, alineados junto a las largas mesas, recibiendo los datos y distribuyéndolos en las casillas de las cuadrículas, sacudían la acidia de seis días y el aburrimiento de sus vidas, entregándolas a la única forma verosímil en que aún podían entender la ilusión del deporte y la fascinación del éxito. “En la ciudad de un millón de habitantes, habrá siempre cien locos que críen palomas”, había escrito alguien, para satirizarlos cordialmente; y sin quererlo, les había dado una feroz razón de existencia. Los condenados a galeras se juntaban a remar, una vez libres.

Al lado de ellos, sobre el fervor de sus espaldas curvadas, iban y venían conjeturas, sistemas de alimentación, *pedigrees*, vaticinios, estimaciones sobre el viento de mañana. En la habitación contigua, otros anillaban las palomas, allegándolas suavemente, en el cuenco de la mano, a la máquina en que se hacía “el marcaje”; las mantenían tomadas de la quilla y sometían sus patas, acartuchadas y rojas, a la argolla gris de plástico y al tubo numerado. Las iban deslizado una a una, decían en voz alta el número de las cápsulas que utilizaban; y también ese recuento se iba asentando en la planilla. La operación era rápida, ingravida, y al cabo de ella la misma mano echaba el pichón, que tímidamente parecía existir como el conato de un pensamiento de victoria, a la jaula cuya puerta retráctil chasqueaba al cerrarse. La mano conservaba todavía por un instante su ondulación desconcertada, un balanceo tré-

mulo, como si las puntas de los dedos devolvieran el ansia con que cada criador apacataba el acto de fichar y librar su paloma.

Brígido siempre había visto como un fetiche —sentía ahora latir el suyo, lo tocaba con un movimiento receloso, para cerciorarse de que permanecía y funcionaba en su sitio— aquel reloj ciego que el club alquilaba, en la noche del sábado, a cada uno de los que *corrían*. Era un rechoncho aparato sin esfera, misterioso y casi visceral, que existía de una manera indescifrable y segura; por su única ranura había que introducir, apenas extraída de la pata de la paloma que regresaba, la cápsula con su número; y esa entrada imprimía la hora del retorno. Vuelto al club, la noche del domingo, el comisario de la carrera alineaba a todos, cada uno con el reloj ciego palpitándole en la mano que palpitaba. Los prevenía y, a una palmada, debían oprimir un botón que, del lado opuesto a la ranura, estampaba otra pauta de tiempo. Ella permitía acompasar los relojes, precisar las diferencias sutiles del que adelantaba o atrasaba, sincronizarlos. Nivelados así los datos, se pasaba a calcular las compensaciones: el palomar de Carrasco tenía tantos minutos de favor, el de la Unión tantos otros. Era lo que se llamaba, burocráticamente, “hacer las bonificaciones”. Los mismos rostros, gastados por la comezón de la jornada, semibarbudos y enrojecidos de sol, acosada la lumbre de los ojos en los bolsones flácidos de las ojeras que envejecían, se volcaban entonces a la verificación de esos descuentos, ya que de aquella zaramba de números —más que del vuelo en

si— habría por fin de levantarse el triunfo. Pero apenas venida, esa evidencia sólo insuflaba —en el cansancio de todos— una opaca, desvanecida y conturbada sonrisa. Tan pobre era, al fin de cuentas, la plenitud final de la conquista, tras los días y meses que la habían atesorado, alimentado y descreído.

Por el ventanillo de la cocina, apareció de súbito la cabeza desgredada de Elisa; la edad crítica había terminado de averiar su humor y le había hecho perder, en la vida doméstica, todo último rastro de coquetería, toda apariencia de aliño.

—Por lo visto, tampoco hoy saldremos—dijo hostilmente, y alzó los ojos, como si esperara la respuesta del pedazo de cielo vacuo que divisaba desde el recuadro—. Sí, ya lo sé: ¡hay carreras!

—Es la primera del año, corrigió Brígido.

—Y las otras de estos domingos, ¿qué eran?

—Vareos —insistió él, imperturbablemente.

—¡Vaya una diferencia!—, replicó la voz, que ya se retiraba.

No se la veía, pero se hablaba a sí misma cuando articuló, fría y audiblemente:

—Las palomas, ¡tus famosas palomas!

Famoso, famosos: uno de sus adjetivos predilectos, en los que seguía poniendo mayor suma de desdén.

Brígido asió el termo con una mano y con la otra allegó el mate, que cabeceaba con la bombilla vacilante, bajo aquella mirada per-

pleja, que parecía considerarlo por vez primera.

En el reproche de cada tarde de sol que *desperdiaban* con el Wyllis en el garaje —como si la disponibilidad del automóvil fuera una promesa de diversiones vacantes— él asistía ahora a otra ilustración del mismo y viejo resentimiento: ni hijos, ni dinero, ni gloria.

Y pensaba que él tenía también un término que agregar al rosario: ni bienquerencia. La comprensión fiada al tiempo no había llegado, y en su sitio había cuajado una desapacible extrañeza, la fruta de un crecimiento hurafío, que los enajenaba imponderablemente.

Recordaba sus años de funcionario en la frontera, los que ella llamaba 'los años de tu vesícula biliar', segura de que la enfermedad y el tratamiento los habían marcado más a fondo que cualquier forma posible del entendimiento y la dicha. Su primera visión de cada día era entonces una cuchara enorme cerca de su ojo izquierdo, una cuchara llena de líquido oleaginoso y desde más atrás la cabeza desmadejada que lo había despertado (entonces se recomponía al levantarse, pero ya hoy quedaba flotando con sus mechones blancos, lanceando unas mejillas hundidas, a lo largo de toda la jornada) y le espetaba sin carifño:

—Tu famoso Amerol. Ya son las seis.

Debía tomarlo una hora antes de levantarse; tomarlo y acostarse sobre el lado derecho, para que el remedio hiciera efecto.

Como manera de vengarse, él había bautizado con las mismas palabras —“tu famoso

Amerol”— el viejo disco que ella solía poner por las noches, las puertas de la celosía abiertas hacia el patio, mientras se balanceaba en el sillón de hamaca —abanicándose quedadamente, en medio a un halo de calor inmóvil— y se sentía envolver y penetrar, hasta la somnolencia, por el aliento dulzarrón del jazminero y por la aquerenciada melodía.

*Allá en la noche callada,  
para que se oiga mejor,  
ámame mucho, que así amo yo.*

Parecía que a través del silencio de la noche, ella quisiera comunicarse con alguien —en una relación que a él mismo, sentado en pijama y haciendo pender flojamente las zapatillas sobre el escalón del patio, a un tiempo lo dejaba ileso y lo excluía. Acaso intentara comunicarse remotamente con alguien y el canto expresara su insatisfacción por la vida en aquel pueblo mediterráneo, su aislamiento, su soledad, la vasta sensación del tiempo perdido.

En esa quietud bochornosa, bajo el aura sofocante de los jazmines y hacia el centro distante de otra noche y otra ambición, Gardel y Razzano cantaban, mordiendo las palabras en grupitos de sílabas caprichosas, para recargar en algo el misterio trivial en que ella se dejaba mecer por aquel disco que nunca la empalagaba:

*Allá en la noche callá-da  
para que se óiga mejó-hor  
amamemú-choquea-siá-moyó.*

Al cabo del tiempo que rascó y escarbó en el corazón del ansioso mensaje —la púa primero siseaba y luego ya garuaba sobre la voz mitológica—, ¿alguien la había escuchado, alguien había acudido a su cada vez menor fe, a su cada vez mayor sueño y desaliento y abotagada carnalidad senil en los párpados?

“Tu famoso Amerol” era de un efecto infalible: siempre la había irritado esta identificación del amor romántico con un colapso.

Postergó muchas veces el instante de enjuiciarse, pero hoy sabía con claridad que, al final de su vida, sólo había aspirado a la paz, a un buen coeficiente jubilatorio y al beneficio de retiro. Las primeras tardes, al volver de la Caja, mientras el trámite avanzaba apenas en su laberinto de archivos, mesas, barandas, despachos y oficinas, Elisa y él habían extendido sobre la mesa del comedor los prospectos de las agencias de turismo, los mapas de campiñas y ciudades fabulosas, destinadas a recapitular la vida de quienes las acataban sin conocerlas; y habían discutido y retocado su itinerario de Europa, que corría sobre las huellas de los amigos o divergía de ellas, con la misma azarosa conjuntura del Camino Mejor.

La mesa de Liquidaciones y el pase a Jurídica habían ido matando insensiblemente aquella ilusión, estregada por demasiado tiempo. Y Europa se había convertido, a compensatorias partes iguales, en “mejoras para la casa” y en la construcción del palomar “científico”, con sus nidales, perchas y bebederos; “mi biblioteca y mi bodega”,

como solía decir Brígido, excusándose de no tener otras extravagancias más imaginativas o costosas.

El viento soplabá ahora con fuerza: podían llegar antes de las cuatro. Volvió el termo y el mate a su sitio y empujó la estrecha puerta lateral que conducía al garaje. El Wyllis no salía desde el domingo pasado, y cada vez costaba más ponerlo en marcha. El minuto que importaba era el de marcar el reloj, pero él tenía la impaciencia de partir tan pronto como lo cumplía; las puertas del galpón lo aguardaban abiertas, y el viejo motor trepidaba por primera vez, zumbando en aquella caja de zinc que lo magnificaba, una buena media hora antes de que la paloma apareciera.

Antes del palomar fueron las cajas de té, y pensaba en ellas como en su pelo negro y en su juventud, como en el siniestro cloqueo de felicidad que dejaba en su oído una Elisa hoy ya muerta y entonces recién satisfecha.

“Antes del palomar fueron las cajas de té”, empezaba a narrar su Génesis privado. El mismo Wyllis no golpeaba entonces con este horrible latido de válvulas claudicantes. “El mundo era más joven pero la cruz no era ni sombra de lo buena que es ahora”. Y esta última evidencia le devolvía un brillo anegado en los años, un reflejo que en otros pozos se había inclinado a perseguir en vano.

“La cruz no era entonces ni sombra de lo que ha llegado a ser hoy”, y la paloma que estaba planeando —seguramente muy cerca— era el apogeo de esa cruz. Hundió el pie en la acelerada final y apagó aquel lamentable infierno de resuellos. “Vamos los

dos para viejos”, bromeó mentalmente consigo mismo y con el Wyllis, pensándose junto a él en pareja inseparable, porque estaba de buen humor, con la cruz que todos le enviaban y el maravilloso animal que sentía cada vez más próximo, navegando en la veta de aire que venía a morir en su mano.

Había apuntado el día de la primera victoria en la caja fundadora de Té Tigre, donde cupieron las palomas iniciales. El tiempo había tatuado después otras fechas, pero el tiempo había traído también más y más competidores; y a pesar de los manuales, de las dietas, de las refinaciones de sangre, ganar una vez al año pasó a ser ya mucho; y ganar el Premio de Apertura, un acontecimiento. *En la ciudad de un millón de habitantes hay ya mas de cien locos que crían palomas.* Y Brígido no ganaba desde hacía cinco años.

Salió otra vez al aire flameante, y ahora ligeramente nuboso, de la tarde dominical de siempre, esa tarde que se inflaba en una larga metáfora maternal, como si supiera que él podía ayudarla a alumbrar un pichón insondablemente surgido de sus entrañas.

En el vacío indoloro patinó de pronto una voz gangosa, jadeante y confianzuda: *Danubio se merecía este empate, mis amigos.* La estrangularon sin dejarla explicarse.

“...Mis amigos”. El adiós de la Oficina estaba ya enmarcado en el comedor, y allí flotaba su cara entre otras que jamás volvería a ver juntas. Caras sonrientes, botellas enfiladas y firmas en las orillas. Las despedidas de soltero, los jubileos y los entierros tienen esa condición irreversible. Pero sus actividades de colombicultor —así decía el

diploma que enfrentaba a las tias y alegres muecas de los ex compañeros— le habían traído nuevas vinculaciones, imprevisibles nocimientos, otra ventana al mundo.

Por esa ventana aparecía todos los jueves la tez aindiada, redonda y pacífica de Juan Crisólogo Colla. Apenas cuarentón, era ya jubilado como él, y había sido Encargado de Palomares Militares. Lustroso, peinado, con todo el tiempo por delante, Colla se sentaba a hablar interminablemente. Sin relación visible con la desabrida conversación, su boca emitía a menudo una sonrisa de dientes blanquísimos, y entonces Brígido le perdonaba las prolijidades irritantes del relato. Entre cuanto había que escucharle con indulgencia, figuraba la historia de una reclamación que proseguía desde años atrás, para que le concedieran “estado militar”, como lo había tenido su antecesor en los Palomares. Cuando se lo dieran, iniciaría el trámite para modificar la pequeña asignación del retiro. La certidumbre de que había todavía años de pleito en su futuro, parecía entibiar en un goce luciente y moderado aquel cuerpo que se removía entre los brazos del sillón, parecía darle una razón de vivir que nunca hubiera estado entre los brazos del amor.

Brígido oía mencionar como amortiguadas celebridades familiares —sin haberlos visto nunca— al Procurador de la Contaduría que había prometido informar favorablemente, al asesor del Ministerio que no comprendía el asunto, al Fiscal de Gobierno que recibía a Colla en mangas de camisa y lo hacía sentarse frente a él, con la bondad demostrativa de dejarlo explicar una vez más la cuestión.

Y Colla llevaba un falso expediente en el que esos informes estaban recogidos a la letra, renglón por renglón, y las palabras se cortaban, proseguían y daban vuelta al reverso de cada foja exactamente a la altura en que lo hacían en el original. Los mismos sellos y rúbricas de las distintas dependencias estaban dibujados en los sitios precisos, y todo aquello —con triste simulación— parodiaba la vida.

Brígido le ofrecía de beber, enumerando alcoholes que aquellos labios vírgenes se prohibían sin tentación alguna; sabiendo de antemano que acabarían pidiendo “una mal-tita”.

Entibiaba el vaso en la mano, porque el frío del líquido lo había hecho una vez desvanecerse, con un espasmo a la garganta, y lo habían dado momentáneamente por muerto. Sus grandes ojos boyunos se habían desorbitado entonces como nunca. Y cuando todavía quedaba un resto de malta en la botella, la depositaba en el suelo, desentendiéndose, y se ponía a mirar las palomas y a hablar de ellas.

Sabía mucho, pensaba Brígido. Tenía la colección de *Racing Pigeon*, y aunque no leía inglés, repetía de memoria —como los dictámenes del expediente— las notas de Squills, que se había hecho traducir un día por su amigo, un Mayor del Ejército que había seguido cursos de adiestramiento en los Estados Unidos.

A veces traía bajo el brazo revistas o libros colomófilos, y era mejor que verlo aparecer con el reclamo de su grado de capitán.

Mansamente hablaba de las ventajas del sistema de “viudez integral” para los machos, y al oírlo Brígido no podía evitar la cómica sensación zoológica de que aquella era una alabanza autobiográfica, una ponderación vergonzante de la propia castidad.

Como si tuvieran un acento críptico de rito o de poema, leía las frases subrayadas de los manuales que —aún en el retiro— atesoraba bajo su firma gótica. “La paloma que al despertarse es dura y ligera en las manos, cuyo plumaje está apretado, aterciopelado y empolvado, cuyos ojos tienen un destello brillante, es un ejemplar en el que se puede creer”.

Los plácidos ojos se elevaban de la página beatíficamente, con un destello menos agresivo que el de la buena paloma, como si aquella sensación matinal compensara las carencias de la virilidad, como si la tibieza de la paloma y de la malta fueran sustituciones aceptadas y la vida alentara también en esas pequeñas glorias clandestinas, que difundían por el extenso cuerpo, ocioso y vacante, una confortación apaciguada, la única que soportaban sus sentidos.

—Entre nosotros no se le da importancia, pero ha sido la pasión de los grandes hombres —decía—. ¿Usted sabe, por ejemplo, que Darwin fue varias veces Presidente de las sociedades colomófilas de Londres, y lo recuerda con orgullo en “El Origen de las Especies”?

[Brígido nunca había leído “El Origen de las Especies”, y tampoco creía que Colla lo hubiera hecho. Pero *Racing Pigeon* contaba seguramente muchas cosas.]

—En el siglo XVII —explicaba—, se incendió toda una parte de Londres. Y las palomas eran más fieles a sus casas que los mismos dueños. Se quedaban quietas en los techos, hasta el final. Y cuando se decidían a volar se les quemaban las alas y caían al fuego.

Miraba con un aire de suficiencia, como si aquello lo supiera por Darwin.

—Un tal Pepys lo cuenta —añadía.

Un día apareció con una horrible alegoría a carbonilla y se la regaló. Darwin estaba de pie, con su cabeza noble, la gran barba congelada y un levitón oscuro. Estaba de pie y tenía una paloma resplandeciente en la mano derecha.

Se veía que la cabeza había sido tomada de algún grabado —“con un pantógrafo”, confesó— pero el resto lo había imaginado por su cuenta. Y había trazado un cuerpo oblongo y adenoidal como el suyo, enfundado penosamente en una veste indefinida y turbia. [La paloma se encendía en la diestra circuida de rayos, como un fanal de la cursilería.]

Brígido guardaba el cuadrito tras el aparador y lo sacaba el jueves a primera hora, a la espera de la visita puntual del dibujante, regimentado y minucioso hasta para perder el tiempo.]

—Pero usted ha descolgado [el banquete que le dieron] —protestaba Colla, tenuemente halagado—. ¡Es injusto!

Y [el banquete volvía a subirse a la pared] el mismo jueves por la noche, cuando bajaba Darwin.

No podría decir si vio o presintió la paloma en el cielo, dejándose caer en las rachas de viento y planeando por encima de su cabeza. Miró el reloj en su muñeca. Eran las cuatro menos cuarto, tenía que haber hecho una carrera estupenda. Estaba sobre el palomar y volvía a planear, como si toda su embriaguez de aire aún no le bastara.

¡Tenía que bajar en seguida, eran segundos preciosos! Pero la vio remontarse y dar un nuevo volteo, en círculos que no se estrechaban.

¡Tenía que bajar, tenía que bajar! Lanzar una paloma al vuelo era echar una botella al mar, buscarse en un mundo desconocido y receloso. ¡Y ahora estaba aquí, ahora volvía para distraerse planeando!

Corrió entonces a la despensa y volvió tocado con su gorra marinera (“la gorra de almirante”, como le llamaba sarcásticamente Elisa) porque era la que se ponía para darles la ración, y aquello las hacía venir desde el cielo o descolgarse de las perchas, dentro de las jaulas. Sintió un cloqueo inquieto, el restallar de los velos cortos en el interior de los palomares, pero la paloma seguía en lo alto, embebecida, ensimismada, fija en las rachas del viento o dejándose caer sobre el filo de un ala, para retomar altura, como si todo su ser, insensible a cuanto sucedía abajo, sólo estuviera en la quilla que hendía aquel azul estriado, nuboso.

Trémulo, corriendo de un extremo a otro del angosto patio, y levantando en sus corridas el aletear sordo de los pichones encerrados, Brígido se puso a sacudir la gorra, en enormes, patéticos saludos, en ademanes

desaforados y violentamente ceremoniosos, como un bufo del viejo cine. ¡Nada! La paloma seguía grabando anillos en el cielo, indiferente, desconocida, impregnada de un sol que sólo estaba en sus alas y no ya en el espacio confinado en que Brígido batía la gorra, allí donde la tarde empezaba a empañarse con un aliento estropeado y sucio.

¡Tenía que bajar de cualquier modo, eran minutos preciosos!, se atropellaba a pensar febrilmente, sin discurrir el modo.

Sobre uno de los jaulones estaba la caña con que solía agruparlas para que comieran en sus sitios, y también se puso a blandirla, mientras la gorra, ladeada y casi insostenible, se mantenía por un momento en la cabeza que seguía bullendo soluciones.

Tanteó en el bolsillo, mientras seguía corriendo el tiempo del reloj, y extrajo el silbato; era un alerta al que siempre obedecían. Se dio a resoplar en él desafinada, aturdida, desgarradoramente a través del aire aterido.

Insensible, majestuosa, relampagueante en los trechos de luz y asordada en los fondos de nubes, inasible, la paloma no parecía escucharlo. Tocó y tocó, rayó la tarde a pitadas de rebato, desinfló como fuelles unos pulmones que sólo jadeaban angustia.

Menos ajeno que el vuelo de la paloma, el rostro de Elisa tornó a surgir en el ventanillo, con la desordenada sorpresa de una cabeza de resorte en su caja. Las mechas blancas y los pómulos desolados prohicieron una risa atolondrada, que simpatizaba con el ridículo de la situación.

—Te está haciendo perder la carrera sobre la propia crisma— vociferó con indiscernible aspereza—. ¡Esto es el colmo!

—¡Por favor! —gritó Brígido, con un gesto que pedía algo, excitada y tensamente, sin dar con el nombre—. ¡Por favor! —y sus manos dibujaron en el aire una forma larga, en el mismo ademán con que habían esgrimido la caña que ahora crujía bajo sus pies, en el suelo.

—¡Por favor, rápido!

Pero como Elisa jamás entendía, como Elisa jamás sabía lo que barbotaba en su gesto si no estaba también en sus palabras, y como no podía dar con ellas, resollante y desbaratado, abominó de esa cara que pedía explicaciones y corrió hacia adentro. La gorra de almirante, precariamente instalada sobre aquel rostro que se descomponía, rodó por el suelo, atravesando con un claror fugaz el rayo de luz que venía a morir al pie de los nidales.

¡Tenía que bajar, era el Premio Apertura, era la consagración esperada, era la justificación de todo, por los años de los años! ¡Tenía que bajar, su mejor producto, el apogeo de la cruz!

Volvió corriendo al patio y la vio suspendida, insensible, como si alguien la mantuviera izada al cabo de un hilo, mansa e inalcanzable cometa, encima mismo de su llegada. Sin perder tiempo, fiándose a un pulso que las agitaciones aún no habían averiado, se echó el winchester a la cara y tiró.

Cuando se oyó el chasquido también la paloma plegaba las alas y se dejaba venir.

Se dejaba venir resplandeciente en la tarde, como si bajara por una escala del cielo, como si cayera de la mano de Darwin. Opacamente, el cuerpo golpeó sobre la techumbre más alta del palomar y se escurrió tras él, entre el revés de listones blancos y la pared linderera.

—¡Estás loco, estás loco! —volvió a oírse proferir a Elisa, (que había callado el espacio justo para que cupiera en el patio la limpidez seca del estampido.)

Dejó el winchester a un lado, tomó la caña y gateando —en cuatro pies— la hizo correr por el resquicio, entre la base del palomar y el piso, hasta que por allí trajo a rastras la paloma, cálida y ensangrentada.

*... Cien locos que crían palomas, pero uno solo que las cría y las mata, ¡uno solo que las cría y las mata!*

—¡Por el amor de Dios, Brígido! —exclamó Elisa, que nunca lo invocaba—. ¿Qué estás haciendo?

Sintió la humedad caliente de la sangre en la mano mientras, con movimiento veloz, quitaba la cápsula de la pata, agarrotada y retraída bajo el ala; y así, desde el polvo, entre la gorra caída, el arma a un lado y los gritos de la mujer, se alzó de rodillas, aturdido y crispado, *¡por el amor de Dios!*, y tomando el reloj ciego embutió en él la cápsula.

*Hermoso animal* —articuló la exaltación dentro de él, con un hálito furioso y maligno. —*Hermoso y estúpido animal, si gano esta carrera te embalsamo.*

Se puso de pie y echó a correr hacia el auto. Rígida —*dura y ligera*— la paloma

quedó alumbrando una esquina precozmente borrosa de la tarde, la pluma abierta y el cuajarón espléndido, sobre el piso de baldosas oscuras.

## el careo

—Lléveme a careo —dijo Basilio—. Cuando estén frente a mí, no se van a animar a seguir acusándome.

El abogado había oído muchas veces la frase, y sabía que era un último cartucho. Pero llegado el caso, tenía que quemarlo.

Los vareadores habían sido invitados a la fiesta por la mañana, cuando volvían de bañar los caballos y cuando Basilio no había regresado aún a Las Piedras y se le suponía trabajando en la estiba. Eran los quince años de la Victoria, la muchacha que estaba ahora en el banco del patio del Juzgado, pidiendo que también le preguntaran o esperando saber "cómo había salido", ya que compartía con su padre la credulidad de que aquello había de tener un resultado. Tenía unos cachetes impresos, rosados, y dos senos separados y en punta —tiesos, frutales— debajo mismo del vestido, que le ceñía la piel y moldeaba —sobre el envarillado del asiento— unos muslos demasiado poderosos y unas ancas dibujadas y firmes. A los cuarenta años podría ser una mujer enorme y gastada, pero ahora tenía una inocencia agresiva y carnal, un aire inqueridamente lujurioso, un embotado sentido natural de la provocación. Era

allí, sentada y mirada desde oficinas y barandas, una criatura del neorrealismo suelta en la vida real, otro modelo para la heroína de los Paneamore.

Basilio había llegado a casa pasada la una de la tarde, y pasado él también. Había un hueco de varias horas entre la entrega del turno de la noche y su llegada a Las Piedras, y ese hueco lo ocupaban, en proporciones indiscernibles, la grappa y el vino. Siguió tomando el de los demás y el suyo mientras almorzaban, él, su mujer, Victoria, el finadito y los vareadores. Pidió luego unos pesos al muchacho para jugar en la primera, mientras las mujeres —puesta a un lado la mesa— bailaban con los dos hermanos, iguales, ágiles y chuecos en el envaramiento profesional de su oficio ecuestre.

No consiguió el dinero, y el hecho de que el muchacho se tomara el último trago de su propio vaso, terminó por exasperarlo. Corrió entonces hacia la radio, la apagó gritando que se acababa la fiesta y echó a la calle a todos. Junto al portón deliberaron la madre, su hijo, Victoria y los vareadores.

—¿Y qué hacemos con las zapatillas y los sacos? —preguntaron los jockeys, que siempre hablaban entre los dos, expresándose juntos o haciendo uno los ademanes para las palabras del otro. Porque bailaban en medias y aprontaban en medias, para enhorquetarse mejor.

El finadito se dispuso entonces a rescatar todo eso. Basilio vociferaba a la vista de todos —de pie, rojizo—, junto a la mesa y a los restos de vino. Estaban mirándolo cuando su hijastro entró, y lo vieron tomar un

cuchillo en el momento en que el otro le ponía una mano en el hombro, preguntándole:

—¿Y ahora qué le pasa, viejo?

No vieron el movimiento de Basilio porque el muchacho —de espaldas a ellos— lo ocultaba. Supieron que éste había sido herido cuando estuvo de vuelta junto a la madre.

—Me lastimó El Viejo —dijo mientras se deslizaba al suelo. Lo arrimaron a un árbol, sentado y doblado, y allí mismo murió.

Esto era lo que decían todos. La versión de Basilio, en cambio, era la clásica: el muchacho había hecho un ademán que él había entendido como de sacar armas, y luego echado un brazo hacia adelante. El le había puesto el cuchillo de punta, sin acometerlo, y el Bachicha se había “ensartado” en la axila izquierda, en el envión de darle un puñetazo.

Allí estaba ahora, en la sala de audiencias, encarnado y lustroso, con su melena blanca y crespada aplastada por un peinado trabajoso. Llevaba puesta una campera de gamuza cortona, que dejaba ver un pañuelo doblado en triángulo en el bolsillo trasero del pantalón, ya que apenas se afirmaba en el borde de la silla. Tenía unos zapatos de charol muy crujientes, de los que poco podía saber el piso de la cárcel, y una golilla blanca atada al cuello. Para una reclusión larga, la ida al Juzgado es un feriado de novelorías minuciosas.

—Lléveme a careo, porque es imposible que a uno le den nueve años por esto.

Junto a Basilio, los hijos de su único y pasado matrimonio —los medio hermanos de

Victoria, los que lo abastecían de campera, charol y golilla— opinaban también que los nueve años eran un disparate. “El finadito-mi-entenado”, como él lo llamaba, con un tono neutral para el diminutivo enternecedor, y asimismo neutral para la circunstancia de haberle dado muerte, no valía tanto ni era tan gran persona, después de todo.

Y frente a él, sentados en dos sillas gemelas y próximas, estaban los vareadores. Eran dos líquidos peinados iguales, de raya al medio, dos pares iguales de orejas apantalladas, dos ajustados trajes de color perdiz, dos pares de ojos que se volvían al juez con una coordinación milagrosa, mientras el actuario, de pie, leía sus dos declaraciones, que el amaneramiento y la fatiga de un solo empleado habían tornado exactamente iguales.

—Lo que pasa —dijo Basilio, cuando el juez los invitó a aclarar sus contradicciones, según un ritual en que tampoco creía— es que los señores eran amigos del finadito y no son amigos míos.

—Pero, don Basilio, ¡no diga eso! —contestaron los hermanos—. ¿Que no somos amigos suyos? ¿No lo visitábamos cuando vivía en Walcalde 2668 y cuando se mudó a Comodoro Coe 3530 bis? ¿No lo veíamos siempre en el almacén de “Los Dos Mellizos”?

—Sí —respondió Basilio, con una voz opaca, que presumía de ultrajada—. Ustedes me visitaban, sí. Es claro que me visitaban. Pero no venían por mí. Venían por la Victoria.

Los vareadores se volvieron al juez con unos ojos consternados, que declinaban tácitamente la polémica en ese terreno.

—Y hay más —dijo entonces Basilio, a quien la pausa había envalentonado—. Tengo que decir, señor juez, aunque sea muy triste, que el finadito tenía malas costumbres. Y que siempre estaba en el stud de los señores.

—Vamos a ver —dijo el juez, poniendo orden frente al giro que tomaba el careo y tratando de apagar la cabriola sincopada de los dos en sus sillas—. ¿Así que el procesado sugiere que la víctima era pederasta?

—Sí, señor —dijo Basilio, que había comprendido que la frase pasaba en limpio su propia afirmación.

—¿Activo o pasivo? —preguntó el juez, calculándolo, por su parte, sobre el asombro dual de los jinetes.

—¡Ah! —musitó Basilio—. Tanto como eso no sé.

—Pero usted tiene que saberlo —se impacientó el juez—. Usted ha hecho una acusación y ahora...

—Señor juez —interrumpió el abogado—. Creo que el encausado no entiende los términos. Si usted me permite...

El inclinándose algo en su silla, cuchicheó unas pocas palabras al oído del preso.

—Ah sí, pasivo, pasivo —aclaró Basilio, aliviándose con la sorpresiva sencillez del asunto.

—Muy bien —dijo el juez, no para aprobarlo sino para dar el punto por esclarecido—. Y los testigos —porque acataba la sensación inescindible de solidaridad que emanaba de ellos—, ¿qué dicen frente a eso?

—Señor juez —empezaron a redactar—. Yo no sé si, fuera del stud, el Bachicha era

o no federal. Pero allí dentro era una persona como todas.

¿Habían comprendido lo que negaban? La máquina de escribir perseguía y abreviaba estas confrontaciones con una velocidad que proscibía el matiz, pero el empleado no podía dejar de expeler el residuo pintoresco que no cabía en el papel y que hervía en su mueca congestionada. "Concedida la palabra a los testigos, dicen..."

—Así que los señores se mantienen y el procesado también —apuntó el juez. Y recogió dos frentes acompasadas para la primera confirmación y una para la última.

—Está terminado —dijo cuando se les hubo leído y hecho firmar el acta—. Ustedes dos pueden irse. Y que pase (miraba su reloj) la señora.

Los dos hermanos se pusieron de pie, como si se alzaran de dos monturas, echados ligeramente hacia adelante. Dirigieron al juez una cortesía sincronizada, digna y un poquito pomposa, y desaparecieron sin tocar el piso.

Ella sobrevino entonces trajeada de luto, de un luto copioso. Su color mestizo estaba apenas encerado por el miedo, por el contraste del tocado y el velo, por la decisión largamente pensada que traía a la audiencia. Tenía una tez a un tiempo olivácea y vítrea, con pequeñas excoriaciones más claras, como un maniquí que empieza a deteriorarse, y unos ojos que no la obligaban a mirar. Se sentó rectamente en una de las sillas de los vareadores y se mantuvo tiesa, con la pesantez ordinaria de los lienzos que la cubrían y el hierático paralelismo de sus dos piernas rígidas, hechas a profusión de carbonilla. El

año y meses transcurridos desde la muerte de su hijo daban a ese luto una intención proselitista, y Basilio —que no la veía desde que fuera preso— sintió el efecto deliberadamente hostil de aquella indumental y algo dentro de él se desalentó por lo que restaba del cargo.

El actuario volvió a leer las páginas del expediente, y la mujer, al escuchar sus propias declaraciones de aquella misma tarde, prorrumpió a llorar, levantándose el velo y volcando cortos espasmos de sofocación en un pañuelo negro que se llevaba a la boca. Entre llanto y llanto, para que no se le perdiera de vista, lo estrujaba en un puño y luego, abriendo el gesto de dolorosa crispación, lo dejaba colgar como un trapo.

Ahora ha muerto. La balearon en un tumulto de la huelga metalúrgica, hace unos meses, y el hecho cupo en un rincón de la crónica policial. Está muerta, y nadie podría saber, a más de un año, cuánto le importaba esa tarde el Bachicha, cuánto la circunstancia de que ella lo hubiera traído de dos años al concubinato con Basilio y cuánto la convicción de que hubiera podido salvarlo alejándose del hombre, de sus borracheras, de sus brutalidades, de las palizas entre las que el muchacho había ido creciendo con una debilidad pensativa, afeminada y bondadosa.

—Yo me llevaba mal con el finadito, porque él no me quería —estaba diciendo Basilio, que trataba de explotar el costado de su soledad desde que otros habían sobornado el de la ternura—. Y esa vez, si lo dejo, él me pone la mano encima y los demás me remachan.

—¿Qué miedo iba a tenerle usted, si sabía que el pobre Bachicha era un infeliz? —dijo la voz enronquecida de la mujer. “Infeliz” confirmaba, con menos dificultades que la pregunta del juez, el cargo de un rato antes—. Lo que pasa es que usted no lo quería, porque no era hijo suyo.

Ponía todo el énfasis en el tratamiento, porque ese “usted” lanzado una y otra vez al diálogo era la evidencia de que había tomado partido por su hijo, ahora que tampoco estaba en edad de conseguirse otro hombre.

—Usted vivía pegándole desde chico. Yo pido, señor juez, que se busquen los antecedentes en la Veinticuatro, de una vez que le abrió la cabeza con un tarro, hace más de diez años. ¿También entonces le tenía miedo?

Basilio comenzó a embrutecerse, a perder pie; y a falta de razones para rebatirle las suyas, optó por enfrentarla con una sonrisa fija y desdenosa, como si participara de una convención colectiva (en la que se incluyeran el juez, el actuario, el abogado y el funcionario que machacaba en la máquina), un sobreentendido por el que hubiera que tolerar todo aquello, aunque no tuviese nada que ver en el asunto.

—Dos veces me separé de usted por esas cosas. Y en mala hora, que el finadito me perdona, hice caso a sus promesas y volví.

—No es para tanto —contestó Basilio—. Lo que pasó fue que le consentías de todo, y yo tenía después que enderezarlo.

—Usted tenía que enderezarlo con el ejemplo —dijo sarcásticamente la mujer—, llegando borracho, gritando indecencias, haciendo cuanto hay. Usted le daba el ejemplo

jugándose la quincena recién cobrada a las carreras. Y hasta pidiéndole plata al finadito, señor juez. Porque tengo que agregar —y miró al mecanógrafo— que unos minutos antes del lío, él le pidió plata al finadito para hacerse una jugada. Usted se acuerda muy bien que fue así —acentuó para cortar un conato de incredulidad, en el que Basilio alzaba hombros y cejas— y que usted decía y repetía que tenía un dato para la primera. Que entre nosotros, señor juez, él quería jugarle a Ipané y ganó Congreso.

El error en el dato refinaba el reproche, y la lucidez de la mujer para haberlo averiguado esa misma tarde y su memoria de hoy para recordarlo hacían esplender su encono.

No había ningún resto de colusión entre ellos, porque el amor sin concupiscencia de muchos años había sido desfondado por el crimen y ella avanzaba hacia el juez un perfil pálido y sucio, una mandíbula ominosamente colgante para implorar que se midiese su pena.

—Además, señor juez, tengo que decir otra cosa. Ese día este señor llegó borracho, y al saber que yo había invitado a esos peones del stud se enojó, y dijo que no iba a haber cumpleaños de nadie y que aquello iba a acabar muy mal.

—Sí, lo dije —replicó Basilio, que se aferraba ahora a un incierto partido de coraje judicial—. Es claro que lo dije. ¿Y no sabés por qué?

—Y dijo otra cosa —cortó la mujer—. Dijo, antes de que empezara la fiesta, que ese día iba a matar a alguien.

—Sí, lo dije —insistió Basilio—. Pero que aclare a quién dije que iba a matar.

Ella tuvo un acceso ambiguo, que acudió a verter deponiendo la cabeza en el pañuelo.

—Diga a quién amenazó con matar el procesado —asumió el juez—. Mantenga su calma y dígame la verdad.

—Dijo que iba a matarme a mí —gimoteó la mujer, que parecía derrumbarse.

—Y bueno —dijo Basilio, sonriendo hacia el juez, como si aquel complemento agenciase la prueba de su inocencia—. Dije que iba a matarte y, sin embargo (extendía hacia ella, demostrativamente, las palmas de las dos manos), ¿no estás ahí? ¿No-Estás-Ahí?

Estaba ahí, en efecto, y el hijo muerto, con una sonrisa de dientes salteados y apoyando su mayor y quebradiza estatura en los hombros de los dos vareadores, estaba en una foto en sepia, con las esquinas rotas, en el bolso donde la mujer sumergió definitivamente el pañuelo. Había visto ahora la cara del juez, mientras Basilio quería reforzar con esas manos la imagen de su manse-dumbre, y había comprendido que los nueve años del fiscal estaban puestos.

## el ciclo del señor philidor

Ellos tenían una superstición: la de que —de tiempo en tiempo— el ministerio enviaba un inspector a que los vigilase. Naturalmente, para ser eficaz debería tratarse de una vigilancia clandestina. Por eso, el Inspector aparecía siempre como un alienado más. Traía su pase desde Montevideo a la colonia, era destinado a uno de los pabellones y hacía la vida de un asilado común.

No sé concretamente cuál era el signo exterior que les permitía distinguirlo; acaso fuera uno diverso en cada ocasión, porque también se suponía que la imaginación del ministerio era inagotable.

Este tipo de supersticiones es más corriente de lo que se cree, y prende en las gentes a las que uno pudiera considerar más abyectamente inmunes a la credulidad, a una forma inocente y expuesta de credulidad. Entre los criminales, por ejemplo. En mis años de notificador de un juzgado del Crimen pude apreciar algunas de esas cándidas suposiciones: la de que se iban a dictar amnistías excepcionales por causa de celebraciones patrias, la de que tal centenario se conmemoraría acortando las condenas, etc. Es claro que siempre había alguien que echaba a

andar tales versiones y se aventajaba con ellas, elaborando curiosos petitorios reverenciales, que los demás compraban para merecer esa gracia imaginaria; corrían unos escritos con tanta ceremonia como faltas de ortografía, tarifados a precio fijo. Los redactaba siempre el mismo preso, y prosperaba con tales argucias. (Nunca pude saber cómo salía de ellas.)

Cuando yo llegué a la colonia, una expectativa disponible me investió súbitamente de la condición de Inspector. Aparentemente, había razones que lo justificaban: yo era amigo del Director de la colonia y hasta nos tuteábamos. Ambos pertenecíamos a un curioso tipo de cofradía, hoy en vías de extinción: la de los ajedrecistas del Británico. Largas noches pasadas en el café, discutiendo partidas célebres o porfiando las nuestras, nos habían creado esa índole de amistad espectral que no resiste a la luz del día. O que sólo la resiste al amparo de otras condiciones igualmente lunáticas, como las que supone un gran manicomio al aire libre, o una colonia psiquiátrica —si es que queda más elegante llamarle así.

Yo sobrellevo un viejo diagnóstico de psicópata: introversión, autismo, mutismos melancólicos y también exaltaciones incoercibles, todo eso figura en mi ficha desde tiempo atrás. Empezaron a atrasarse las notificaciones del juzgado y sentí de pronto una insuperable desgana de cumplirlas. Habría preferido matarme a tener que hacerlas. Tuve que aducir algo y el médico de certificaciones se sorprendió —casi alegremente— al escucharme describir mi resecamiento in-

terior, una suerte de torva inafectividad, de indiferencia por mi mujer y por mis hijos, que le expliqué y razoné largamente. Después supe que —además de médico de certificaciones— era aprendiz de psiquiatra. Como en una broma, fui entrando paso a paso por la galería, cada vez más estrecha, cada vez más enrarecida, que conduce a los diagnósticos de los alienistas y a las colonias; tortuosas y lóbregas galerías, por verde y soleada que sea la colonia a los ojos del visitante.

Vestigios de una antigua dignidad raída, que podía pasar por un truco o por un disfraz, mis largos bigotes de guías pendientes, mi pelo ensortijado y sin cortar y —vuelvo a decirlo— mi fácil confianza elíptica con el Director (una clase de confianza que se expresa sin palabras inteligibles para el profano, como cuando uno dice rápidamente "Alfil reina cuatro alfil rey") me sindicaron en seguida. Yo era el Inspector que llegaba para espiarlos, para elevar luego un informe secreto sobre sus abusos o venalidades, sobre las raterías que ellos tenían el hábito y el embotamiento de realizar. Veían en mí el sumario próximo, la pérdida del derecho a jubilación o el allanamiento de esos nidos de urracas en que habían convertido sus viviendas. Una perspectiva enfilada de jueces, fiscales, nuevos y más altos inspectores empujaba insensiblemente detrás de mí, me levitaba hasta el terror, hacía pavorosa mi presencia.

En cuanto me instalé y, en un rincón de uno de los más viejos y destartalados pabellones, junto a la salamandra y a su provisión de antracita, me tendieron un camastro

y me dieron un velador de hierro, pintado de blanco sobre las mismas excoriaciones de su herrumbre, empecé a notar una extraña solicitud, una desasosegada officiosidad alrededor de mí. Los sirvientes y los enfermeros parecían turnarse en una danza sigilosa, que a veces estallaba en pequeños ademanes equívocos o untuosos, en deferencias ambiguas y a primera vista disparatadas. Me daban la sensación de estar complotados para evitar que se me cayera al suelo un papel, que se me arrugara una sábana, que se me abollara una almohada. A todo proveían con dedos comedidos, con una sonrisa servil o, por la noche, con una presencia insomne y patrocinante a los pies de mi cama. Los mismos asilados, que seguramente habían sido vejados, golpeados o manejados a empellones, descargaban en mí la recelosa estupefacción que sentían al verse mejor tratados, ayudados a levantar, trajinados de orinales y de pócimas que en otros tiempos debían procurarse solos. Las jeringas que antes se enjugaban en trozos de diarios pasaban, en una esquina de la sala, a hervirse en la tisanería, tras cada aplicación.

Al principio no me habían dado la razón de su desvelo, de su trémula obsequiosidad, de su inventiva y sutil obediencia. Pronto pude advertir que yo era "el Señor" Vélez, en tanto los otros internados apenas existían sin nombre y —mucho menos— sin ningún tratamiento antepuesto a sus patronímicos, cuando el guardián o el enfermero podían recordarlos.

Para tantear el terreno, me di a formular distraídamente —en el curso errabundo de

una conversación— algunos vagos deseos realizables, pero absolutamente fuera de rutina: ¡cómo me gustaría tener una taza de leche tibia antes de dormir, o un manojo de flores, de ésas que abundaban en los jardines, en un vaso junto a la cabecera! La leche y las flores aparecían de pronto, milagrosamente puestas por nadie y de golpe, como si fueran objetos de una película de dibujos animados.

Más adelante, si yo no pedía eran ellos quienes se adelantaban a ofrecermelo: —Señor Vélez, a las doce córrase un minuto hasta atrás del galpón, que lo esperamos con un churrasquito.

Y el churrasquito era el mejor pedazo de lomo, hecho a las brasas.

La satisfacción de una apetencia más arriesgada —y sólo posible de saciar mediante el despojo— pudo haber llegado a ensoberbecerme, si un fondo medroso de desazón no conturbara ese señorío de causa ignota en que otros estaban haciéndome soñar, desvariar o vivir. Un día, dando un largo rodeo a través de las chacras, fui a parar a una desvencijada casilla o invernáculo de macetas y a un cuarto de guardar palas y azadas, donde trabajaba y dormía un pintor loco, escueto e ínfimo, que estaba asilado desde años atrás, con diagnóstico de irrecuperable. Vi los cuadros o, mejor dicho, las cartulinas dibujadas y acuareladas, donde aparecían vírgenes góticas, con las grandes manos cruzadas sobre fondos de vitrales o palomas, de escalinatas o de cementerios. Sus caras seráficas tenían una carnalidad tranquila y misteriosa, un aire de bobería angélica que

no era de este mundo. Quise llevarme una de las láminas pero, con una terquedad suave e invencible, con una dulzura obstinada e irracional, el pintor se opuso. “Después, después” —repetía mientras se acercaba a uno de los rincones y dejaba descansar la mano flaquísima sobre el mango de una azada. Primero me enfurecí y pensé en castigarlo, sacándole lo que quería. Luego, un extraño sentimiento de miedo —que brotaba de las caras de las vírgenes más que de la mano en la azada— y una confusa veneración me detuvieron. Pero al volver a la rueda de vigilantes referí, con una codicia calculadora, mi deslumbramiento por una de las láminas —que describí prolijamente— y la negativa del artista a prestármela. A la noche siguiente, al destender mi cama para meterme en ella, encontré la lámina; había sido deslizada por alguien entre las sábanas. La miré posesivamente y la guardé bajo el colchón. La observaba a menudo con arrobamiento, como si fuera una estampa, pero —con toda incongruencia— la olvidé al irme.

Pues bien. Por más que aún no había averiguado el motivo de tantas y tan peregrinas distinciones, tuve la vanidad de atribuir las a mi conversación, a mis cuentos y a las pequeñas fantasías que habían ido naciendo degenerativamente del desgaste de esos cuentos, a las anécdotas reales o apócrifas de Lasker, Capablanca y Alekhin. Llegué a pensar en mis dotes ignoradas para hacer prosélitos. ¿Qué tal sería como político, si me ensayara?

Por la madrugada, uno de mis compañeros de dormitorio “se agitó”, como se dice en

jerga de hospital. En su delirio, el hombre se volvía hacia mí vociferando, y finalmente trató de golpearme. Los sirvientes, los enfermeros y los vigilantes nocturnos se multiplicaron para contenerlo, para tumbarlo en su camastro y para aquietarlo con una inyección, que lo hizo pasar de la alucinación a un sopor profundo, con un ronquido que era mucho menos soportable que su cólera.

Sobre el trabajo benemérito que creían haber hecho por mí, cuando otra vez bajaron las luces de la sala y el letargo y la acritud nocturna volvieron a cundir sobre aquel montón de cuerpos dormidos, el vigilante de turno se acercó y me dijo, perdido ya valerosamente el sentido de las apariencias:

—Pudo haberlo pasado muy mal, si no intervinimos a tiempo. Pero no puede negarse que usted es un hombre muy sereno, Señor Inspector.

Su primer error era el de tomar por temple lo que era mi absoluta ajenidad: mantuve la calma porque nunca pude entrar cabalmente en las visiones del agitado, porque lo miré en todo instante como un espectáculo en el que yo no fuera a participar, porque el mundo de su agresividad y de sus figuraciones no alcanzó a comunicarse en ningún momento con mi mundo de aquel día, desolado y lunar. El segundo error me dio la clave de la quincena de adulaciones, de halagos, de presas de pollo y de tragos de vino casero, contrabandeados para mis comidas: me suponían un inspector y me trataban en consecuencia.

Festejé a carcajadas la suposición, y aquello no hizo más que afirmar al pobre hombre

en la certidumbre de que me habían descubierto. Me explicó entonces la tesis circulante y la ilustró con episodios del pasado: los inspectores habían sido alternativamente viejecitos caducos, mujeres, jóvenes insolentes y hasta —en un caso— un perfecto simulador de imbecilidad, que dejaba caer de su boca un hilo de saliva interminable pero se delataba en una mirada feroz, a la que no podía escapársele un solo detalle. “Si me lo permite, le diré que usted ha sido el más sencillo de todos, el más fácil y el más lógico”.

No volvieron a invocar mi condición ni supe si las confidencias del vigilante nocturno habían sido transmitidas a los demás, y si todos procedían en el tácito acuerdo de que —entre ellos y yo— el reparto de papeles estuviera definitivamente adjudicado.

Para cultivar su extravío, yo solía incurrir en pequeños refinamientos perversos, que consistían en trabucar deliberadamente una frase, de modo que el lapsus momentáneo esplendiera ante todos, y los hiciera cruzarse una rápida, una enjuta mirada triunfal. Les refería andanzas de mi pasado de notificador, historias de cedulones, anécdotas de presos y de baranda judicial. Y de pronto, en el momento de mayor entusiasmo del relato, les dejaba caer “Aquella tarde en el ministerio...” —y rápidamente, con una turbación estudiada: “digo, en el Juzgado”.

La palabra *ministerio* era talismánica, les llamaba infaliblemente la atención sobre aquello que no les convenía olvidar. Se miraban apenas, como para no dejarme entender que lo habían pescado, y yo me reponía en seguida y reanudaba la historia, que se

guramente les interesaba menos que el yerro y que el hallazgo en que el yerro los confirmaba.

Una tarde de otoño fui al despacho del Director (porque, entre tanto, había pasado a trabajar en las oficinas y vestía una túnica de funcionario, que reforzaba mi posición ambivalente de enfermo y autoridad) llevándole unos papeles a firmar. El estaba sentado detrás de su escritorio y tenía la caja de piezas de ajedrez a medio volcar, en tanto paseaba unas pocas —ensimismadamente— por el tablero. Estudiaba el problema aparecido en una revista de ajedrez (las negras juegan y dan mate en tres movimientos) y me consultó sobre la posible y esquiva solución. Barajamos combinaciones —un rey, tres peones y un caballo contra un rey, un alfil y tres peones, uno de ellos destinado a convertirse en dama— y al cabo de tres cuartos de hora, que se evaporaron en el obsesionante interés de la pesquisa, la charada saltó. El Director lo celebró explosivamente, y me retuvo aún una media hora más, hablándome de sus lecturas de ajedrez, de los viejos manuales, de las posibilidades infinitas de perfección de que era espejo un tablero de sesenta y cuatro casillas. Así fue como dijo.

Cuando finalmente salí del despacho —y vieron, en medio de mi abstracción, que traía de vuelta los papeles sin firmar— no tuvieron dudas. El empecinado revuelo, el sordo cuchicheo de corredores había terminado por desembocar en la única explicación admisible: yo estaba rindiendo mi informe y de ese informe surgirían las medidas a tomarse.

Al otro día sorprendí una murmuración bisbiseada entre dos guardianes: la intendencia de la colonia sería intervenida y (seguramente con un oído pegado a la cerradura) había podido saberse que el interventor vendría de Montevideo y se llamaba Philidor. Entonces recordé que efectivamente habíamos citado varias veces, con gran encomio, aquel manualito clásico.

Evoco este momento como la coyuntura crítica, como el punto en que la tensión llega a un máximo y decae, como la inflexión de la curva. Ya había rendido mi informe y ahora tendría que irme. Philidor llegaría de un momento a otro y yo debería ser transferido, como espía, a algún hospital del interior del país.

Imbuido de esa ficción compulsiva que las circunstancias me habían asignado, dispuesto a confundirme con ella, pedí el alta. Pero tanto el médico de sala como el Director me la negaron. “Todavía te hace falta descansar un tiempo más —me dijo bondadosamente el Director—. Yo tenía entendido que aún te duraba la licencia. Podemos hacértela prorrogar, en todo caso. Fuera de eso, no comprendo tu urgencia por irte. Me he dado cuenta de que, como te saben amigo mío, se extreman en tratarte bien”.

Tuve que confesarle que no tenía quejas. Pero su amistad no podía seguirme protegiendo, más allá de la misión cumplida. Al otro día, el vaso de leche faltó en el velador y las flores, ya mustias, no fueron cambiadas. La vieja deferencia empezó a transmutarse en desabrimiento y perentoriedad. Comencé a ver cómo, irreparablemente, los

enfermos volvían a ser golpeados y empujados en mi presencia, cómo se estregaba la jeringa en el borde sucio y deshilachado de las frazadas color ratón. El mundo de la odiosa rutina recuperaba, a mi alrededor, su antigua cara.

Presentí que ese regreso a la normalidad estaba a punto de saltar sobre mí: mi trago de vino y mi churrasco, los pequeños comedimientos dispensados para sobornarme se habían ido, apuntaban quizás a alguien que hubiera acabado de llegar.

Y así fue. A media mañana vi a un sér inverosímil, altísimo, desgarbado, con una pipa colgando negligentemente de una de las comisuras de su triste boca, pasearse como un rey destronado pero impertinente por el largo camino de casuarinas que llevaba hasta mi pabellón. Noté que lo seguía, distante y discreta, emboscándose detrás de los árboles, lista para actuar, la ceremonia, el complicado y desmontable ritual que ya había desertado de mi orilla.

Supe lo que aquello prometía, en deterioro y en vejaciones retrospectivas. Lo supe, sobre todo, cuando oí que, cuchicheando el nombre auténtico del recién llegado, el apellido verdadero que se escondía tras la falsedad de su registro como paciente, lo llamaban el Señor Philidor.

Comprendí que era inútil insistir en el alta. Me puse a marchar, bajo el sol de mediodía, hasta que di con uno de los lindes de la colonia —un límite protegido por las alturas hirsutas de un maizal— y, encogiéndome para pasar sin que me desollaran los alambres de púa, gané la carretera. Mi amis-

tad con el Director me había eximido del uso de uniforme, y pude pasar por un caminante de éstos que abundan en la campaña. Volví a casa, dije estar curado y hasta hoy toda mi gente lo cree. Eso sí: nunca he podido saber cómo habrá terminado —a su vez— el ciclo del Señor Philidor.

## tenencia alterna

Estaban sentados sin mirarse, flanqueados por sus abogados y ante el escritorio del juez. Los raídos sillones de felpa roja habían sido ubicados frente al pupitre, a fin de que la pareja no tuviera que verse ni sintiera la tentación de dirigirse la palabra.

Ella había sido una mujer atrayente y aún, sin la tensión de este momento, podía volver a serlo. Se había compuesto con un sentido de discreta coquetería —el punto que no debe sobrepasarse en una ocasión como ésta— y obtenía con creces el reflejo de plenitud que un cosmético pudiera todavía agenciarle.

El, por su parte, parecía más difícil de situar: cabizbajo, vestido con una prolija falta de personalidad, silente por indicación de su letrado (“Usted deje que hable yo”) y por convicción propia, nada decía de sí ni de su historia, y sólo algo de su turbación (una sonrisa descolocada, las manos vueltas hacia arriba) por “haber tenido que llegar a esto”.

—No, no pido pensión, Señor Juez, ni siquiera ¿cómo se dice? —preguntó ella, dirigiéndose a su abogado con una voz que se adivinaba irritada y quería ser tranquila.

—Litis-expensas —dijo el Dr. Mernies, como si le alcanzara un pañuelo involuntariamente caído, con un aire de ligera deferencia que parecía tomar apenas los latines por una esquinita.

—Eso mismo. Ni siquiera eso. No lo pido, aunque tendría todo el derecho del mundo. En este juicio hemos estado de acuerdo en no mencionarlo, pero no sé si el Señor Juez conoce el motivo real de este divorcio: mi marido tiene una amante.

—Señora, estamos yéndonos del tema de la audiencia —imploró el Dr. Arana, en su función de abogado del marido.

Claro —consintió la señora, con una calma cruel, que pasaba a ironía la furia que le había provocado la reconvencción—. ¡Para él es muy cómodo que el tema sean Marcel y Paulette!

El marido no parecía aliviarse en su incomodidad, ni siquiera ante los dos nombres que volvían a traer la controversia a los términos de lo que él mismo había firmado, a los límites de la audiencia que en escrito conjunto habían pedido.

Marcel y Paulette. No eran dos niños. “¡Ah, si ellos hubieran existido!”, había pensado él más de una vez, cuando se descubrió el asunto de Ethel. Y no echaba de menos la posible ternura de algo que nunca había sido, ni sentía la emoción de un hueco que ni él ni ella habían acusado antes, que ninguno de ellos había sentido una expresa urgencia de colmar. No. Pensaba en la placidez hogareña, en la comfortable certeza de que todo no descansara en el desnudo amor y en la sola inestable felicidad de dos seres que se

marchitan. Pensaba en los apoyos tácitos que dos hijos les habrían dado para seguir viviendo, aún después de la sorpresiva interposición de Ethel; en la posibilidad de que, frente a esos hijos, Ethel hubiera sido devuelta a su insignificancia verdadera, absorbida al nivel de lo cotidiano, reducida a un reproche y después suprimida, como una cicatriz.

No es que siguiera queriendo ya a Sara con la pasión de los primeros tiempos, no es que hoy la deseara como cuando los dos tenían quince años menos. Llevaban ya veinte de casados y un tedio invisible, un hosco desgano por las impositivas apoteosis matrimoniales, una cobardía creciente y concreta por las culminaciones convencionales del amor se habían aposentado en sus vidas. Pero Sara había pasado a ser, en cambio, algo así como su encaje en la existencia, su punto de referencia deseable para estar distensivamente frente a los demás, la organizadora de los cócteles y las cenas que él ofrecía en casa a los hombres de negocios con quienes su cargo le obligaba a tratar.

Sara era todo eso y algo más; no se agotaba en ser su secretaria, su encargada de relaciones públicas, su *partenaire* ideal, por razón del ingenio que los demás le reconocían y festejaban, de la presentabilidad social que él mismo le adjudicaba. A la altura a que habían llegado —y el hecho había esplendido ante su razón en los días de soledad y de hotel que habían seguido a la irrupción del conflicto— ella era la suprema administradora ganancial de los silencios y de la compañía, la proveedora de bienes no pedidos

pero sí esperados. Frente a los otros, y no sólo frente a ella, lo acogedor, lo abrigado, lo que amparaba más allá de toda ponderación y de todo entendimiento era esa falta de necesidad de reválida, esa holgura que significaba vivir sin anticipar los gustos o las inquietudes, las preferencias o los caprichos, desde el punto de cocción de la carne y el orden de las ropas hasta la sabiduría del instante en que los demás comenzaban a fastidiarlo, tras el café y el coñac, y una gentil excusa femenina (agradecida sin mirarla siquiera a los ojos) era la única forma honorable de escapar, cuando se era invitado. Sara era el derecho a no explicarse que un hombre debe tener a los cincuenta años.

Todo eso no podría volver a construirse, todo eso perdería una condición bienqueriente de sosiego y de servicio implícito, todo eso quedaría definitivamente aventado de su edad otoñal, justamente cuando más preciso fuera girar sobre semejantes capitales sin tener que echar un solo vistazo a ese talonario de cheques que metafóricamente sustituye por calma, templanza y certidumbre la primitiva hoguera del amor conyugal.

Sí, Marcel y Paulette no eran dos niños. Eran dos gatos preciosos y gordos, dos Angora grises fascinantes y veleidosos. Marcel había sido castrado y Paulette no parecía lamentarlo mucho, cuando se ovillaba al lado de él, junto al fuego, o dormitaba en brazos de sus amos, sin la nostalgia de un mundo más crudo y excitante, que pudiera lanzarse a buscar de puertas afuera. A menudo, des-perezándose y estirando el hocico contra el frío del cristal en los ventanales, los dos

abogaban por ese mundo muelle que ya conocían, por el mundo de las comidas y las caricias a su hora, por el mundo alfombrado y tibio que no sabía de intemperancias, de juramentos, de palabras fuertes, de raptos de malhumor. Acaso todo ese mundo había temblado, también para ellos, cuando sobrevino el tema de Ethel y la invocación de ese nombre desconocido puso un timbre perturbador e indeseable de encono en las voces y hasta desató algún crispado llanto de Sara, enemigos ante los cuales ellos no tenían una aprendida actitud posible.

¿De quién pasarían a ser en adelante?, debieron preguntarse el día aciago en que Víctor hacía las maletas y se iba, tras acariciarles distraídamente los lomos. ¿De aquella mujer nueva? Sara no pensaba abandonarlos. Y había hecho repetidamente a su abogado el argumento de "la casa": era Víctor quien se mudaba, era él quien se iba. No era justo ni lógico que Marcel y Paulette tuvieran que cambiar de alojamiento, lo que significaría cambiar penosamente de costumbres. Mientras Víctor estuviera viviendo en un hotel, ni pensarlo. No podía condenarse a "los dos queridos" a vivir de las atenciones de la conserjería, o con alguna otra forma anónima y degradada del cariño.

En esto, el mismo Víctor había estado de acuerdo. Mientras él viviera precariamente, sin instalación perdurable, Marcel y Paulette debían quedarse con Sara. Pero después no. El también los extrañaba, de algún modo podrían amoblar la soledad a la que el resto de sus años parecía condenarlo.

¿Cuánto vive normalmente un gato?, se había planteado más de una vez, presintiendo el desmantelamiento que aquellas ausencias habían de crear en la vida de Sara y en la suya. Ahora estaba ya en vísperas de adentrarse en ese páramo que es la casa sola de un hombre maduro, y —para saber en definitiva a qué atenerse— quería que el juez resolviera. Tendría seguramente (y prometía desde ahora) un ama de llaves, alguien que hiciera las veces de la continuidad doméstica, como por veinte años Sara lo había hecho.

En medio de tales inseguridades y vehemencias, el comparendo oficioso que —demasiado precozmente para la evolución del litigio— habían organizado los dos abogados, en el estudio de uno de ellos, no podía haber sido más de lo que fue: un fracaso.

—Quiere llevarse a Paulette y Marcel a casa de esa mujer —había dicho Sara con un áspero desprecio, e invirtiendo el orden en que siempre los nombraba, para que se acusara más notoriamente la injusticia de que una hembra virgen se viera expuesta a semejante destino de perdición.

El mismo Marcel pasaría a ser el eunuco del serrallo, había imaginado divertidamente el Dr. Arana, que era quien menos daba por la diferencia, estimando que el precio de convivir con Ethel —ya que Sara habría de quedarse más auténticamente sola— podía ser, sin usura, la renuncia a los dos gatos.

—¿Por qué no se los deja?, le había preguntado a solas. Pero Víctor se había obstinado de un modo extraño. Quizá calculaba los pocos años más que duraría su interés por

Ethel o, en general, por las mujeres ocasionales con quienes pudiera ligarse en el futuro. Marcel y Paulette participaban en algo de la condición del refugio hogareño, de la previsibilidad fundamental del porvenir, de todo lo que iba a perderse sin remedio para él. Parecía considerarse el saqueado en sus certezas, el que tenía mejores títulos para exigirlos como desagravio.

El Dr. Arana pensaba en aquella tarde de quince días atrás, cuando intentaron tal comparendo oficioso en su estudio; recordaba ahora que había sonreído mientras encendía su pipa y alcanzaba al colega el cofrecito con cigarrillos americanos, para que se sirviera. "Las partes" —como les llamaban en su jerga— se habían ido entonces, tras haber estado de acuerdo en un solo punto: en que no tenía sentido que volvieran a verse hasta el día de la audiencia en el juzgado.

—Pleitean por algo que uno dejaría perder, dijo Arana.

—Bueno, ésa es una experiencia eterna en nuestra profesión —corrigió amablemente Mernies—. Y en los divorcios y desavenencias conyugales, cualquier objeto es bueno para el odio, para el resentimiento íntimo, para la insatisfacción sexual. ¿No le parece?

—Que lo digan, si no, Marcel y Paulette —declaró Arana, mordisqueando su pipa—. Y por suerte existen esos drenajes. Demos gracias a Dios de que la vida sea siempre ocurrente.

Ahora, en este mismo instante y en el juzgado, estaban asistiendo a la comprobación de que lo era.

—Es necesario ordenar la audiencia —dijo el juez, bondadosa pero imperativamente—. Doctor —agregó, dirigiéndose a Mernies— ¿podría exponer usted la causa del diferendo en unas pocas palabras?

Y volviéndose hacia el mecanógrafo: —No, por el momento no escriba nada. Después, cuando todo esté en claro, podemos redactar el acta.

Mernies había sentido la futilidad de toda larga exposición, de toda minucia explicativa a que el deber profesional pudiera obligarlo.

—Los cónyuges no tienen hijos —comenzó por decir—. Y... *naturalmente*, se han encariñado, Señor Juez, con una pareja de gatos que han criado juntos. En el momento de separarse, los otros bienes no les importan tanto como ese par de animalitos...

El juez miró con incredulidad, no al exponente sino al abogado adversario. Y recogió una aprobación sin objeciones.

—Pero... —dijo, y el automatismo con que funcionaba lo llevaba a reducir la cuestión a términos técnicos, al tiempo que esos mismos términos le daban una posibilidad de evadirse del absurdo, el absurdo que anuncia, intranquilizadamente, que el mundo entero no cabe en los expedientes ni se rige por la lógica judicial— ...jurídicamente, digamos, los gatos, por más amor que se les tenga, son cosas.

Advirtió el sobresalto reprobatorio de Sara, por aquello que sonaba —aunque dicho por un juez— a ultraje, a grosería atroz del sentimiento.

—Técnicamente, quiero decir —reforzó el juez—. No sé si los doctores piensan lo mismo.

Los doctores, por esa pereza fofa que es, para el pensamiento, el elástico servilismo a las pasiones de sus clientes, no habían querido pensarlo, fiándose a la providencia de lo que pudiera suceder en el juzgado. Lo mejor, para ellos, era que el juez lo resolviera de cualquier modo y de una buena vez. Perdedor o victorioso, un cliente es sus pasiones y el abogado nada puede contra ellas.

—A mí, esto me parece la típica materia de un juicio de disolución de sociedad conyugal y no de un juicio de divorcio —insistió el magistrado, entreviendo su liberación.

—Señor Juez: ese juicio de disolución acabamos también de radicarlo en este mismo juzgado, en el último turno —le previno Arana, cortándole la retirada.

El magistrado sintió que el asentaban un golpe bajo. La declinatoria *ratione materiae*, en que había pensado, ya no tendría mayor sentido. Le serviría para diferir el caso, no para evitarlo.

—En esas condiciones, las partes aceptan que en este expediente se busque una solución inmediata para lo que les resulta una causa de dolorosa perturbación en sus vidas —terció Mernies—. En el otro juicio, habría que esperar por lo menos a los edictos y al inventario. (¿Podría inventariarse a Marcel y Paulette?).

—Si hubiera acuerdo —concedió resignadamente el juez— trataríamos de llegar a una solución. Pero si la desinteligencia entre las partes subsiste, entiendo que el inci-

dente debe plantearse y la decisión adoptarse en el otro juicio.

Seguía estando esperanzado en la falta de armonía que saltaba de un cotejo sumario entre el rostro rojizo de la mujer y la elusiva mirada baja del hombre, materia más legible que la calma neutra de los abogados, esa calma inmemorial que viene desde Roma y es el gesto inmutable del Foro ante el Pretorio.

Aquella precisión admonitoria del juez facilitaba, paradójicamente, el arreglo en la misma audiencia; y los abogados no dejaron de explicárselo a sus clientes. Por una compartida estratagema a la que estaban hechos, cada uno de ellos se lo advirtió severamente al cliente del otro, mientras los dedos del juez tamborileaban su apremio.

—Bien. Si estamos en el espíritu de un acuerdo... —comenzó a decir.

Sonó entonces el teléfono y él lo allegó, tirando del brazo retráctil que lo sostenía.

—Tengo para unos quince minutos más, querida —informó jovialmente, luego de alzar el auricular.

¿Hablabla con su mujer o se daba cita con otra Ethel? En todo caso, elegía ese modo para decirles que no perdería mucho rato más con ellos ni con sus dos gatos.

—Me acuerdo un poco de mis viejos tiempos de juez de menores —dijo tras colgar el tubo, más aliviado y apreciando tardíamente el costado pintoresco del caso, una vez que nadie se había insurgido contra los quince minutos de vida que le había concedido—. He visto a dos padres disputarse las mitades de un niño, como en el juicio de Salomón

ante las dos mujeres. . . . Y se me ocurre que esta divergencia puede tener una solución semejante a la que a menudo adoptan los jueces de menores para la guarda de los hijos, como los doctores (los miró) podrán confirmarles. Me parece que puede haber, por ese camino, una fórmula de arreglo. Una vez que el marido se instale y tenga su casa, puede implantarse un régimen de tenencia alterna —y sonrió ante lo que esta vez querían decir las palabras—. Seis meses con uno y seis meses con el otro. O tres y tres, rotativamente.

—Tres y tres mejor —dijo la mujer con acento tajante, pensando en que el marido preferiría seis y seis. Fue su equivocación capital: él demostró, con su silencio, que estaba conforme.

Los abogados se miraron con un sentido de complicidad profunda, que iba más allá de todo prevaricato y era algo así como la aguja que teje la trama sutil del oficio. Ellos ya lo habían propuesto. Pero sin la autoridad del juez y esos quince minutos que ponían un límite perentorio a la indefinida plasticidad de la rencilla, no habían podido tener éxito. Ahora, en cambio, aquel “tres y tres mejor” consentido en silencio liquidaba toda posibilidad de disputa. Si él hubiera replicado “seis y seis”, ella se habría aferrado a los trimestres y el pleito habría renacido. Pero Víctor lo había dejado apagar, el miserable.

Es claro que ninguno de los dos quedaría contento. Y cada uno se lo reprocharía después a su abogado: “El se salió al final con la suya” y “Ella marcó los plazos como qui-

so”, eran los dos colofones separados y pre-  
visibles de la audiencia.

—Bueno —resumió el juez—. Si hay acuerdo, labremos el acta. Escriba —ordenó dirigiéndose al mecanógrafo, y mirando el reloj en que esplendía la fidelidad de su promesa. Antes de dictar vaciló, sonrió equívocamente, dirigiéndose a los abogados: ¿cómo haría para que el asunto, asentado en el papel, no lo pusiera en ridículo? —“En Montevideo, a los quince días del mes de mayo de mil novecientos sesenta y cuatro, estando en audiencia el Señor Juez Letrado de Primera Instancia en lo Civil de . . .”

Pero ni Víctor ni Sara lo escuchaban, ahora que sentían la desilusión punzante de que el conflicto —con tan poco boato judicial— hubiese sido zanjado. Seguramente ya no pensaban en sus Angoras, dormitando sobre los almohadones en que yacían, recostados a su sentido milenario de la paz y a su hábito de la castración. “Tres y tres mejor”. Sí, eso podía considerarse resuelto; pero, ¿qué sería en adelante de aquella soledad que la carátula del expediente —allí, sobre el escritorio del juez— bautizaba con la palabra Divorcio y con la aclarativa, engañosa mención del mutuo consentimiento?

## el violoncello

*Ces êtres-là sont comme  
les enfants, il faut les  
laisser entre eux.*

SARTRE.

Cuando ustedes se acercan a ella, en el atrio del cementerio, los pómulos de la viuda están ya húmedos y abandonados, olean viejas gotas al fresco de la mañana, mientras los ojos siguen chispeando nuevas.

Hace tan sólo un mes. Los rostros de ustedes, cuando se aproximan a saludarla, son los que todavía recuerda, los rostros de los amigos, de los discípulos del Hospital, de los compañeros de la Clínica. Son los mismos de hace un mes y las lágrimas de ella, también, parecen las mismas de hace un mes, dejadas a secar sobre un tiempo benigno.

Pero ese mismo tiempo —ustedes ya lo notan— no ha sido tan piadoso con su cabellera. Hace un mes era una cabellera rubia, y los últimos días del Doctor sólo contaban como un pequeño y transitorio abandono, emergían en la vegetación de unas pocas canas rebeldes, sobresaltadas. Ahora, en cambio, este abandono es voluntario, hace las veces del artesonado del duelo: los hilos blancos se han vuelto más dóciles, se han curvado

y rodean —con la opresión insidiosa de una enredadera— la vieja masa rubia y artificial en retroceso, el antiguo jardín hoy descuidado. La viuda tiene cincuenta y dos años y ahora los ofrece con proselitismo, los expone como su contribución al homenaje.

Son los mismos rostros que vio hace un mes, sí, los que siguió, atenta a la crispación del esfuerzo (el Doctor no había tenido hijos, ella era toda su familia y quiso llegar hasta el fin) cuando ustedes se turnaban en los relevos, para el ritual de transportarlo a pulso. Son las mismas voces de ustedes con las que ha estado hablando desde hace una semana para preguntar —ya entonces sollozaba, afinaba el violín tras el teléfono— cómo iba la estela, si estaría pronta para el primer mes, si el ministro asistiría a descubrirla y hablaría en el acto, si lo organizarían para antes o después de la misa. El Doctor no había tenido hijos, ella no podía aguijonear discípulos que no habían sido los suyos (y quién hablaba ahora de sus tiempos de maestra); su voz gimiéndoles era el único modo de empresa que había discurrido.

El ministro rehusó con cierta estolidez. “Si hiciera ya un año, no digo que no. Pero tuvo un entierro espléndido, aunque esté mal decirlo así, y esta mujer insiste demasiado pronto”.

De este modo, el homenaje del ministerio ha pasado a ser sencillamente, como dice la estela, el de “sus amigos, sus colaboradores, sus discípulos”. Es chocante que esta misma mañana; mientras el ministerio la desaira, transfiriéndola para once meses más tarde, ella haya hecho publicar en los diarios, junto

a los anuncios del homenaje y de la misa, "su conmovido agradecimiento a las autoridades y a las instituciones", antes que a ustedes, los casi anónimos y reclutados deudos por contagio, en quienes habrá de seguir cebandose hasta el fin, en quienes habrá de seguir expoliando, cada vez con mayor rapacidad, recuerdos y más recuerdos, conmemoraciones, meses, semestres, aniversarios, mitos más que memorias, en lucha contra el olvido, contra un olvido como el que ha ido ganando su cabellera (pero menos deliberado), igual pero distinto, porque ese desdén ha sido provocado por ella, con un humor lúgubre de la coquetería, ha sido aviesamente preparado por omisión, para dar la imagen de que en un mes no ha podido disputar a su dolor una sola hora, no ha encontrado en su pena disposición ni gusto para atender su persona, siquiera fuese en el acto íntimo e imperfecto de un teñido casero. Sí, será necesario luchar contra esa inconsecuencia, contra esa cicatriz del tiempo que es el olvido, porque si ustedes lo olvidan también cundirá el olvido sobre ella (no han tenido hijos), el olvido ahogará esa floración sensitiva que ha crecido parasitariamente, al amparo y a la sombra del árbol poderoso, acabará con ese musgo sutil que se resiste (ahora mismo ustedes están viéndola, ahora la saludan, ahora vuelve a llorar), que se rehusa a desprenderse del tronco en el que por veintisiete años ha prosperado, al que no ha de soltar ni aun sabiéndolo muerto.

Esos treinta días —días de pleno invierno, a pesar de que esta mañana soleada sobre fondo de mar permita momentáneamente ig-

norarlo— le han cambiado también el instrumento. Unos últimos toques de llanto y menopausia, y ya el sonido es más grave, más bronco, con oquedades casi viriles; un sonido más noble, al fin de cuentas, más avenido al carácter de la ocasión. El violín está pues (primeras incertidumbres, alguna nota agria, un posible falsete aislado en su metamorfosis) volviéndose violoncello.

Ya ustedes marchan junto a ella hacia aquel sitio; ya podrán escucharlo.

Uno: el discípulo acumula adjetivos, pero son adjetivos impersonales, guijarros gastados de tanto rodar. Todo militar es pundonoso, toda matrona es patricia y cristiana, todo maestro es eminente, todo médico es abnegado. Declara ahora que lo ha sucedido en la jefatura de clínica, pero que aún no se acostumbra a este honor excesivo, póstumo y flamante. El maestro se inclina sobre el enfermo; el profesor se posesiona de la atención circular del anfiteatro; el clínico se detiene ante cada cama, hojea la cuadrícula, se vuelve hacia los estudiantes (algunos de ustedes) que aprietan filas para escucharlo; el cirujano se cala los guantes. Días y años de aquella rutina delicada, de aquel frágil milagro de sabiduría: los párrafos transmiten una visión de corredores luminosos, de monolíticos espejeantes, de puertas con guarniciones y asas de metal, que vibran sordamente al paso de las túnicas blancas; la visión de un universo esterilizado que huele a formol, donde la enfermedad y la muerte son una tarea, una condición cotidiana.

Tenuemente, el violoncello comenta esta propuesta, este paraíso sin sudor y sin mue-

cas. Pero es un acompañamiento discreto, porque la música corteja a las palabras sin encontrarlas jamás, porque el sonido brota desde una orilla que no ha conocido sino muy fugazmente esos corredores, esos quirófanos, esa lechosa flotación de gasas embebidas.

Dos: el representante del club recreativo avanza y se permuta por el discípulo que ha plegado sus hojas, blancas como esparadrapos. En las tertulias del club han fiado siempre en la elocuencia de la palabra dicha, y él improvisa. Pero la verba confianzada del ágape se amustia en este alrededor de cipreses, entre esta enmarcatura de rostros solemnes que ustedes le hacen y contra el mismo majestuoso derivar del cello bajo los árboles y en mitad de la mañana. Tantea una puerta, tropieza: "Como muy bien se acaba de decir..." Borda una frase, la sostiene en un engarce de dedos convergentes hacia lo alto, busca con la otra mano escandir pedacitos de muerte, servirlos como un alimento cordial, a la manera de los medallones oratorios en la glorieta de verano de la institución. Es inútil. Si las caras rojizas de los socios contagian ideas simpatizantes y festivas, este anillo aislante que le hacen ustedes —fluctuando entre la pesadumbre, el estupor y la ajenidad— estrangula cualquier conato de fantasía: "Como también se ha recordado con acierto..." El amenizador dominical de sobremesa renuncia: dice lo de la siempreviva del recuerdo, expelle la última espiral, que se achata y apelmaza como una corona seca; da un paso atrás, sobreabunda en su "He dicho" y se repliega hacia el redondeo donde ustedes lo absorben y lo absuelven.

Tres: el antiguo compañero de Universidad lee manojos de días estudiantiles, rincones de patio de Preparatorios, espesas asambleas que echan un humo bajo de cigarrillos sobre el recuerdo, primeros escalofríos en una sala de disección, exámenes, episodios de cuartos de practicantes. El cello tiene vagos acentos conmemorativos, pero ella tampoco ha estado allí, evoca tal vez su propia juventud campesina, su viaje a Montevideo, su Instituto, sus años de practicante normalista, su primera túnica impoluta e incruenta, otra fuga de paredes encaladas y, en primer plano, caras de niños en lugar de piezas anatómicas. Todavía la música es inocente del contexto leído, canta otros soles, otras jornadas, otros camaradas, refiere otros parques y lagos para las rabonas, otro sexo para las urgencias iniciales. Las manos del antiguo compañero tiemblan y las hojas se doblan como si la mañana se hubiera puesto súbitamente ventosa; las mismas metáforas se suspenden, vacilan y tartamudean en una voz que parece irles dando paso sin haberlas aún reconocido, como hijas de la noche anterior. Las cuerdas bajan a un registro grave, a un sollozo modulado y cortés que no intimida al orador, toda vez que su compasión ha resuelto presentarse por escrito. El día de graduación, los abrazos, los umbrales de una nueva vida más responsable y más ardua; el condiscípulo se detiene tras el acto de presentirla, a lo más de insinuarla, como si la carrera del Doctor —a partir del título— se hubiera perdido en la selva, se hubiera deslizado a lo ignoto, hubiera sido condenada a los azares de un destino mediocre, no fuera tan conocida e ilus-

tre como otros ya irrecusablemente han dicho y como ustedes saben que fue.

Faltarían tan sólo el pregonero de la adolescencia y luego el trovador de la infancia y más allá el augur de los días prenatales. ¿No estarán entre ustedes? Fíjense bien. El homenaje retrocede hacia su fin retráctil, hacia una disolución en lejanía y memoria, que trata de contradecir, desmentir o contener a la muerte, terca en decir su hora. El cello toca, internándose en zonas donde el anacronismo más punible de la palabra no lo hace, donde los oradores retrospectivos faltan, uno tras otro, en hilera decreciente; toca y expone una dulce melopea sentimental de juventud, una estudiantina que va deshaciéndose en jirones y se retoma en ronda de colegiales y vuelve a partir y a desflecarse para resucitar como canción de cuna. Hemos llegado.

El homenaje parece ya cumplido, la lista de oficiantes previsibles ha sido agotada. El cello se demora todavía, quiere disputar un último bocado a los abismos de silencio que por un mes, por un año (¿quién sabe?) van a abrirse en seguida, cuando ustedes se dispersen, disolviendo esa mancha que oscurece tramos de césped, que apaga fondos de cielo, que ondula sobre el borde de otras tumbas, que trepa y se quiebra sobre lápidas de mármol.

Y entonces aparece, brota repentinamente entre ustedes, da un paso al frente —gordo, fuera de serie, fuera de número— él. Nadie lo espera, quizás allí nadie lo reconoce. Avanza otro paso, ofrece una calva sanguínea y reluciente, usa como un salvavidas el revés

y el tafilete de un sombrero de fieltro puesto sobre el pecho, con la "o" de la forma sobre su corazón intruso.

Hay una pausa recelosa: ustedes se miran, el mismo cello se detiene un instante.

—Nadie me ha pedido que hable —dice, y el sombrero da un giro casi total entre las manos que lo sostienen, como si se desenroscara del vástago de miradas con que ustedes quieren tornillararlo—. Pero debo decir algunas palabras de gratitud por mi cuenta, con la certeza de que serán las más pobres.

¿Un paciente acaso? ¿El elíptico amigo de la niñez, el náufrago de los bancos escolares?

—Yo lo conocí bastante en poco tiempo —precisa el intruso, y el cello se levanta a un primer trémolo, como si acabara de dar con él sobre un fondo de agua—. Yo y mi difunta esposa viajamos con el Doctor y su señora, aquí presente, en barco hasta Europa.

—Es el famoso "ex passageiro du Cap Arcona" —dice una voz entre ustedes, desata un conato convulso, que tanto podría pasar por llanto como por risa—.

"Así que su señora murió. ¿Cuándo?", interroga el cello en un registro agudo, meramente curioso y sin blandura.

—Fueron días espléndidos —dice el intruso—. Mi señora los recordaba siempre.

Y dando entrada y salida (asiento y contra-asiento) a la pregunta del cello:

—Ella murió hace tres meses. . .

El mar era azul en los trópicos, color tinta en las mañanas resplandecientes. Habían alquilado tumbonas y las hacían tender en rueda, bajo los quitasoles de color naranja. ¿Re-

cuerta? El cello dice que sí, con una voz inesperadamente turbia y ahogada, al mismo tiempo pública y confidencial.

Alguien entre ustedes lo reconoce y cuchichea su nombre. Es un nombre que se despliega en neón, que corre en flancos de furgones, que se ovilla y ciñe formas de cilindros metálicos: "Fulano de Tal, importación de vinos, conservas y mariscos", como una leyenda para una boina de marinero, pero menos gallarda y más concreta, más inmediata y poética, menos heroica. Vinos, conservas y mariscos. También el viaje está atravesado de esos sabores, paseado sobre el recuerdo de tragos de sol y frutos de mar.

Y esto sí ella lo sabe, porque esto sí ella lo vio y lo vivió y paladeó. El cello abre grandes lienzos de sonido diáfano, canta veintisiete años de plenitud, de regusto de vida, de amor y domesticidad. ¡Bravo!

Ustedes se ríen, pero el pobre gordo, traspirando de dificultad de palabra, babeante de recuerdos, es el único que le llega al alma. Porque ella ha velado y servido al margen del maestro y en la posteridad del estudiante, pero en cambio ha alentado, vivido y disfrutado con el hombre, junto al hombre, haciéndolo y haciéndose con él.

"¿Se acuerda, querido gordo, de aquella vez que en cubierta?..."

Claro que se acuerda. Ustedes pueden considerar que todo esto es ridículo y sentirlo hostilmente, porque el asunto los excluye. Es ridículo, sí, que él diga tartajosamente cosas que parecen obvias y llegan a ser punzantes, es ridículo y escandaloso que ella llo-

re en calado cada vez más profundo, con velas cada vez más desplegadas.

Si les devolvieran la palabra, si se la quitaran a él que de puro torpe casi no la suelta, que envuelve la memoria en cintas como si fuera una momia o, mejor aún, en tiras engomadas como si fuera una lata de mejillones, si les restituyeran el discurso, la circunspección y la pompa, ustedes, ¿sabrían mejorar esta versión de la elocuencia? ¿Tienen acaso algo más entrañablemente alusivo que frases bien armadas para decir lugares comunes de necrológica, frases de obituario de revista médica, esa literatura de prospecto en que están adiestrados? ¿Hay una sola pose personal en que ustedes puedan transmitir la imagen del Doctor? ¿Pueden representárselo jugando al *bingo*, nervioso, fumando a bocanadas, perdiendo? ¿Lo ven apostando a caballitos de madera que los *croupiers* muevan a saltos sobre el linóleo numerado de un salón de fiesta? ¿Lo imaginan sin túnica, sin lentes, sin importancia?

Si no pueden hacerlo, si son incapaces de inyectarle esta vida intransferible, la cosa es muy sencilla: en vez de reirse detrás de los pañuelos, de lagrimear de hipocresía, de ambiguo ultraje, de sofocación y de composición burguesa, escúchenlo. Porque él está diciéndoles El Único Discurso.

—Me acuerdo de que jugaba muy mal al tejo. ¡Siempre perdía! Una vez jugaba con una vieja inglesa vestida de blanco. Venía a cada momento hasta donde yo estaba, con el palo en la mano, para decirme que aquello tenía algo de fantástico, que era como si un niño y su institutriz hubieran desarmado una

enceradora y con el caño del aparato empujaran los discos de encerar sobre una alfombra... El niño era él, con aquellos pantalones cortos...

El violoncello, en un pizzicato gozoso y triunfal, responde que se acuerda perfectamente. Salta, rebota, desgrana sus notas una a una; y el intruso sonríe por encima y más allá de la arbitraria ternura de sus evocaciones.

“Y le digo más”, canta el violoncello. “También me acuerdo del cruce del Ecuador, en que usted se disfrazó de Nerón y él le hacía bromas con su disfraz de mar y con su nombre de tierra... ¿Cómo es que se llamaba usted?”

—Yo me llamo Honorio —dice el intruso— y me disfracé de Nerón. Y el Doctor, que siempre estaba de bromas, me llamó —desde allí hasta Génova— Neronorio o el Nerón Honorario, una vez una cosa y otra vez la otra.

¿Tenía entonces el Doctor esta veta de humor pesado? Nadie pudo sospecharlo entre ustedes, jamás se le notó en el hospital, nadie de ustedes pudo saberlo en la clínica, jamás se le escapó en el anfiteatro. Se precisa a veces un viaje... Bien dicen que vivir no es necesario y navegar sí. Ustedes empiezan a comprender lo cómico de esta frase.

El violoncello ataca un tema marítimo, de crespas reminiscencias. Pero no es que ella piense en el Nerón de la mañana siguiente al cruce, chorreando sudor bajo la sábana que le hacía de clámide, expuesto como un gran premio de ganadería a las cámaras fotográficas. No es que piense en la calva cir-

cuida de laureles de papel y alambre, sino que celebra una facundia acoplativa del Doctor que, a falta de resolverse en hijos, se desfogaba siempre en enlaces verbales. Tal vez ella no tuviera ánimo para volver a Punta del Este, tal vez no pisara más la casa erigida sobre el médano, de cara a las olas (Usted mismo, gordo, no la conoció: en pleno viaje se prometen reencuentros, comidas, recordaciones felices que el regreso no cumple), porque allí él y ella habían sido felices y él siempre mencionaba aquellos versos del Dante, *Nessun maggior dolore* y todo eso. Tal vez no hubiera más remedio que subastarla o darla en venta sin tornar a verla, sin volver a abrirla ni soltar la humedad presa allí desde un otoño en que aún vivía el Doctor; pero por un momento, contra toda esa claudicante visión del porvenir, ha destellado una imagen feliz, traída en vilo por el tandem del Nerón Honorario. Porque la casa de ladrillos blanqueados, vívida como azúcar contra su revuelta franja de mar —azul, pardo de rocas y luz ciega de cal, como tres bandas de un pabellón privado, como la bandera de un yate personal— había sido bautizada por el Doctor y se llamaba *Marazulma*, *Marazulma* porque el mar era azul y porque él dedicaba ese mar y esa casa a ella, a su amor de siempre, a su querida mujer, que se llamaba Zulma. ¡Era tan caballero!...

*Marazulma* cabecea como si fuera una nave, en el espacio del cielo que la calva rojiza del gordo no aprieta, en la esquinita sin nubes ni árboles que las cavilosas presencias críticas de ustedes no deprimen.

—¿Y aquel retrato suyo entre los negros de Dakar?...

En un rincón del despacho, junto a los diplomas de productos graduados en ferias internacionales, entre los emblemas de las conservas más famosas, frente al panel de las etiquetas de las bebidas más renombradas (y Fulano de Tal no fue a *Marazulma* pero no dejó de enviar una canasta con botellas, turrone, caviar y angulas en la primera Navidad del regreso) está el Doctor tocado con un casco de corcho y dril, sonriendo y proponiendo al fotógrafo una broma redondamente obscena con algo que es acaso un totem, un envoltorio o una fruta del lugar (el sol ha dado demasiado en la foto en sepia y está destruyéndola); y los compradores suelen reconocerlo y él les cuenta entonces la historia de esa amistad que ahora está pagando a cabeza descubierta, asimismo con sol, con gotitas o lágrimas en las mejillas —también aquí la luz sumerge y borrona detalles— mientras busca en el hueco del salvavidas otro recuerdo y lo echa hacia el mar, hacia ese costado del mar donde están la viuda, el violoncello, la vida y la muerte. ¿Guardan alguna foto parecida, ustedes que tanto lo glorifican?

—En Lisboa le hice probar el vino verde de Madeira... ¿verdad?

Ustedes, con el reloj puesto en horas de consulta, de visitas, de clases, han ido yéndose. El aire ha recobrado su cálida brillantez de mediodía, aún en este invierno bondadoso que tolera la visión cabrilleante de *Marazulma* y las memorias irisadas del Ecuador y del Africa. No quedan ya rostros de críti-

cos ni de verdugos, no hay censores ni amigos de ceremonial; ustedes han ido retirándose lentamente, en un mutis graduado y descubierto, que ha crujió apenas en la grava, que ha tintineado una sola vez en la oquedad insolvente de una baldosa que, a la altura del suelo de los vivientes, techa en falso una bóveda mortuoria. No hay nadie, el primer mes del recuerdo ha vencido y ustedes sienten la liberación que los aguarda de puertas afuera, que tirona de ustedes y les impide mirar hacia atrás. Porque si dieran vuelta la cabeza, porque si fueran menos expeditivos y miraran, ahora que han puesto distancia y han dejado libres un espacio y sus perspectivas, verían a Fulano de Tal, importador de vinos, conservas y mariscos, hablando (o quizá cantando) con ademanes cada vez más arrebatados, más obesos, más tiernos e irresistibles; y a ella, la empresaria que los trajo hasta aquí, a ella la Viuda del Gran Hombre, agitándose con todo el cuerpo enlutado, de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, para acompañar como es debido los hermosos textos del intruso, a ella enfundada, pálida, fervorosa, tocando en un enorme, en un sinuoso, en un grave, en un inextinguible violoncello, ese instrumento noble, inverosímil, portentoso, que al entrar y saludarla, que al hablarle y mirarla, que al estar junto a ella ustedes no han podido, no han sabido, no han querido apreciar.

## la fortuna de oscar gómez

Declaró que se llamaba Oscar Gómez y que era oriental (en realidad dijo uruguayo, pero el tipo escribió oriental), soltero, de treinta y un años, sin ocupación, sin domicilio fijo.

Sin ocupación: cuando pasó el asunto, hacía quince días que había salido de Miguelete. Y después...

Sin domicilio: si les hubiera dado el de la Vieja, le habrían caído encima con allanamientos y macanas. Mejor así: sin laburo ni pieza; ya está de vuelta aquí, y aquí no hay comisiones para los de Tercera. Listo.

—¿Las demás generales?, reclamó el tipo. Esto sí que nunca se lo habían preguntado. ¿Qué generales? Las otras veces, los cosos escribían por él todo lo que querían y él firmaba y chau. Pero ahora al tipo se le antojaba cederle la palabra, rascarse la cabeza y darle tiempo para que contestara, como si él pudiera decir algo que no estuviese ya en el parte, mandarse una historia grandiosa, qué sé yo. Ahora fue Oscar quien se rascó la cabeza y el tipo el que se puso a fumar. Después dejó el cigarrillo a un lado, en equilibrio sobre el borde de la mesita. "Pueden comprenderme como imputado, por lo que

diré" —escribió—. ¿Por lo que diré o por lo que hice?

*Yo me había pasado más de dos años aquí mismo, comiéndome un garrón que ya te digo. Me embagayaron con todo el quilo de la Primera. Y en Hurtos y Rapiñas, seguro, tuve que hacerme autor. Agua fría, calaboceda, picana, chaleco, trompadas, plantón, ya conocés el juego. Y a mí gracias. Me hice autor para arreglarlo después en el Juzgado. Pero del Juzgado iban a llevarme de vuelta los tiras, y lo dejé para la próxima. Cuando quise acordarme, el bagayo ya estaba bien hechito: treinta y tantas chorrerías chicas y grandes, de tarde, de noche, un pilot de un café, una punga en un ómnibus, una valija en una pensión. ¡Si algunas ni llegué a saberlas! Bueno, dos años y tres meses, compurgamiento. Se ve que ni el Fiscal les creía. ¡Por una sola punga!*

Declaró también, poniéndose preciso, que había salido en libertad el 12 de agosto del 63 y que en el cumpleaños de su hermano mayor, Isidro (¿Dónde?, quiso saber el tipo. Piedra Alta entre Paysandú y Cerro Largo. Y el tipo, con sus dientes amarillos: Inquilinato) había conocido a Angélica. Estando en Miguelete, uno puede perder, en dos años, una mujer que ya tenga de antes. ¿Conseguirla estando allí? No hay modo. La asistencia social no da para tanto, las madrinas de cárcel son unos loros. El no tenía mujer cuando entró. Angélica, fea, flaca perchenta, todo lo que quieran, era algo. ¿Y qué más?

*Bueno. Dos días después pasamos a vivir juntos, en una pieza que, a los fondos de su casa, me cedió Celso Gómez; no, es el mismo*

apellido pero no es nada mío. El tipo miró, echó una humada. Pero esta vez lo madrugué en doblete: Rectificación Larrañaga, a la altura de Impasa. Tiró el pucho lejos, no escribió nada de esto. Hijo de puta, no le gustó.

Se fueron a vivir allí, pero no tenían nada más que un colchón de una plaza en el suelo. Hasta que un día Angélica compró un diario, por los avisos, y leyó que un polaco, que había sido patrón suyo, precisaba una empleada. Oscar estuvo de acuerdo y ella fue a presentarse.

*Todavía no habíamos visto el bollo. Era sólo un laburo, para ir tirando. Me daba no sé qué que ella saliera a yugarla y yo me quedara en la pieza. Porque, te juro, yo estaba achicado y ni a la calle quería salir. Adentro, a pan y mate, ni siquiera caña. Te juro que estaba achicado.*

Pero casi ni dijo que ella sí salió, fue, se empleó y volvió. El trabajo era con retiro y sólo por la mañana. Limpiar, atender el teléfono, hacer la comida.

*Me empezó a hablar del laburo, diciéndome que el patrón, al frente, tenía una compraventa, que vivía solo y que había mañanas en que agarraba una cartera y se iba al centro, dejándola a ella. Yo no le había dicho que había estado preso más de dos años, ni nada. Mi hermano le había hablado de mí, parece, pero mintiéndole que yo había estado afuera. Afuera estos dos últimos años, le dije yo, y antes otros dos de marinero en el Tacoma. Tenía un tío que había navegado y, no sé por qué, las fuí de vivo con esto. Angélica me preguntó si no tenía un ancla o un*

*corazón o un nombre de mujer en el brazo. Un ancla, le dije. ¿Sabés dónde?*

Declaró que la primera vez había dejado pasar por alto el detalle de que ella se quedara sola en el cambalache; eran horas en que no venía gente, y en general venía muy poca (dijo Angélica). El coso debe tener algún mareo raro, desconfió él. Ella: que no sabía. Agarraba una cartera, eso era lo cierto, y a veces se iba al centro por toda la mañana, repitió. Le recomendaba siempre que pasara la cadenilla a la puerta y no abriera a nadie. A media mañana, desde el centro, llamaba por teléfono y preguntaba si no había novedad.

La tercera o cuarta vez que ella se lo dijo, con una insistencia que parecía ofrecerlo, él se lo propuso. Ella no pareció sorprenderse; tal vez no se sorprendió cuando la hicieron mujer, y desde entonces por nada. Sólo le pidió que esperase, porque le parecía que el viejo también guardaba allí la plata.

—¿Ella le entregó el trabajo o usted le sacó el dato? —preguntó el tipo—. Esto es lo importante. Vamos a ver.

—Fue ella.

Ella, ella, ella. Si salió de la Cárcel de Mujeres antes de que yo volviera aquí, y por el mismo asunto no va a entrar de nuevo. Ella, ella, ella.

Le dijo, era verdad, que esperase. Tal vez tenía miedo, pero sabía cómo hay que correr al miedo en un caso como éste. No de frente, porque así es la biaba. Esperate, cualquier-cosa-te-aviso.

El volvió a preguntarle, a los dos días (¡Ah!, con que usted volvió a preguntarle?

Esto es lo que interesa, dijo el tipo, y Oscar pensó que se había ensartado). Bueno, en fin, salió de nuevo a la conversación, no recordaba cómo, y entonces ella le contó —ahora recuerda muy bien que estaban acostados sobre el colchón y que habían puesto diarios debajo y en las junturas de la puerta, porque el frío era espantoso (era de noche, podía haber añadido, y estaban a oscuras, sólo el reflejo de la luz del corredor, que dejaban prendida hasta muy tarde, entraba por el ventanillo de la izquierda)— era de noche y Angélica le contó con pelos y señales que el viejo guardaba la plata en un mueble chico de cajoncitos, así y asá, que tenía en el escritorio. El le preguntó cuánto sería. Qué sé yo, dijo ella, dos o tres mil pesos.

*¡Dos o tres mil pesos, sabés cómo!, le dije. Y el resto lo combinamos entre los dos.*

No era cierto. El resto se lo enseñó él. Lo mejor era simular un asalto, arreglando las cosas para que ella apareciese como inocente. Entra un enmascarado, la golpea y la ata. “Vos volvé desde hoy a tu casa y nos abrimos por unos días, hasta que pase todo”.

Dos días más tarde, a las nueve de la mañana, él la llamó por teléfono. ¿Y el jude? No está, dijo Angélica. Entonces voy. Ella estaba sola, se asomó primero por la cancel entreabierta, y recién después de averiguar quién era sacó la cadenita.

*... Sí, señor, estoy muy cansada, no puedo más. Si me promete que después me dejan, voy y le digo todo. Usted tiene razón: si saqué la cadenita es porque conocía al que entró. ¿Vas a decirme quién era?, avanzó el comisario, que innecesariamente la tuteaba,*

*y que ahora ponía un matiz bondadoso en el fondo expectante de la pregunta. No decía amenazadoramente “Vas a decirme quién era, ¿sí o no?”, sino que lo preguntaba desde el principio y acababa la frase sin ningún retintín. —Sí, señor, era Oscar Gómez, mi novio. —¿Tu novio? —Bueno, mi marido, es lo mismo. —Pero, ¿no me dijiste que sos soltera? —Claro que soy soltera... Conoció a Oscar Gómez... (Todas me cuentan su vida desde que nacieron, antes de llegar a lo poco que uno quiere indagarles, a los tres cuartos de hora que interesan.)*

Lo primero que Angélica le dijo fue que en el mueblecito no había nada. Un rato antes (no se había animado a decírselo por teléfono) había visto al viejo, sacando un fajo de billetes del interior de uno de los portafolios, que guardaba allí. Oscar no parecía nervioso, sino torpe. Se tomaba de las puertas y las flanqueaba antes de entrar a las habitaciones, todas enfiladas, todas con olor a comida rancia; las cortinas con flecos y óvalos de hilo con ánforas y flores, convertían todos aquellos cuartos en un informe túnel, gris y maloliente. Casi no se veía en ese túnel. Ella lo vio apoyándose en marcos y paredes, y le propuso cambiar de táctica: no simular nada, tomar una o dos valijas de las que había sobre el ropero y llevarse el par de radios, algunos trajes, una destartada máquina portátil de escribir, meter todo eso en las maletas y marcharse, escaparse, ganar unas horas, tomar un ómnibus, irse a vivir lejos. ¿Adónde?

*... Y habría sido mejor para todos, señor. ¿No le parece? Al menos, podíamos haber es-*

*tado juntos unas cuantas horas más, escondidos, esperando que pasara el revuelo. No sé, yo estaba desesperada, no sabía qué hacer ni qué decirle: bajé una de las valijas y la abrí en el piso. Iba a empezar a tirar las ropas adentro, pero él me agarró de un brazo.*

La tomó de un brazo, sí, pero no para golpearla, aunque pensándolo bien habría sido preciso. Estaba enloquecida de miedo y aquello podía ser contagioso, hacerle perder la calma. Pero el pellizco en el brazo, la violencia, el hecho de que él cuajara así, de pronto, en una atmósfera de la que hasta ahora había estado ausente, paradójicamente la sosegaron. No perdemos nada con mirar —dijo, para terminar de convencerla—. En la mesita de la máquina había un cortapapel; lo usó como palanca, hizo saltar la cerradura y empujó hacia abajo la cortina del mueblecito, dejando al descubierto los cajones. Eran más bien bandejas, y comenzó por las de arriba. Los dos primeros portafolios estaban vacíos, pero en el tercero había dos fajos de billetes arrugados, de a quinientos y mil pesos, sujetos con gomitas. ¿No te dije?

—Agarré nada más que esos dos fajos y, óigame bien, pensé que serían los tres mil pesos de que ella me hablaba, o un poco más. Entonces Angélica me pidió que la atase, como habíamos combinado. Bueno, pasamos a la otra pieza, que era el dormitorio del jude. La tiré sobre la cama, que estaba sin hacer, y le até las piernas con una sábana, a la altura de los tobillos. Rajé otra sábana y le até las manos en cruz. Ella seguía estando muy nerviosa, pero me ayudaba a que la atara, dándome indicaciones, pidiéndome que

apretara más. Cuando ya la tenía atada me pidió que, para darle más realismo al asunto, le pegara unas trompadas en la boca, hasta hacerla sangrar. No me animé, no señor. Sólo le di un par de cachetazos, que ni marca le habrán dejado. Pero me parecía que no debía hacerlo, me dolía más que a ella pegarle. Por eso me agaché antes de irme, le toqué la cara y hasta le di un beso.

Después se fue, que era lo que ella quería haber evitado. Se fue y durante varios meses no volvió a saber de él. Las Hermanas la embutieron en uno de aquellos delantales grises, no le dejaron pintarse los labios ni encontró forma de mantener el rubio del pelo. Entonces se lo hizo cortar al rape y ya empezaba a crecerle de nuevo bajo el pañuelo, cuando vio el nombre y la foto de Oscar en los diarios. Lo habían prendido. Era increíble que en todo aquel tiempo no se hubiera hecho ver, ni en los días de la cárcel para ponerle abogado (y Angélica había sabido a las pocas horas, por boca del comisario, cuánto dinero había en los fajos) ni desde que ella recobró la libertad para encontrarse con ella, así fuera para darle una paliza por no haberse sabido aguantar y haberlo vendido. Habían pasado más de seis meses y los diarios casi no contaban lo que le había ocurrido a Oscar Gómez en todo ese tiempo: que había caído junto con una meretriz, al llevarla al hospital, y muy poco más. Una meretriz, eso sí lo leyó. Se ve que el polaco no interesaba a nadie, y su plata —que no debía haber ofrecido para el descubrimiento y la captura— tampoco.

Cuando pasaba de vuelta hacia la calle, por la pieza del mueblecito, vio en lo oscuro el brillo de la radio chica, con caja de bakelita, y le gustó. La metió en la valija que estaba en el suelo y se la llevó. Al salir, trajo la cancel con el brazo libre, la entornó todo lo que pudo. El viejo no volvía hasta las doce, tenía dos horas. Tomó un taxi en la esquina y le ordenó que fuera por Ocho de Octubre. Iba a comprarse ropa, antes que nada.

*Por el camino fui contando los billetes y vi que en total eran más de cincuenta mil tacos. Sí, sí, cincuenta y tres mil. Me cagué hasta la manija, claro. Y yo te digo, ¿no?, no era para menos. Cincuenta y tres mil, así, como lo oís. El chofer, mientras tanto, maneja sin mirar para atrás, y para mí que no se dio cuenta de nada. Pero con el asunto de la contada de los billetes y con los nervios y con la joda de buscar un billete chico para pagar el viaje, al bajar del taxi me olvidé de la valija con la radio adentro. El coso debe haberse quedado con ella; nunca más se supo.*

El tipo —a diferencia del compañero de celda— había querido saber todo esto al detalle, con una prolijidad irritante. ¿Cuánto le costó la ropa y qué prendas eran? Pantalones, campera, camisas, medias, ropa interior (así tradujo calzoncillos). Mil y pico de pesos. ¿Y zapatos? Zapatos no; tenía —levantando un pie hasta la altura de la mesita— éstos de gamuza. Después se compró otros negros, pero no ese día; unos negros que no se llevó a San Carlos; quedaron en lo de Ocampo o se los regaló, no se acordaba bien. ¿Con cuántos billetes pagó, en qué billetes le

dieron el vuelto? Parece un feto, arracimado ahí, sobre su máquina; un feto que quiere saberlo todo, un feto que fuma y lo relojea, desde su posición encogida, un feto que lo mira con unos ojos desollados y lo enfrenta con una cara desollada, un feto que es una miseria pero está orgulloso porque es una miseria que, cuando el horario haya terminado, saldrá a la calle en vez de treparse a la perrera y marchar a Miguelete, se irá por la calle en vez de dejar libre el aire para los que realmente merecen respirarlo.

Daba bronca que el tipo siguiera interesándose en todos los detalles, pero aquella calma de feto que puede tener para varios meses más de invernadero y lo sabe, de feto que fuma tranquilamente en las cavernas de un vientre monstruoso lo vencía, y fue largándole todo, sintiendo que de algún modo le hacía bien repasar su historia y al tipo conocerla, que los dos se volvían más hombres y podían entenderse, incluso hasta llegar a ser amigos alrededor de aquella mesita, mientras el soldado con el máuser (otro que tenía por delante pilas de tiempo) dormitaba sentado en su silla, dormitaba con intermitencias de ojos viscosos, de rato en rato sacaba y volvía a guardar los dos pescados bajo sus tapas mulatas.

*... Estoy muy cansada, dígame dónde firmo. ¿Se acabó?*

Las ocupaciones de toda esa tarde habían sido vacuas y aburridas, y por suerte el tipo le permitió abreviarlas. Se vino al centro, anduvo en varios bares, pagó copas a amigos y a desconocidos. A la tardecita se le ocurrió ir a visitar a Isidro, pero desde lejos

advirtió el despliegue. La Policía de la 5ª había dejado imaginaria a la puerta del conventillo, debía haberse sabido todo. La tarada de Angélica. Se volvió al centro.

*Y ahora joderse, no ser nadie, ahora cambiarse de nombre y correr la liebre, esquivar los días y ganar las noches, buscar enterraderos sin tener amigos, pescar el sueño en un baldío, tirado entre las hojas de los diarios, cansarse y no saber dónde están las puertitas, rondar la cara de la Vieja en el recuerdo sin poder verla, pensar que Angélica por lo menos ya lo ha dicho y está durmiendo, ya lo ha confesado y tiene un colchón, no espera nada, no recela, no teme, no ignora dónde está y dónde estará, sabe dónde es mañana.*

—En Andes y Durazno encontré esa noche a la muchacha y me puse a hablar con ella. Me dijo que se llamaba Juana Regueiro. Primero me contó que iba a un baile, y después me confesó que hacía el yiro. Bueno, la convidé y nos fuimos al Lido. Allí pasamos la noche, dormimos y salimos a las diez de la mañana del otro día. Compré un diario: estaban mi foto y la de Angélica. Nos volvimos al centro en un taxi, tomamos el café con leche en un bar de la calle Maldonado que le llaman El Alba. Más tarde, esa misma mañana, bajamos al puerto. Yo no me animaba a decirle lo que había pasado, la conocía muy poco todavía, y ella creía que me llamaba Julio. Julio Rodas, porque le di mi segundo apellido. Por suerte, la foto mía que salía en los diarios era muy diferente de mi cara de ahora: con bigotes, pelo mucho más corto. Tampoco me fijé si Juana mi-

raba esa hoja del diario, cuando almorzamos en el boliche del puerto. Lo agarró un momento y lo dejó en seguida. Mientras comíamos, ella empezó a contarme sus problemas familiares: que había tenido un marido, que tenía una hijita que le cuidaba una señora, lo que dicen siempre. Me di cuenta de que yo le gustaba. Si en un momento de éstos uno le cae bien a una yira, puede tener la vida resuelta. Pero mi caso era muy distinto. Con el paco en el bolsillo y sin saber qué hacer conmigo, ella tenía que resultarme un estorbo. Y sin embargo, no sé por qué, me dio la loca y le dije de irnos a vivir juntos. Le propuse que nos tomáramos, en la Plaza Libertad, un ómnibus de éstos que van al interior, porque yo no tenía pieza ni laburo en Montevideo. Irnos juntos, meternos por ahí, buscar algo. Julio, dijo ella: yo tengo una amiga que por una noche puede prestarnos una cama; mañana vemos. Así empiezan las cosas. Y como dicen, mañana es nunca.

—¿Usted qué plata estaba haciendo circular? ¿Siempre el vuelto de la compra de ropa?

En el patio hay macetas de cemento que simulan troncos de árboles, con sus muñones de ramas, con sus nudos y sus excoiraciones arañados en el portland, con sus flores vistosas y ordinarias. Hay también algunas jaulas de cardenales y un helecho en una palangana, colgando de alambres que bajan desde un tirante herrumbrado en la bovedilla. La señora de Ocampo hace un ademán en redondo, ofreciendo la casa, las piezas orinadas de humedad, el excusado cuya puerta tiene una mirilla toscamente recortada, en

forma de corazón. Hay láminas de revistas enmarcadas en el corredor, hay una baldosa de cerámica que dice la bienvenida y otra que exalta las virtudes del ama, debajo de un palote de amasar. Enriqueta sabe allí que él es Julio, el marido de Juana. Estas nupcias súbitas tampoco se averiguan; el matrimonio es el estado natural de la pareja, y una condición fatal no precisa papeles. A su vez, Julio se entera de que ese gandul que regresa del bar arrastrando las chancletas es José María, el hijo de Doña Enriqueta. De nombre no, pero ya se conocían. En algún lugar del centro (¿la Ocarina?) han tomado alguna vez juntos, pagados por un mismo invitante. ¿Quién sería? Juana les anticipa que desde el día siguiente buscarán apartamento, para instalarse en forma. Los Ocampo, madre e hijo, que no hay apuro. Julio querría irse al interior, porque acaba de cobrar una plata y quiere buscarse un trabajo. ¿Qué les parece? Montevideo es mejor, dice José María, que no lo tiene.

*... Sólo pido, señor, que el día que caiga me den careo con él, porque yo no vi un triste peso en todo este asunto, se lo juro. ¿Querés el careo por eso o porque seguís metida? Hablá, no bajés los ojos... ¿o es que te hacés la nena?*

Juana no es como Angélica. Juana es eso que los hombres llaman —pasando la palabra al masculino, para el debido elogio— un hembrón. Nada de las caderas angostas, del pecho casi hundido y de las piernas entecas de Angélica. Por eso y muchas cosas más, a él le gustaba que le llamaran Julio. Los días pasaban, y era como si no quisiera acor-

darse de que su nombre verdadero había sido por tantos años Oscar.

Mil setecientos pesos es barato —dijo doña Enriqueta—. Hay que ver: un juego de living y una linda cama turca. Pero tal vez pensaba: ¿de dónde sacan para tanto? Porque no había sido sólo la cama turca y el juego de living, una vez que decidieron quedarse. Cuando murió el hijito de José María, que nunca había vivido con el padre y la abuela, la perdularia de la madre se los dio a velar y a enterrar. El no se comidió a acompañar a José María, cuando hubo que retirar el cuerpo del Pereira; se disculpó diciendo que le impresionaba el lugar, que allí se le había muerto un hermanito hacía unos cuantos años. José María lo tranquilizó, asegurándole que comprendía. No podía saberse si lo creía o estaba ya calculando y aquello lo confirmaba en sus sospechas. Más aún cuando Julio de dijo: “No te ocupés de los gastos, que van por mi cuenta”.

Los mil setecientos pesos del living y de la cama turca eran lo de menos. También estaban los gastos de la casa, y Ocampo dejaba correr. —No hay por qué hacer tantos surtidos, ni mandar comprar las papas de a diez quilos, ni darle a la gorda mil pesos para que mande arreglar los colchones —decía Juana—. Ya te han tomado el tiempo y abren la boca para que vos pagués. —Estamos aquí, decía él, y no se le ocurría otra cosa. —Estamos aquí, sí. Y me hacés comprar comida afuera y convidás a todos. ¿Cuánto vamos a durar a ese tren?

—Tenía razón —dijo el tipo, que había empezado a ponerse conmisericordioso—. ¿Cuánto le iba saliendo la farra a esta altura?

—Si fuera farra... Bueno, contando los muebles, los colchones, los surtidos...

—...Y el niño muerto...

—Y el niño muerto. Bueno, en el primer mes se me fueron como diez mil mangos.

—La gran siete —dijo el tipo, por todo comentario—. Diez mil pesos es algo. Y con los mil y pico de la ropa...

“Es algo”. Bastaba con mirarle la pinta: para él serían un lujo imposible. Es algo, pero dormían juntos en la cama turca, y antes de apagar la luz veían titilar los hilitos plateados del tapiz del juego de living. Y en lo oscuro estaba, para él solo, el cuerpo tibión de la mejor hembra que en su perra vida había tenido (comparala con la mujer que debe tener este tipo), un cuerpo que irradiaba calor con las nalgas y hasta con el revés de los muslos.

—Sí, Ocampo me veía gastar a manos llenas y un día me preguntó de dónde sacaba tanta plata. ¿Tenés la maquinita?, decía. Y después se animó (estábamos dándole a una botella de añeja que yo le había mandado traer del almacén), se animó y me dijo que sospechaba que fuera afanado y que a lo mejor yo estaba metido en un gran lío. Le dije que sí y que se lo decía porque, total, ya estábamos todos en el baile. Se quedó callado, pero no sé si conseguí asustarlo. Claro que no le dije de dónde ni tampoco la cantidad. Pasó un rato y él volvió a la carga, preguntándome si yo no había sido una de las monjitas del Banco. Le dije que

a lo mejor había sido, pero se lo dije por despistarlo, porque cuando pasó lo de las monjitas yo estaba la otra vez en Miguelete, me acuerdo muy bien.

—Ese Ocampo, ¿tiene antecedentes?

—Tal vez que sí. No se lo pregunté. Yo vivía en casa de ellos pero no quería darles toda mi confianza. Le va a extrañar lo que le digo: ni a ellos ni tampoco a Juana. Porque se ve que Juana no quería saberlo. No era tan turra como para no darse cuenta; y sin embargo, nunca preguntó nada. No sé si Angélica es más boba, pero seguro que ella me preguntaba en seguida y yo se lo decía. Ahí tiene.

—Y ese Ocampo —insistía el tipo— desde que lo supo, ¿se propuso sacarle dinero?

—Me lo vio dar, que es otra cosa. Y al final, no iba a ser tan otario, se puso en la fila... Mire, lo he pensado en los meses que volví a quedarme sin guita: no entiendo bien lo que me pasó: yo daba y daba, como si el paco no fuera a terminarse nunca, como en aquellos cuentos que nos hacían en la escuela... Era como una fe ciega de que las cosas tenían que salirme.

El feto se había convertido en persona, había sido alumbrado, miraba con simpatía, tenía la cara del buen consejero que no había aparecido en todos esos meses.

—¿No le conté lo del chofer de Amdet? Bueno, ése por lo menos era un buen muchacho...

El Buen Muchacho estaba en ese mismo instante en la pieza contigua, empinándose con el cuerpo tieso desde el borde de la silla, concediendo una atención desmesurada a to-

das las preguntas, como si en cualquiera de ellas pudiera irle la vida. Las respuestas debían ser como gotas que destilaran de la gorrera, a juzgar por la forma en que sus manos la estrujaban. . . . Y después de charlar un rato en el café, como me había impresionado bien y con la idea de seguir la amistad, le dije que yo no podía retribuirle la invitación y que mi casa no estaba en condiciones de recibir a nadie, y que yo mismo tenía un problema económico. No se lo dije con ninguna intención, sino porque el hombre me había caído bien. Fíjese que yo ni siquiera me imaginaba que podía tener plata. Sólo sabía que estaba viviendo en lo de Ocampo, pero Ocampo no me había dicho nada. Y entonces, porque sí, me preguntó cuánto dinero precisaba para resolver mi asunto. Mire, tampoco en ese momento me di cuenta de que tenía el propósito de dármele. Me pareció que me lo preguntaba como un amigo que se interesa y nada más. Pero cuando le dije dos mil él echó mano al bolsillo, sacó un fajo y fue poniendo los billetes encima de la mesa. Yo me asusté, le digo. Y antes de agarrar los billetes le dije que yo prácticamente era un desconocido para él y que no tenía por qué confiar en mí, por lo menos sin informarse antes. El no me dijo nada, pero empujó los billetes con la mano hasta donde yo estaba. Le dije que quería dejarle el recibo de la heladera y la cocina, en garantía. No quiso saber nada. Yo le aclaré que no podía devolverle todo el dinero de golpe, y él me dijo que no me preocupara. Le propuse devolvérselo de a doscientos pesos por mes y me dijo que es-

taba bien. Si voy y le ofrezco cien en lugar de doscientos, también me dice que está bien. Estaba tranquilo, ¿cómo puedo decirle?, pero parecía como satisfecho de hacerme ese favor, casi sin conocerme. Mandó servir de nuevo y dijo que él pagaba. Quedamos tan amigos que a los pocos días tuve un apuro de doscientos pesos y fui a pedirselos también, para contarlos después en la deuda total; y me los dio. Al cobrar le reintegré cuatrocientos, para eliminar del pique esos doscientos que eran extra. Al otro mes le di doscientos y a los pocos días pude entregarle cien más. Quedaban mil quinientos y le ofrecí saldarlos con una orden de compra de la Asociación de Empleados Civiles, por esa cantidad. Me aceptó y quedamos a mano, aunque moralmente yo seguía considerándome en deuda con él. Hasta que anoche me detuvieron y ni sabía por qué. Después me enteré de que ese dinero que me había prestado Julio correspondía a un robo que él había hecho. Pero yo ignoraba todo eso hasta anoche mismo. Usted puede informarse. . . .

Debe tener necesidad de creer que alguien ha sido enteramente bueno, enteramente leal con él, en toda esta historia. Alguien que no sea Angélica, alguien que. . . (pero, ¿iba a ponerse a escribir esto, de puro distraído? Ese no es el juego). Sí, al fin hasta el Buen Muchacho se sumó a la comparsa y lo clavó, aunque fuera sin querer, en mil quinientos pesos. Esto sí habría que escribirlo.

—Diga. Digamelo con orden.

Aquí mismo empieza el tobogán. Pero la escena no muestra su armazón, ni siquiera transcurre en una plaza de deportes. Hay un

timbre que suena cuando se abre la puerta y la atención del patrón, bajito y gordo, gira como si el ruido la ordenara. Ella, embutida en un traje fulgurante, se acerca sinuosamente al mostrador, mira hacia el resto del negocio, vacío de gente y colmado de cacharros. Abre sus labios embadurnados, que allí parecen negros y con la forma de un ocho acostado en la cara, mueve esa rendija y mirando hacia abajo, con un simulacro profesional de pudor, dice simplemente: "Yo soy la que llamó recién por teléfono". Un vaho a perfume barato cunde sobre el acre de los paños viejos que cuelgan de las perchas. El patrón alza la nariz, para pasar por encima de la pelea de los olores. "¿Cómo es la cosa?", pregunta, fingiéndose olvidado. "Mi marido estuvo ayer aquí, trajo una orden, compró una cocina, una plancha y doce metros de crea. La factura está aquí, vengo a llevarme las cosas". "Su marido tiene que volver personalmente", dice el patrón en frío, como si pronunciara un veredicto desde la tarima de un tribunal. "¿La orden es falsa, por si acaso?" "No, la orden está bien, pero él tiene que volver por aquí". "Está de viaje", recita ella, "no puede venir". "Entonces las cosas se quedan aquí", dice el patrón, jugando sus triunfos uno a uno, "hasta que su marido pueda venir". "¿Para qué lo quiere?", replica ella, pero es una fórmula imprudente y sus labios ya se dan por vencidos, no prohijan esta pregunta con el mismo regodeo mimoso con que han moldeado las frases anteriores. "La policía quiere ver los documentos", dice el patrón. "Y la orden, al menos, ¿podría devolvérmela?"

—No quiso devolvérsela, el muy podrido, y hubo que abandonar otra vez. Mil quinientos. Vaya sumando.

—Pero ella, ¿ni siquiera entonces le preguntó qué pasaba, por qué había que darlo por perdido?

—No dijo nada, no quiso saber nada. Quedó como si yo tuviera que decidirme y volver por el cambalache. Claro que me costaba poco ir, agarrar al gordito del pescuezo y arrancarle la orden a prepo. Pero la policía estaba en el dulce; pensé que era una ratonera y me quedé quieto.

... "Una cocina, una plancha y doce metros de crea" —escribió el tipo, que había ido atrasándose, como invadido por un extraño embeleso que se comunicara a sus rasgos.

—Es formidable: amueblando el hogar en el exilio, como quien dice. La policía pisándole los talones y usted dedicado al menaje.

—Yo no; todo eso fueron cosas de ella. Yo formaba y chau... Y además, no sé si la policía venía pisándome los talones o el gordito quiso avivarse. Porque seguro que la orden se la hizo pagar en Empleados Civiles. Algún día se sabrá.

Tenía fe en ese día, como Angélica en verlo cuando cayera preso. Pero el gran fin de fiesta por toda la compañía —Angélica, Juana, Doña Enriqueta, Ocampo, el polaco, el gordito— gesticulando juntos, contradiciéndose, corrigiéndose, poniéndose de acuerdo, mintiendo, compaginando sus mentiras para hacerlas encajar en las mentiras de los otros, difícilmente iba a ocurrírsele al Juzgado. No había muerto nadie, después de todo. Y él

mismo, si lo pensaba a fondo, preferiría que no sucediera, para no tener que encontrarse de nuevo con Angélica. Mejor no escarbar este residuo de ignorancias. Mejor dejarlo así.

Los dos personajes siguientes estaban ya abalanzándose hacia el traspunte, hacia ese traspunte olvidadizo que fumaba, tocaba teclas negras, arrancaba de ellas una fría música de martillitos secos y parecía abismarse en algo propio y en un interlocutor ya exprimido, en tanto la acción se empozaba, se enroscaba sobre sí misma, languidecía a falta de argumento. Finalmente los personajes —una mujer de pelo pintado, con cara de vieja prostituta, un galancete recién afeitado y empolvado— obtuvieron por un instante la vagabunda atención del traspunte y éste, levantando la cabeza de su pianito Underwood, dijo descariñadamente “¿Y?”

“Y... bueno”, era la respuesta. La mujer de pelo teñido y cara de prostituta —o mejor, de regente de prostíbulo— estaba detrás de un mostrador, envuelta en la música de una radio viejísima, que tenía su micrófono aparte, forrado de tela, con un dibujo de centro de frutas; era la dueña de un almacén del barrio de Aires Puros, cerca del Cementerio.

José María lo había convencido de que, con la plata que le quedaba (... “Si no, vas a ir comiéndotela de a poco, sin darte cuenta”) compraran un almacencito y lo trabajarán a medias. “Yo doy la cara”, había dicho José María. “Lo ponés a mi nombre y yo lo trabajo. Vos te quedás aquí”.

—Ese Ocampo —preguntó el tipo—, ¿sabía el episodio del cambalache y de la orden que usted perdió?

—Sí, yo se lo había contado, para ver si podía ayudarme. ¿Por qué?

—Por nada —dijo el tipo—. Siga.

La vieja del pelo pintado se mostró dispuesta a vender su boliche. Ocampo era quien trataba con ella: fijaron el precio en treinta mil pesos. Habían pasado a una trastienda para conversar, pero la vieja estaba amaestrada y percibía —por debajo del ruido de la radio— el rumor invisible de las zapatillas de sus clientes. Se levantó dos veces, atendió, volvió. Cuando estuvieron de acuerdo, fue a llamar por teléfono al balanceador. Se quedaron solos en la trastienda, él y José María. Además de la mesa había dos sillas y un banquito, un catre, un ropero de espejo y, en un ángulo, un biombo verde oscuro, la tela quemada y en tiritas. José María fue hacia allí y lo plegó. Apareció un sillón de enfermo con su vasínica adosada. “Tendrá miedo de pasparse el culo”, dijo José María; porque al fondo del terreno había un solitario excusado de latas, pintado de azul.

El balanceador parecía un galán de mala muerte, un partiquín de la radio o de la televisión, con el trajecito ajustado que sólo aflojaba en un tajo sobre cada nalga y con su cara de efebo recién salido de la peluquería, afeitado, masajeadó, empolvado, ungido de lociones. Venía en taxi, llegó muy apurado, saludó con cierta pompa, se presentó como Flavio Márquez, un servidor. Traía un juego de papeles impresos, que ni él ni

Ocampo miraron. Ocampo firmó y, para los primeros trámites y como seña, él entregó tres mil pesos.

—Así que usted quería tener un almacencito —dijo el tipo, pero no con el tono de preguntarlo ni tampoco con el más obvio de darlo por supuesto, sino como una afirmación colgada en el vacío, algo que no podría aún enjuiciarse, una comprobación a meditar. —...Pero no lo tuvo.

—No, esa vez no. La cosa fue así: José María tenía una tarjeta de este Flavio Márquez y fue a verlo dos o tres veces, a su escritorio del centro. Vino diciéndome que la vieja ya no estaba conforme con los treinta mil, y que quería cuarenta. José María y el balanceador pensaban que el boliche no los valía y que era preferible perder la seña.

El boliche de la calle Santana, en cambio, podría habérselo descrito mucho mejor. Porque allí Juana y él habían pasado cerca de un mes, con la cama y el juego de living flotando en un despacho desierto, de piso de portland, bordeado de estanterías descuajadas y vacías, apretándose uno contra el otro en el cruce de los vientos que entraban por los intersticios del maderamen mal forrado de la casilla. Pero el tipo ya no quería largas descripciones. Alzaba a cada rato las manos de las letras, estiraba los dedos, alternativamente se oprimía una muñeca y la otra, se quitaba el reloj pulsera y lo depositaba junto al cigarrillo, a un costado de las hojas llenas. Parecía ya saber hasta el fondo lo que quedaba de la historia, y eso le causaba un visible desaliento. "Usted cuénteme seguido y después para y yo escribo". El se

consideraba ya casi amigo del tipo, y hablaba cada vez con mayor locuacidad; compensatoriamente, el tipo cada vez escribía menos. Un solo párrafo de tres líneas pasaba en limpio diez minutos de charla. El tipo aprovechaba para fumar, para ponerse de pie, para volver a sentarse pero ahora de costado (flexionando las piernas fuera de la jaula que les hacía la mesita), para aflojarse la corbata, para sonarse la nariz con un pañuelo mugriento, para bostezar.

Flavio les había dicho que tenía un almacén mejor, en la calle Santana, cerca de Avenida Italia. Lo vieron, cerraron trato provisionalmente: veinte mil pesos de llave y el resto según inventario. Oscar le dio a Ocampo los veinte mil pesos, porque Flavio no quería guardarlos. Pero el balance demoró varios días y, cuando se llegó al ajuste, a Ocampo no le quedaban más que trece mil.

—¿Y los otros siete mil?

—Mire, verdaderamente no sé lo que hizo con ellos, porque no me dio ninguna explicación. Había cambiado mucho, casi ni venía por casa de la madre, donde nosotros seguíamos viviendo. Yo empecé a tener miedo de que quisiera abrirse, y los papeles del almacén estaban otra vez a su nombre. Así que me dejé estar.

Flavio vino a buscarlos una noche; fueron en taxi hasta Santana, a cotejar el inventario y a firmar. Flavio cobró dos mil quinientos pesos por sus servicios y se los hizo pagar en el acto. Como quedaba un saldo y Ocampo sólo tenía trece mil, Oscar y él firmaron vales solidarios. Flavio se los guardó, para entregárselos al dueño, que no había venido

porque hacía confianza en él, según dijo. Y parecía ser cierto: las firmas del ruso estaban en los papeles sin llenar, Flavio manejaba todo.

—Para colmo, después de firmar nos fuimos de copetines con Flavio y José María, y levantamos mucho. Yo debía estar mal, porque me marée al poco rato y ellos seguían tomando. Después me dormí caído sobre la mesa y ellos me pusieron en un taxi y me llevaron a casa. A la mañana siguiente, me faltaban del bolsillo del pantalón como seis mil pesos. Se lo dije a José María y José María se cabreó y me dijo que yo estaba loco, que ni sabía hacer las cuentas. Como yo nunca le había dicho cuánto tenía, era difícil convencerlo. Pero esto sí que no me gustó. Se lo dije a Doña Enriqueta y resolvimos mudarnos, irnos a vivir a los fondos del boliche.

José María, casi sin mirarlos a la cara, los ayudó a cargar el camión con los muebles, les dio las llaves de Santana y, como tampoco estaba decidido que aquello fuera una despedida, se dio vuelta sin saludarlos, haciendo la parte del ofendido.

Cuando llegaron —había pasado un día y medio desde la firma del contrato— las estanterías estaban peladas y algunas a medio arrancar, como si alguien hubiera hecho una mudanza vertiginosa de todas las existencias, entre la noche de la borrachera y la noche siguiente. —¿Qué íbamos a hacer? O salgo a matarlos o nos quedamos aquí, le dije a Juana, y ella se puso a llorar. Así que nos metimos adentro igual, pero no había con qué abrir el boliche.

El tipo parecía saberse el resto de la historia, sin que se la hubiesen contado. —No diga lo que sigue. Nunca abrieron el almacén. Ocampo no levantó los vales y a usted le dieron el desalojo.

—No llegaron a dármele. Juana salió a buscar a Ocampo y no lo encontró. Flavio tampoco aparecía por ningún lado. Una mañana, en cambio, apareció un papel del Juzgado, pinchado en la puerta: “reconocimiento de firma”. Resolvimos rajar, irnos para afuera, como yo le había propuesto al principio.

—Usted es un caso —dijo el tipo, con una entonación indulgente, casi perdonadora—. No disparó mientras andaba con el paco encima y lo buscaban por el robo. Y se puso a disparar cuando quedó a deberle a una manga de ladrones.

—Sí. Juana contrató un fletero y viajamos una noche hasta San Carlos, en un camión y con los muebles. Ibamos a casa de unos parientes de ella. A mí me quedaban unos pocos pesos, y con eso pagué el viaje y el depósito por una pieza, en un banco de Maldonado. Porque esta vez decidimos instalarlos solos. Y ella corrió los trámites.

Aquí empezaba, debió advertir el tipo (podía inferirse de la sonrisa antes errante que había acabado por fijársele en los labios), la parte convencional y bienhechora de toda la historia. Estaban cerca de la boca de la trampa, por consiguiente. El se puso a trabajar en changas de albañilería y en unos cortes de montes; ella haciendo limpiezas.

Acaso comenzaba a desprenderse y estaba llegando a ser feliz, vuelto a cero, reconver-

tido a pobre, lejos de toda opresión, de Doña Enriqueta, de José María, de Flavio y sobre todo —ella no podía moverse y el viaje la había vuelto más distante— lejos de Angélica. Casi no pensaba en ella, pero algunas noches soñaba. ¿No habría salido todavía?

—Bueno, usted ya sabe lo demás. Juana empezó a sentirse mal, con la fajina. Pero el doctor de allá la examinó, le preguntó qué vida había hecho, y cuando supo dijo que eran los ovarios y que teníamos que venirnos a Montevideo. Así fue la cosa. Tomamos un ómnibus y nos fuimos directamente al hospital. Ella cada vez se quejaba más, porque el viaje la había puesto peor; y al fin, parece que era apendicitis. La dejé internada, porque cuando la examinaron empezó con los vómitos. Y justo cuando salía del hospital, me cago, estaba el tira en la puerta y se me viene derechito. ¿No habrá manera de avisarle que si no voy a verla es porque estoy preso?

*... Ahora que estoy en libertad y él cayó, tengo que pedirle al abogado que me mande a careo. Estoy loca por verlo, aunque más no sea en el Juzgado...*

—Va a saberlo, si no lo sabe ya —dijo el tipo—. Porque el Juez ordenó que a ella también se le tome declaración. A lo mejor voy yo mismo al hospital. ¿Quiere mandarle decir algo?

## INDICE

Los aborígenes .....	7
Paloma .....	65
El careo .....	84
El ciclo del Señor Philidor .....	94
Tenencia alterna .....	106
El violoncello .....	118
La fortuna de Oscar Gómez .....	132